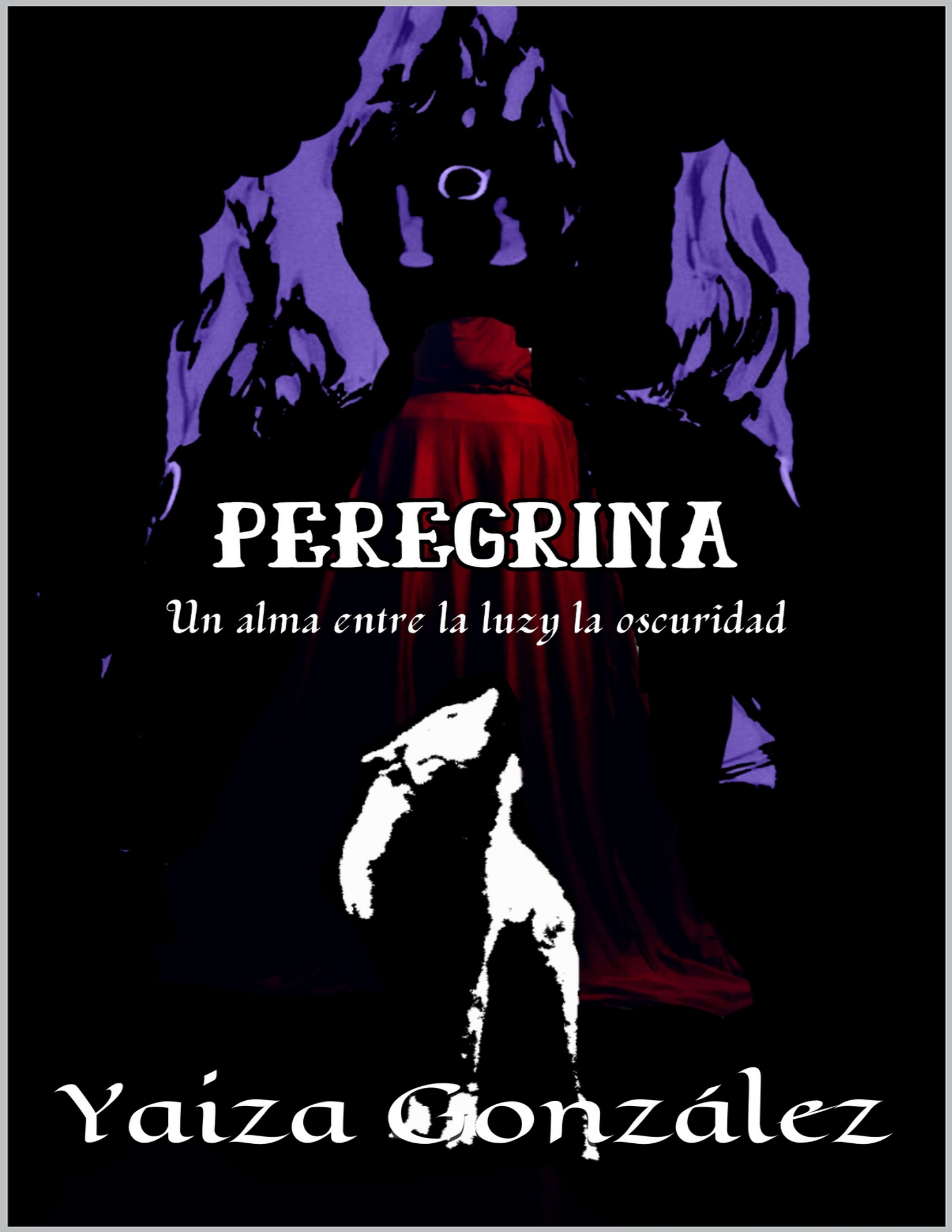




PEREGRINA

Un alma entre la luz y la oscuridad

Yaiza González



PEREGRINA

Yaiza Fraga González

Copyright © 2024 Yaiza Fraga González

Todos los derechos reservados.

ISBN: 9798876738677

*Todos tenemos luz y oscuridad en nuestro interior, lo que importa es qué parte decidimos potenciar
Sirius Black, Harry Potter y La Orden del Fénix*

ÍNDICE

[Prologo](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[6](#)

[7](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[17](#)

[18](#)

[19](#)

[20](#)

[21](#)

[22](#)

[23](#)

[24](#)

[25](#)

[26](#)

[27](#)

[28](#)

[29](#)

[30](#)

[31](#)

[32](#)

[33](#)

[34](#)

[35](#)

[36](#)

[38](#)

[39](#)

[Glosario](#)

A todas aquellas personas que han sido luz en mi vida, a las que todavía conservo al lado y a las que se han convertido en estrellas que me guían desde el cielo y que alejan la oscuridad de mi camino y me marcan el rumbo a seguir

PROLOGO

Avilés, Julio de 1901

Escucho entre los árboles: respiraciones aceleradas, gritos ahogados, clamores a Dios... provocadas por el placer de dejarse llevar por las más bajas pasiones, que conducen al pecado más dulce, el de la lujuria.

El aire impregnado de nauseabundos olores, animales muertos, deshechos humanos o el agua estancada, hacen el ambiente difícilmente respirable.

En la oscuridad de la madrugada no existe nada que pueda distraerme, debo cumplir el cometido que tengo entre manos con rapidez, pues si soy descubierta podría tener serios problemas con la justicia.

El frío de la hierba mojada por el rocío que impregna mis faldas llega hasta mis piernas erizándome la piel, mientras un olor nauseabundo a cloaca llega a mi nariz, por suerte el asco, así como otras sensaciones que podrían paralizar a cualquier otra persona hace mucho que me son insignificantes.

Siento en las yemas de mis dedos como su vida se va apagando poco a poco y es un placer inexplicable.

El latir del pulso se va haciendo más débil a medida que mis manos aprietan su cuello con rabia, mientras de su boca salen pequeños y hondos jadeos, apenas les llega suficiente aire a los pulmones para mantenerlo con vida.

Podría terminar con su agonía con rapidez, pero es tan grande en mi la sed de venganza que darle un final tan rápido no sería suficiente para calmarla. Torturar a monstruos que lo merecen, es algo inmensamente placentero, pero mecánico y tedioso, por eso no puedo evitar que mi mente se llene de otros pensamientos más estimulantes.

Después de un ir y venir de imágenes, pesadillas, recuerdos, entre tantos que podría elegir mi mente se centra en uno concreto.

Tres años atrás, el día que me embarqué en el puerto de la Habana en el gran transatlántico, que me traería de vuelta a mi Avilés natal.

- *¿Por qué queréis volver? No comprendo el motivo de tal viaje, pues aquí tenéis aquello por lo que tanto habéis luchado durante tantos años, aunque he de reconocer que en el fondo sé el motivo de esta locura, y sobre todo donde empezó que fue aquel día en el café ¿Verdad? - Me había preguntado Aura mientras nos despedíamos.*
- *Querida Aura ¡Como me conocéis no lo puedo creer! Si, la verdad tengo la sensación de no haber cerrado el pasado que deje al otro lado de este mar y que sin eso cerrado no podré mirar para adelante y disfrutar lo conseguido. – Le respondí con una*

sonrisa, pero no la miraba a los ojos, pues sabía que encontraría en ellos el leve atisbo de arrepentimiento que en ellos empezaba a aparecer.

- *No lo entiendo bien lo sabéis, pero si es vuestro deseo, sé que nadie os detendrá, ya que nadie ha conseguido hacerlo nunca, lo único que pido es que mandéis noticias, no quiero perderos.*

Perderme, que pensamiento tan tonto tuvo Aura, en aquel momento ella era: mi hermana, mi familia, mi salvadora, mi compañera de aventuras y lo más importante, la confidente de mi secreto como yo he sido del suyo durante tantos años, que he perdido ya la cuenta.

Para dejarla tranquila le prometí escribir con cierta frecuencia, promesa que por supuesto he cumplido.

Le había contado todo más *¿Cuántas cosas habían sucedido en los tres años transcurridos de aquella despedida?* Demasiadas, pero eso ha sido mi vida, un sinfín de sucesos, la mayoría problemáticos y peligrosos, en los que por iniciativa propia o accidental he sido participe.

Mi camino ha ido por derroteros muy diferentes a los que había planeado antes de embarcar y a decir verdad ha sido todo menos sencillo.

Vuelvo a la realidad al darme cuenta de que ya no siento latido alguno debajo de mis manos, por fin se ha rendido y yace muerto debajo de mí.

- Que os sea grato el infierno, en algún momento volveremos a vernos allí. – Le susurro al oído antes de incorporarme le escupo en la cara y me alejo.

Me encamino hacia el coche que me espera frente a la imponente iglesia de Santo Tomás de Canterbury, para llevarme a casa.

Durante el camino lo único que se escucha a mi alrededor es el ruido del motor del automóvil y el sonido de las gotas de lluvia en el techo.

En ese silencio voy recordando cuales fueron las decisiones y circunstancias que me trajeron a vivir en Somao.

Es verdad eso que dicen *si quieres hacer reír al Altísimo cuéntale tus planes*, pues jamás se cumplirán por más que te empeñes.

Para ser sincera no me puedo quejar, Somao es uno de los lugares más bellos en los que he estado en mi larga existencia.

Una pequeña localidad en la falda de una pequeña y verde montaña cerca de la desembocadura del río Nalón.

Aunque siendo sincera me decidía vivir aquí porque es un lugar especial de mi pasado, grabado con luces y sombras en mis más profundos recuerdos.

Yo lo conocí hace muchos años, cuando solamente era una aldea de labriegos, muchos de ellos apenas sabían leer ni escribir.

En los últimos años gracias a los indianos, que llegaron con grandes fortunas de Las Indias, ha alcanzado un gran esplendor cultural y social, pero preservando su esencia rural en perfecta armonía.

Otra idea me vino a la cabeza, la duda que todos en La Habana habían tenido acerca de mis planes *¿Por qué razón había regresado a España después de tanto tiempo?*

Para mí no había una única razón sino dos; la primera la profunda añoranza que sentía del hogar, la que les conté a mis amigas en nuestra última reunión y la más vil de las mentiras, pues de ser así hubiese vuelto ya.

La segunda mi obsesión por concluir cualquier tarea u objetivo que me proponga, que por otra parte era la más probable.

En este caso el objetivo que tenía en la cabeza y que no me dejaba descansar era encontrar respuestas sobre el paradero de mi familia de sangre, a la que por otra parte y siendo honesta no he prestado atención desde hace mucho .

Todo empezó en aquella conversación con la Señora Lomelí, la cual recuerdo tan nítida como si hubiese ocurrido ayer.

Una noche calurosa y húmeda de finales de octubre, sentada en una mesa del café de la casa de Asturias en la Habana, acompañada por otras emigrantes españolas cuyos maridos habían conseguido la fortuna de ultramar que buscaban todos los que arribaban a aquellas costas.

Inmersas en un debate sobre las últimas tendencias de moda que venían de viejo continente mientras los camareros nos servían el café.

La brisa del mar esparcía el olor caliente y amargo de aquellas jarras que se entremezclaba con el olor a puro que venía de la sala de los caballeros, donde debatían de sus negocios y otros temas como la situación política o los precios del transporte.

Alberta Lomelí, la joven esposa de Luis de Lomelí un magnate del azúcar que poseía inmensas plantaciones de caña en la isla, estaba sentada frente a mí al otro lado de la mesa de madera de roble.

Tenía poco más de veinte años, de figura esbelta, cabellera larga, oscura y rizada, tez pálida y un rostro redondeado colmado de pecas colocadas de forma irregular por su pequeña nariz, que pasaba desapercibida ante esos grandes y redondos ojos verdes, clavados en mí en aquel momento como dos agujas.

En un momento que hablábamos de las modas de corssets su voz destacó del resto haciéndose notar para que todas la escuchasen.

- Mi querida Isabel, quiero que sepáis que en mi cabeza lleva dando vueltas una duda desde algún tiempo sobre vos... – Comenzó mientras me dedicaba una educada una sonrisa.
- Mi querida Alberta, no os martiricéis entonces Decid pues, si os puedo contestar y quitaros ese peso será un placer. – Le contesté cortésmente.
- Pues si tengo vuestro permiso os preguntó quisiera saber ¿Por qué nunca nos habláis de vuestra familia de la madre patria? ¿Por qué no nos habéis preguntado si sabíamos de ellos en todo este tiempo?

Ha decir verdad no me esperaba algo así en aquel momento, pues tal tema de conversación no era de los habituales temas que tratábamos en aquellas reuniones.

Por fortuna ya la tenía ensayada de tantas veces como la había contestado desde que había llegado a aquellas lejanas costas que me salía como un autómata.

La historia familiar que le conté a aquella buena señora fue una sarta de embustes, estoy segura de que de haberle relatado la verdad se hubiese muerto de la fuerte impresión y el rechazo, tan católica como era, al menos en apariencia.

En esa ocasión, sucedió algo extraño, mi cabeza se quedó en ese pensamiento, no en la mentira, sino en lo que realmente sucedió a partir de imágenes de aquel olvidado pasado: el rostro de mi madre y el de mis hermanos, *¿Qué habría sido de ellos?* Por supuesto ya habrían fallecido pues habían transcurrido muchos años.

Al día siguiente la curiosidad me pudo y me puse manos a la obra para intentar averiguar el porvenir de mi familia, es decir mis hermanos, el de mis padres por desgracia lo conocía a la perfección.

Fui a pedir información a la embajada poniendo mis antiguos apellidos y mi origen por si hay alguna persona con esas señas en la isla.

Moví mis contactos en la isla buscando las respuestas que no encontré así que comencé a buscar al otro lado del océano, pero la lentitud del correo trasatlántico, unido a mi escasa paciencia me llevaron a comprar los billetes de un viaje en barco que saldría el marzo siguiente y me traería desde la Habana a Avilés.

No me doy cuenta de que he llegado a casa hasta que el coche se para enfrente de la entrada, hasta que llego los criados suelen dejar abierta la reja de los jardines.

A cualquiera que mire por las rejjas, lo primero que llama la atención es la gran torre blanca cuya altura rivaliza únicamente con la de la “*casa de dios*”.

El resto del palacio es más sencillo sin apenas ornamentación, salvo por los enrejados de las balconadas o la madera blanca y labrada de las galerías, que contrastan con el amarillo del resto.

Al entrar no me encuentro con nadie, me dirijo por la escalera de caracol que se abre en un extremo de la entrada principal y construida en mármol blanco que discurre en el interior de la torre hasta su parte más alta, donde se haya la biblioteca.

Subiendo los peldaños, sigo recordando mis últimos días en la Habana y el robo de mi tesoro más preciado, mi medallón, aquella noche en el banquete de los Sierra.

Pasé semanas buscándolo día y noche entrando en las casas de todos los que acudieron a aquella reunión, sin resultados.

Ya lo había dado por perdido hasta que una tarde hace un par de meses, estando ya en Avilés.

Aquella tarde me hallaba degustando un café en la terraza del café Colón paseando distraída la mirada por la concurrencia allí presente, algo llamó mi atención.

Un hombre, le mostraba a la mujer que lo acompañaba una joya con la firme intención de cortejarla.

Aunque no fue eso por lo que llamaron mi atención, solía ser habitual ese tipo de acciones en aquel lugar, sino el hecho de que fuesen a un lugar público sin estar acompañados de una carabina.

- Si os casáis conmigo esta maravillosa joya será vuestra María, ¿Qué me decís? – Le decía a aquella boba que no hacía más que sonreírle.
- ¡Vaya! – Se sorprendió la joven que no perdía de vista la joya - En verdad es algo muy especial, nunca he visto una pieza de azabache así trabajada, parece una lágrima perfectamente tallada.

La descripción que hizo aquella mujer de la joya llamó aún más mi atención, busqué con la mirada la pieza en cuestión en las manos de aquel hombre y la reconocí al instante, era el tesoro que me habían robado.

Para mi desgracia había demasiados testigos para recuperarla en aquel momento e infringirle a aquella cucaracha el castigo que merecía.

En los días siguientes me dí cuenta de que el robo no era su único pecado, pues esa ingenua

joven que lo acompañó no fue su única víctima, repitió la misma argucia con otras cuatro jovencitas más que yo supiera, pero ninguna acepto.

Aquel matrimonio que quería lograr no era por amor, algo normal en estos tiempos donde el mejor amante del hombre no es la mujer sino el oro.

Más aquel hombre tenía otro motivo para el sacramento que no era la dote, sino para acallar los rumores de sodomita que pesaban sobre él y que podrían lastrar cualquier negocio que quisiera emprender en esta sociedad.

Una noche lo seguí hasta la vieja pensión de *La Ferrocarrilana* al lado de la estación del ferrocarril, tan rico como se hacía ver dormía en un lugar frecuentado por los obreros del puerto que estaban de paso.

No perdí ojo de la ventana de su cuarto, en el tercer piso de aquel destartado edificio, ni de la puerta del establecimiento.

Pasada la medianoche, ya iba a dar la jornada por concluida y volver a casa, pero lo ví salir a hurtadillas de la pensión.

Miraba nervioso a ambos lados de la calle una y otra vez, parecía querer asegurarse de que no había nadie que lo pudiese ver salir a esas intempestivas horas.

Se dirigió a toda prisa hacia la zona antiguamente transitaba el río Tuluergo deteniéndose cada pocos pasos mirando alrededor, no quería que nadie lo viera y menos por aquella zona de tan dudosa reputación.

Subió a la zona alta donde se concentran los prostíbulos y entró en uno, cual sería mi sorpresa al descubrir que era un lugar en que eran hombres los que prestaban sus carnes para el placer del cliente masculino.

Pasó allí la noche no salió hasta poco antes de que el sol asomó entré las casas, los rumores eran ciertos era un sodomita, me compadecí de aquella que tuviese la mala fortuna de casarse con él.

Pasaron varios días desde aquella noche y pude notar que esa conducta se repetía a diario.

Hoy aproveché su salida para internarme en su cuartucho y buscar la joya, pero por más que busqué por todas partes no hallé ni rastro de ella.

Supuse que la llevaría consigo así que fui a buscarle y lo encontré parado en la puerta del prostíbulo, parecía estar buscando algo en los bolsillos del abrigo que llevaba.

Sacó la joya de un bolsillo la miró por un momento después la tiró al suelo embarrado, no le había servido para sus fines y ya no la necesitaba.

Aquel desprecio por su parte hacia aquel objeto que significaba tanto para mí fue la gota que colmó el vaso, sin pensarlo dos veces, me abalancé sobre él.

Hundí mis manos en su cuello, al mismo tiempo mi cabeza viajó a los días en que esta había caído en mis manos resultado de una gran tragedia que me causó una herida que aún hoy me duele.

LA INOCENCIA PERDIDA

1

Avilés .12 de noviembre de 1517

Aquella mañana de invierno amanecí más tarde de lo habitual, había una mala noche sufriendo pesadillas y sueños extraños que me habían despertado una y otra vez, hasta que al filo del amanecer caí en un profundo sueño.

Me desperté cuando toda la habitación estaba iluminada por la escasa luz que venía de la ventana, me dolía todo el cuerpo por la extraña posición en la que había dormido, me vestí y salí por el corredor hacia la cocina.

Por desgracia el día no mejoró durante el desayuno, la cocina estaba muy fría, mi madre se había olvidado como de costumbre encender la chimenea al despertarse.

Tiritando de frío me senté en el banco de la cocina, mientras engullía con esfuerzo las gachas.

El cuenco se había enfriado y aquel mejunje estaba seco el cereal había absorbido la poca leche con la que se habían preparado.

Mientras apuraba las últimas migajas de aquella masa, escuché a mi espalda el chirrido agudo de los goznes de una puerta que se abría.

Me giré alertada por el ruido y vi como mi madre salía de su habitación, ataviada con un vestido negro que le tapaba toda la piel desde el cuello a los tobillos, parecía más un fantasma oscuro, como viuda debía vestir así, no obstante, jamás llevaba mantilla o velo como otras mujeres.

Se acercó a mí y me alborotó el pelo con un rápido movimiento de su mano derecha a modo de saludo de buenos días.

– Buenos días, hija mía que os aproveche, y disculpad que no os acompañe esta mañana se me ha hecho muy tarde para acudir a mi cita. – Se disculpó

Aquel día debía acudir a casa de la Señá Marcia amiga de la familia y esposa del herrero Tomás que vivía al final de la calle Ferrería junto al Alcázar, quien al estar su hija pronta a parir contrató a mi madre, como partera, para que le diese los cuidados precisos para pasar aquel duro trance.

Yo ayudaba a mi madre en su oficio, que tuvo que retomar para poder comer al no tener otro sustento al fallecer mi padre.

Yo quería aprenderlo para practicarlo y ganarme la vida con ello sin tener que depender de un marido.

Aunque en aquella ocasión insistió en que no era necesario que la acompañase, alegando que sería más útil en la casa ocupándome de los quehaceres.

Después de aquel saludo se acercó a la puerta, detrás de la cual tenía colgada su capa de una vieja punta oxidada junto con la bolsa de ungüentos y demás enseres de curación, se la colocó, cogió la bolsa y salió de la sala.

Vivíamos en una casa de piedra en la calle del Sol, aquella callejuela era la unión de las dos calles principales de la Villa, muy transitada por todo tipo de gentes.

Algunos comerciantes vendían sus productos en improvisados puestos hechos a partir de sus propios carros, incluso pescados, de cuando en vez se veían ilustres carruajes de aquellos adinerados nobles que visitaban a los Valdecarzana en su morada.

Pase aquella mañana: limpiando la ropa, recogiendo los huevos del pequeño corral del patio trasero, aireando la casa....

Cuando las campanas anunciaron el medio día me encontraba barriendo el suelo de la cocina, quitándole de hollín y cenizas del hogar que había esparcido la brisa desde la ventana abierta, ennegreciendo la madera

Los ruidos de los carros, las voces de los comerciantes anunciando sus productos y los maullidos de los gatos callejeros que me llegaban por la ventana de la sala.

En un momento todos aquellos sonidos enmudecieron y comencé a escuchar gritos y ruidos de objetos romperse.

Pocas veces se producía semejante escándalo y menos uno capaz de imponerse a los ruidos habituales de la calle.

Solté la escoba, que cayó al suelo y me asomé a la ventana, sacando medio cuerpo por fuera del agujero para poder ver bien lo que sucedía.

Divisé a lo lejos a una mujer que corría por la calle apartando a todo aquel que se encontraba a su paso hasta que tropezó con sus propios pies y cayó al suelo cerca de mi ventana.

Reconocí al instante a mi madre de rodillas en la calle como un perro con la ropa manchada de sangre, que aún goteaba de sus faldas, el pelo mojado, temblando y mirando al suelo, parecía haber sufrido la peor de las pesadillas en sus carnes.

Otra mujer entró en escena detrás corriendo en su dirección con la cara ruborizada por la rabia.

- ¡Sois una zorra asesina! Los habéis matado ¿Acaso el demonio que os enseñó a preparar amuletos y brebajes os lo ha ordenado?, más mi alma esta tranquila pues sé que Dios castigará vuestros pecados con el peor de los castigos. – Vociferaba, para que todo el reino fuese participe de su tragedia.

Un líquido goteaba de su ropa creando un rastro de gotas de color rubí en los adoquines de piedra.

- Os Equivocáis Marcia pues ni yo ni mis amuletos hemos matado a vuestra hija, esta tragedia ha sido obra de Dios, ¿No es El quien nos pone a prueba para constatar la fuerza de nuestra fe? Pues bien, ahí tenéis la vuestra – Contestó mi madre había levantado la cabeza y miraba a Marcia directamente a los ojos.
- Además del pecado de asesinato también cometéis Blasfemia ¡Que valor teneis!, os aseguro Juana que tenéis el purgatorio asegurado cuando os llegué la hora, que esta próxima pues de mi cuenta corre que el Santo Oficio sea informado de vuestras malas artes. – Gritaba cegada por la ira.

Levantó la mano hacia mi madre, parecía que la iba a golpear, esa fue la gota que colmó el vaso.

Salí de la sala y bajé las escaleras lo más rápido que pude, sentía mi corazón saltando acelerado en mi pecho queriendo salir de él.

Después de abrirme paso entre la multitud allí congregada, parecía toda la villa estaba allí.

Se había formado un corrillo que delimitaba la escena y creaba un murmullo: unos sentían lástima por aquella desquiciada mujer, mientras otras le daban la razón a mi madre, pero nadie intervenía como si fueran el respetable de un espectáculo teatral.

Llegué a primera fila, casi al lado de mi madre, por fortuna, al mismo tiempo que yo, Juan el esposo de Marcia, salía del tumulto frente a mí.

Se acercó a su mujer por la espalda y la agarró por atrás sin mediar palabra y la cargo como un fardo, sacándola de la escena, mientras ella seguía gritando amenazas e improperios y pateando a su marido en el hombro en un vano intento de que la liberase.

Al salir aquella mujer de la escena, todas las personas allí congregadas fueron volviendo a sus quehaceres y disolviendo la concentración.

Al desaparecer aquella mujer, aproveché la distracción del resto de los allí congregados y me acerqué a mi madre que tenía sus ojos negros enrojecidos y llenos de lágrimas, mientras sus labios temblaban

El sonido de su respiración acelerada por el miedo era un jadeo incesante y ronco.

Su pelo despeinado, suelto, y, su vestido tanto falda como camisa estaban mojados por el sudor y salpicados de machas rojas.

- _ Madre ¡Por amor de Dios! ¿Qué ha ocurrido aquí? – Le pregunté alarmada.
- _ Han perecido, tanto la madre como el niño, traté de evitarlo os lo juro, usé todo a mi alcance, pero nada surtía efecto. La pobre Catalina se fue de este mundo bañada en su propia sangre y el pequeño angelito se ahogó con el cordón que la unía a ella.
- _ ¡Qué horror!; Que Dios los tenga en su Santa Gloria! – Me santigüé – ¿Y vos madre? ¿Qué pensáis hacer? temo que esa mujer cumpla sus amenazas y tanto vos como yo sabemos cómo sacan esos monstruos Santa Confesión, además no creo que os absuelvan arderéis en el infierno por la eternidad.

Las palabras salían de mi boca a gran velocidad impulsadas por el miedo que me producían los alcances de ese Santo Tribunal, quien apoyado por su católica majestad tenía el fin de erradicar la herejía.

- _ Hija mía, no tengáis miedo, vos sois flor inocente que nada tiene que ver con lo sucedido– Me explicó con una voz que, aunque trataba de ser calmada, temblaba de pánico.
- _ Pero madre ¿Qué decís? ¿Por qué razón solo habláis de mí? – Le pregunté estaba confusa, no sabía porque a mí no se me iba a juzgar, aquella vez no había estado presente, pero si en otras curaciones.
- _ Que vos podéis marchar pues no estuvisteis en esta tragedia y no os puede perjudicar. - Me aclaró - Podréis iniciar una nueva vida en otro lugar donde nadie os conozca, sois joven Isabel podéis empezar de nuevo.

¿Eso quería decir que para ella no había esperanza? Quise hacerle la pregunta, pero, se encaminó a casa y una vez allí se metió en su cuarto y no volvió a salir en todo el día ni siquiera comió, aunque yo preparé comida para ambas.

Todo lo ocurrido aquel día y sus consecuencias daban vueltas en mi cabeza al mismo tiempo que yo las daba por la cocina.

Le había preparado a mi madre un brebaje de hierbas calientes, con una de las muchas recetas que ella me enseñó, pero no vino a buscarlo ni me abrió la puerta cuanto la llamé.

La escuche llorar y pedir ayuda mi difunto padre hasta que al atardecer todo quedó en silencio.

Salí de la casa, tenía que repartir los ungüentos y preparados de hierbas que algunos vecinos habían encargado a mi madre.

Aunque todos con los que me crucé me preguntaron por lo sucedido yo no les ofrecía respuesta alguna, únicamente me limitaba a sonreír, asentir con la cabeza y seguir camino no quería hablar de aquello que era tan doloroso y de lo que tampoco sabía gran cosa.

Pasado ya el anochecer llegué a casa, no tenía apetito y estaba muy cansada así que me acosté directamente en mi catre, pero no conseguí conciliar el sueño, todo lo que había pasado me daba vueltas en la cabeza.

¿Cómo iba yo a dejar a mi madre sola en la villa a merced de la furia de aquellas gentes que preferían un derramamiento de sangre que un juicio justo? ¿Cómo la iba a dejar sola ante el Santo Oficio y sus métodos? sería la peor hija del mundo si lo hiciese.

Amaneció y la sala empezó a iluminarse tenuemente por el sol que empezaba a asomar por las ventanas.

Todo estaba en silencio, el hedor que venía de las calles se colaba tenuemente por los agujeros de la piedra de las paredes y los cristales de las ventanas.

Me levanté del catre antes de que cantasen los gallos, me vestí y salí de la casa.

Iba a ir al único sitio en que podría encontrar ayuda para aclarar ese torbellino de pensamientos que inundaba mi cabeza.

Cuando salí de la casa las calles estaban totalmente desiertas solo el ruido de mis pasos en los adoquines de piedra y el de las ratas que campaban a sus anchas rompían el silencio.

El ambiente impregnado del olor de orines y demás basuras se metía en la nariz con una intensidad tal que te hacía remover las entrañas.

Caminaba por la calle de la Ferrería, a ambos lados se distribuían las casas de piedra de dos plantas.

En la planta inferior los porticados sujetos con toscas columnas de piedra servían de ampliación a los negocios artesanos que albergaban las plantas inferiores de cada una de las viviendas.

Al final de la calle a mano diestra había una plaza cuadrada de la que salía una puerta de la muralla, la de San Sebastián, llamada así por el puente de piedra que cruzaba la ría por ese lugar en dirección al Cabo de Peñas.

Rodeada de edificaciones de piedra sin ventanas con grandes puertas de madera oscura de dos hojas, los almacenes del puerto, que guardaban las mercancías que entraban y salían de él.

Entre aquellos edificios destacaba la iglesia de San Nicolas de Bari más parecida a un triángulo en su parte central, con dos naves a los dos laterales más bajas que la principal.

En ella no solo destacaba la espadaña sino el porticado sustentado por columnas de piedra cuyos capiteles tenían esculpidos episodios bíblicos para que nosotros los feligreses conociésemos la palabra de Dios.

Como joven, inexperta e inocente creía que dios y sus ministros serían la solución de todos los males, mi madre, por el contrario, si creía en Dios, pero no en su iglesia.

Cuando estaba a punto de llegar al pórtico de entre la oscuridad a la entrada del templo surgió una silueta humana una luz iluminó el porticado, por su tamaño parecía una vela.

Al acercarme un poco más reconocí la silueta, era el Padre Juan, el párroco que estaba abriendo el templo para los fieles antes del amanecer como cada día.

Me acerqué a él, despacio y con cautela, como quien se acerca a un salvador.

– Buenos días, padre usted tenga padre. – Dije con voz suave a su espalda.

2

El Padre Juan silbaba una melodía religiosa mientras buscaba la llave de la puerta en el manajo que movido por sus temblorosas manos repiqueteaba como unas campanillas.

Era un hombre mayor, escaso en carnes, bajito y con una gran calva coronando su redonda cabeza de la que sobresalía una gran nariz que hundía aún más sus ojos negros y pequeños como canicas.

Cuando escuchó mi voz, dejó de silbar, del susto se le abrieron las manos y se cayeron las llaves, se agachó torpemente para recogerlas, al reincorporarse se giró y me miró.

En su expresión denotaba el sueño normal de aquellas tempranas horas despejado por la sorpresa de mi repentina aparición.

- _ Buenos días os de Dios hija mía ¿Por qué tan temprano en la casa del Señor? - Me interrogó, mirándome de arriba abajo como si quisiera averiguar en mi expresión o mi atuendo la razón de mi incursión.
- _ Buenos días, Padre, ruego me disculpéis si os he inquietado, pues esa no era mi intención— me disculpé con una sonrisa amable en los labios, aunque sabía que apenas se vería en aquella penumbra. - pero, la acusación de asesinato me tiene muy preocupada, pues temo que la condena del tribunal y la del altísimo no la dejen entrar al Paraíso por tan grave pecado. — Empecé titubeando un poco, tenía miedo de que las palabras que salían de mi boca fuesen verdad.
- _ Comprendo vuestra zozobra hija mía, más ya había advertido a vuestra madre que sus prácticas sanadoras son herejía a ojos de la Iglesia, más nunca me escuchó - Contestó en tono severo, con sus ojos que clavados en los míos parecían estar recriminándola a través de mí.
- _ Bien se padre, que para conseguir el perdón del pecado hay que enmendarlo y no volver a cometerlo, más estoy aquí para pedir os consejo ¿Qué puedo hacer? no sé cómo salvarla y no deseo que...
- _ Hija mía — Me interrumpió — Lamento decirós que no podréis hacer gran cosa, pues es grave el pecado, que se suma a otros anteriores que no han sido perdonados.

Al escucharle sentí como un puño me oprimía el corazón y apenas lo dejaba latir, de mis ojos comenzaron a brotar lágrimas fruto del dolor y la impotencia.

- _ ¿Qué puedo hacer? Estoy perdida, confundida padre aconsejadme os lo ruego — Le cuestioné con voz aguda y temblorosa.
- _ Debeís pedir perdón a Dios y hacer penitencia por vos y por ella.

- Estoy presta Padre, decidme ¿Cuál sería la penitencia más adecuada a sus pecados? – Intenté que mi voz denotase una fuerte determinación y no el miedo que sentía en realidad.
- Estoy muy satisfecho de ver vuestra determinación, mas debéis saber que la prueba será grande... La peregrinación a lugar sagrado sería buena cosa, yo os aconsejo visitar la tumba del Apóstol Santiago en Compostela y rezad allí por ella y por vos.
- Gracias por vuestro consejo padre, estoy dispuesta a ello si con eso libero el resto de la eternidad, tanto a mi madre como a mi - Le aseguré, me despedí de él, saliendo de la iglesia.

Recorriendo el camino de vuelta, la cabeza me daba vueltas, repasando punto por punto la conversación con el padre Juan, mientras mi miedo iba en aumento.

Deambular sola por los caminos plagados de bandoleros era un gran riesgo y más siendo mujer.

Había oído historias de jovencitas que andando solas por los caminos habían sucumbido a las malas acciones de hombres que las usaban para su pecaminoso placer, llevándose consigo su virtud e incluso su vida.

Por otra parte, una peregrinación, era la excusa perfecta para cumplir mi gran sueño, salir de la villa.

Para mi vivir como el resto de las mujeres de la villa deslomándome de sol a sol y pariendo un vástago por año, era el más cruel de los castigos.

Comencé a notar como la villa despertaba, los olores del día iban impregnando el ambiente: pan reciente, humo de la leña de las fraguas, el de los asados en algunas fondas....

El ruido habitual: de los martillos en las fraguas, comerciantes en las calles anunciando su mercancía y precios a gritos, el transitar de los primeros burros fueron poco a poco dominando la calle.

Crucé la esquina de la calle Ferrería con Sol, y escuché los gritos de una mujer, con un extraño eco que no logré identificar.

Cuando me acerqué comprobé con disgusto que aquella desquiciada que no era otra que Marcia, dentro de mi casa daba gritos desde el portal hacia la escalera de acceso a la casa.

- Espero que vuestra conciencia no os haya permitido descansar, yo me he pasado la noche velando el cuerpo de mi hija sabiendo que hoy después de ofrecérsela al altísimo en santa misa, la voy a dejar descansando en camposanto para no volver a verla - Gritaba y aporreaba nuestra puerta como si se hubiese vuelto loca.

Me acerqué por la espalda con el único objetivo de sacarla del lugar y que dejase a mi madre en paz.

Entendía su dolor, pero eso no le daba derecho de torturarla de esa forma, pues lo que había pasado no era su culpa, sino designio de Dios.

- Señal Marcia –Susurré, ella dio un salto y se giró, sus ojos abiertos por el susto se clavaron en mí después su expresión se fue transformando en odio como si fuese su peor enemigo.
- Buenos días tengáis hija de Satanás, le pido a Dios que no hayáis aprendido las artes diabólicas de vuestra madre y que seáis cristiana de bien, como yo y las demás mujeres de esta villa.
- Señal Marcia entiendo que vuestra perdida os cause gran dolor, más sabed que formar este escándalo no os devolverá ni a vuestra hija ni a vuestro nieto. os ruego no habléis de mi

madre en esos términos y que os vayáis, dejad a mi madre en paz que ya tiene suficiente-
Le dije empujándola lejos de la puerta de la casa.

- ¡Que ya tiene suficiente...! - Exclamó horrorizada como si de mis labios hubiese salido la más terrible de las blasfemias- Yo sí que tengo bastante pesar en mi alma he perdido en una sola estocada del destino a mi hija y mi nieto, por culpa del demonio que os trajo a este mundo, porque esa patraña de que han muerto por causas del parto es la más cruel de las mentiras, han sido sus pactos con Satanás.
- Creed lo que queraís, pero iros de aquí, no deseo este escándalo en mi casa – La empuje otra vez fuera de la casa y lo logré, se marchó en dirección a su casa echando cargamentos por lo bajo, y tirándose del pelo.

Entre en casa y cerré de un fuerte portazo, deseando que aquella mujer no volviese.

La luz del sol iluminaba tenuemente la sala haciéndola visible a mis ojos, en el centro el hogar aun humeaba por los rescoldos de la noche anterior, a su alrededor el banco de piedra en que nos sentábamos para hacer vida familiar.

En las uniones de las piedras de las paredes mi padre había clavado puntas ya oxidadas de hierro que servían para colgar cestos de mimbre en los que había todo tipo de herramientas de cocina como platos o potas de barro.

Todo estaba tal cual lo había dejado la noche anterior lo que me hacía suponer que mi madre no se había levantado.

Me dirigí a su habitación, la puerta estaba cerrada, la golpeé varias veces con el puño, pero nadie contestó.

Acerque el oído a la madera y no se escuchaba ruido alguno ni siquiera el de la respiración.

Volví a golpear la puerta con el mismo silencioso resultado, eso no era normal, mi madre no tenía el sueño tan profundo, así que sin pensarlo dos veces le dí un fuerte empujón a la puerta, que cayó desplomada en el suelo y entré en la habitación.

Lo que vi en aquella oscura y cuadrada sala, fue algo que jamás se me ha borrado y que marcó mis pesadillas para siempre.

3

Parada en la puerta, la escena que me ofrecía aquella sala era tan atroz que comencé a temblar, con los ojos muy abiertos, que no daban crédito a lo que tenían delante, me los restregué con las manos una y otra vez, parpadeando de forma compulsiva, intentando asegurarme de que aquello era real.

Me apoyé en el marco de la puerta para evitar caer al suelo, me fallaban las piernas, mi corazón primero se desbocó y después se estrujó como si le hubiesen dado un fuerte golpe con un martillo de fragua.

Aquel dolor tan intenso me hizo doblar las rodillas y estas chocaron con el suelo de madera con todo el peso de mi cuerpo.

Me embargó una desesperación tal que me tiré de los pelos, quise gritar, pero nada salió de mi garganta.

Mis ojos se inundaron de lágrimas que se convirtieron en dos ríos en mis mejillas que fluían hacia el suelo y nublaban mi visión.

Negaba con la cabeza, incapaz de creer que mi madre hubiese cometido semejante pecado *¿Cómo había sido capaz de ir contra los dictámenes del Altísimo? ¿Cómo había sido capaz de reducir el tiempo que Diós le había otorgado en este mundo?*

Se hallaba delante de mis ojos colgada de una de las vigas de madera del techo por una cuerda atada al cuello, mientras sus brazos y piernas se movían libremente por el aire dándole aspecto de títere.

Cuando volví a la realidad, mi primera determinación fue que mi madre volviese al suelo.

Tiré de sus piernas hacia el suelo, pero su cabeza se quedaba atascada en el nudo y no salía de él y no quería romperle el cuello.

Al no dar resultado, moví el viejo armario de madera de castaño, medio carcomido, en que mi madre guardaba la ropa de la pared en que estaba apoyado hacía el centro de la sala, el cual emitió un sonido agudo al rozar sus patas con el suelo de madera.

Una vez colocado me subí en él y no fue tan efectivo como pensé, por su altura a duras penas pude llegar a la viga haciendo equilibrio subida en el borde de su tapa superior, pude alcanzar uno de los lados de la cuerda, tirando de él deshice el nudo y descolgando a mi madre.

Por más que intente agarrar bien la cuerda no pude impedir que el cuerpo impactase fuertemente contra el suelo.

Me bajé del armario de un salto y el cuerpo de mi madre estaba tirado en el suelo, se había golpeado en la cabeza, pero la sangre no corría, pues no había latido que la impulsase.

El pelo, había quedado hacia atrás dejado su cara al descubierto; sus ojos en otro tiempo del color del carbón lucían ahora blancos muy abiertos y sin expresión.

Los labios, antes finos y rojos, en aquella mujer que tenía ante mi eran morados e hinchados marcando la boca semiabierta, como si se hubiese arrepentido en el último momento.

Me derrumbé y lloré arrodillada al lado del cadáver acariciándole suavemente el frío y pálido rostro, maldiciéndola a momentos por haberme dejado sola, mientras en otros le decía lo mucho que la quería.

Cuando ya no me quedaban lagrimas que sacar, ni palabras que pronunciar, exhausta me recosté con la cabeza apoyada en su pecho en que no escuchaba ese latido que me había calmado tantas veces de niña.

Ni siquiera tuve apetito, ni ganas de hacer nada, lo único que hacía era llorar de pena, de miedo... Me había quedado sola.

Mi madre había cometido un pecado tan grande que su alma iba camino al purgatorio, más no iba a permitir que un alma buena como la suya penase eternamente.

Cayó la noche, y decidí que debía darle sepultura en un lugar alejado de la villa, pero cerca de lugar sagrado.

Quise conservar un recuerdo de ella, así que le quité el medallón en forma de gota de azabache bordada en una cinta roja de tela, regalo de mi padre, que siempre llevaba y me lo puse.

Después cogí un saco vacío de harina de la cocina, lo único que encontré de cubrir el cuerpo a falta de un ataúd como Dios manda.

Acto seguido la arrastré hasta la puerta y para bajar la escalera y que no recibiese golpes de los escalones de piedra la levante como pude en volandas.

Atenta ante cualquier ruido o movimiento a mi alrededor recorrí la calle la Ferrería, que estaba en penumbra, solo las pocas luces de las casas daban algo de claridad, apenas se oían los ronquidos de algunos vecinos.

Salí de la muralla por la puerta del Alcázar en dirección al convento Franciscano de San Antonio de Padua.

Me acerqué a una de las cercas que delimitaban el recinto. Por fortuna, en la tapia al lado de la maltrecha puerta de entrada había una pala medio caída y oxidada que algún monje había dejado allí tras una dura jornada en las huertas que rodeaban el recinto.

Escogí un lugar apartado y cavé un agujero, cuando este era suficientemente profundo y largo como para albergar el cuerpo lo arrastré a su interior.

fue un gran esfuerzo para mí el cubrirlo de tierra mi corazón seguía oprimido por el dolor y me costaba respirar.

Tenía la sensación de estar enterrándome a mí de alguna manera además de a mi madre, sepultando en aquella tumba a la niña inocente que había vivido en aquella villa, alejada de lo malo de este mundo, protegida por la mujer cuyo cuerpo yacería para siempre en ese agujero de gusanos.

Ver la tumba de mi madre, como un montón de tierra sin cruz ni flores, fue muy doloroso.

Sabía que la cruz no se la podía poner por haber muerto en pecado, pero ofrecerle flores como símbolo de cariño hacia quien se ha ido, como un abrazo y unos cuantos besos si me estaba permitido.

Entré en las huertas del monasterio y busqué entre las plantas, hasta que encontré un rosal de rosas rojas, las favoritas de mi madre.

Pidiendo perdón a Dios por el pecado corte unas cuantas, regresé y me arrodillé ante la sencilla tumba.

Le di un beso a cada flor y las deposité encima del montón de tierra, recé una oración silenciosa, para que su alma, aunque no tuviese salvación aún pudiese pasar sin mucho dolor por el purgatorio.

– No os preocupéis madre, pues haré lo que esté en mi mano para que viváis el resto de la eternidad en el paraíso, que es donde debéis estar. Os lo juro por vos y por Dios todopoderoso. – Le prometí.

Le di un beso de despedida a una de las rosas, me santigüé y me levanté, volví a casa llorando, la muerte de mi madre y la soledad que me había provocado.

4

Me derrumbé tras pasar el umbral de la puerta de casa, gritando y llorando como si hubiese perdido el juicio, desesperada me había quedado sola en el mundo a mis 18 años.

Lloré toda la noche embargada por el dolor y el miedo arrodillada en el mismo lugar en que había caído el cuerpo de mi madre acariciando el suelo con la mano como si aún estuviese allí.

Agotada, caí en un profundo sueño, no escuche el canto de los gallos, ni el repicar de las campanas de San Nicolás de Barí que llamaba a los fieles a despedir a la pobre Catalina y a su hijo.

Fueron otras las que me despertaron, sonaban por toda la ciudad: las de la torre del reloj, la iglesia de San Antonio, las del puerto, todas repicaban con vehemencia, con un fuerte estruendo.

Me levanté sobresaltada y me asomé corriendo a la ventana de la sala, la calle estaba sumida en el caos: gritos de pánico, objetos de barro que se rompían, el rebuznar de los burros tratando de salir de aquel tumulto y todo ello con el acompañamiento del tañer de todas las campanas de fondo.

Desde mi ventana no se divisaba el origen de aquel tumulto y la pregunta que no paraba de darme vueltas en la cabeza *¿Cuál era aquella amenaza tan terrible que había sobrevenido sobre la ciudad?*

Me puse la capa y salí, en la calle Sol no había nada que llamase la atención, pero pude ver como la Ferrería y la Fruta, se habían convertido en dos mareas humanas que corrían, llevándose cualquier objeto, animal... a su paso, parecía que lo único que importaba era alejarse del puerto.

Llegó a mis oídos el ruido de los cañones disparando, no era un incendio de los barcos como pensé, nos estaban atacando.

Un gran despliegue de corsarios franceses estaba entrando por la puerta de la muralla desde el puerto; algunos se dirigían a los Silos que rodeaban la iglesia, otros se adentraban a punta de espada en las casas y negocios de los vecinos para apropiarse de cualquier cosa de valor, mientras corrían para salvar la vida.

Pocos tenían el valor o la inconsciencia de enfrentarlos, mientras la guardia de la ciudad no se veía por ninguna parte, lo que me hizo pensar que estarían defendiendo los palacios y las iglesias.

— Nos atacan los franceses, que se salve el que pueda y que dios nos guarde a todos — Una mujer como si fuese un trovador corría gritando estas palabras una y otra vez.

Volví a casa a toda prisa y recogí lo indispensable: faldas, camisas, algunas frutas, carne seca y

todo el dinero que teníamos guardado detrás de la chimenea y lo metí en un saco que me coloqué en el hombro.

Bajé la escalera y cerré la puerta sin mirar atrás, ahí se acababa una parte importante de mi vida, pues no tenía intención de regresar, ni sabía si podría hacerlo algún día.

Fui por la calle Ferrería hacia el Alcázar, en el camino me cruzaba con los hombres que se dirigían al puerto para luchar contra los invasores y defender la Villa, mientras las mujeres y los niños iban como yo en sentido contrario intentando salvar sus vidas y sus escasas pertenencias.

Cuando conseguí salir de las murallas, fui hacia el camino de Rivero, para llegar a Oviedo y peregrinar por el camino primitivo que salía de ella, puesto que para hacer el Camino de Costa tenía que ir por el puerto.

Para mi desgracia la marabunta que como yo huía despavorida para salvar la vida, me oprimía por todos lados y me alzaba, dejado a mis pies apenas rozar el suelo, tenía otros planes y me empujó hacia el camino contrario hacia Galiana.

En el momento en que pasé por la zona del monasterio me despedí de mi madre para siempre, lanzando un beso al aire y jurándole que pasara lo que pasara nada iba a impedir que cumpliera con mi promesa, que la salvaría de aquel terrible castigo.

5

Me sentí arrastrada por un mar embravecido, aquella corriente humana me pasó por encima con tal fuerza que me hizo caer al suelo.

Fui pisoteada como un perro tanto por personas como por bestias y comencé a temblar de pies a cabeza.

Me hice un ovillo agarrando fuertemente las rodillas con mis manos mientras lloraba y temblaba como una niña.

Con los ojos cerrados noté una mano apoyándose en mi hombro, me quedé petrificada, mi corazón se quería salir de mi cuerpo *¿Quién me había encontrado?*

- ¿Os encontráis bien muchacha? – Preguntó una voz suave masculina a encima de mí, su tono denotaba una sincera preocupación.

No pude contestar, miraba para el suelo moviendo mis ojos de un lado a otro como si en el barro del camino pudiese encontrar la respuesta a una pregunta tan sencilla como aquella.

- Os agradezco la preocupación, supongo que me ha superado el temor, más ya me encuentro mejor– Me costó un triunfo pronunciar aquellas palabras, mi voz salió temblorosa, mientras me incorporaba sobre mis rodillas y respiraba hondo, intentando hacer ver que ya había pasado aquella crisis.

El desconocido me quitó la mano del hombro y dio un paso atrás, me levanté y me giré, fui levantando la cabeza y hasta que pude miré.

– Me alegro de que os encontréis mejor permitidme que me presente mi nombre es Santiago ¿Vos sois? – Me dedico una sonrisa amable.

- Isabel – Me limité a contestar, mientras le examinaba con una mirada furtiva.

Era el muchacho más alto y hermoso que había visto jamás, su cuerpo cuadrado y musculoso, sostenido por unas piernas: cortas y fuertes, aunque algo arqueadas.

Más lo que llamaba más la atención a cualquiera que pusiese sus ojos en él eran sus ojos del color del cielo de tormenta, un gris tan oscuro que parecía negro.

Vestía una ajustada camisa blanca, sujeta por un chaleco de cuero marrón cuyos extremos se unían por una cuerda que se entrelazaba de un lado a otro en zigzag y terminaba en un apretado nudo.

Sus pantalones de cuero negro ceñidos marcaban los músculos de sus cortas piernas agrandadas por largas botas del mismo color que le salían de las rodillas.

Su belleza intimidante, digna de aparecer en un retrato obra de un gran maestro.

Esa belleza intimidante y la mirada que me dedicaban aquellos ojos me provocaron una sensación como un fuego que se extendió con rapidez por todo mi cuerpo eliminando cualquier otra y del que solo acercándome a él podría salvarle de las quemaduras.

Mi único deseo era pasar mis manos por aquellos brazos, pecho y proseguir hacia abajo hacia la zona del cuerpo masculino que una mujer tenía prohibido ver, pensar y por supuesto tocar, pues era pecado de lujuria el hacer cualquiera de las tres.

En mi inocencia no comprendía la razón de que aquellos pecaminosos pensamientos fuesen tan fuertes en mí y mucho menos como un desconocido podría provocarlos.

Llegamos a la zona de arriba del todo al lado del campo de robles donde se solían celebrar las ferias de ganado coincidiendo con San Roque.

— Ahora que estamos más tranquilos, contadme vuestra historia Isabel, me extraña que una doncella tan joven como vos vaya sola por los caminos en situación tan peligrosa como esta — Me sonreía con afabilidad, se notaba su esfuerzo para que confiase en él y aún no sé por qué motivo lo hice, pero así fue.

— Mi padre falleció en las guerras de la reina Isabel contra los infieles y mi madre acabo ella misma con su vida y aquí estoy sola dirigiéndome a Compostela a rogarle al apóstol Santiago por mi madre, para que le perdone su pecado pues lo he prometido ante su tumba. — Le conté, aunque no le miraba a el sino a los adoquines tal vergüenza me daba esa confesión.

— En ese caso permitidme acompañaros a un lugar más seguro, no quedaría mi alma tranquila si os dejo a merced de dios sabe que rufianes.

Asentí, agradeciendo al altísimo que hubiese cruzado a Santiago en mi camino y que fuese un alma tan buena como para ayudar a una desconocida y protegerla.

Bordeamos la muralla, pasamos por la puerta de la Cámara y llegamos a la zona de las acequias, continuando el curso del Tuluergo llegamos al puerto.

Caminábamos en silencio con intención de pasar desapercibidos, pero tropecé con un vaso tirado en el suelo que se rompió bajo mis botas.

El ruido llamó la atención de un grupo de cuatro demonios gabachos, que recorrieron el lugar con la mirada hasta que dieron con nosotros.

Se acercaron a Santiago con actitud amenazante, antes de que llegasen a su lado me hizo una seña con la mano para que me mantuviese alejada.

Se trataba de tres hombres corpulentos vestidos en cuero negro y jubones de vivos colores, se acercaron con actitud amenazante, parecían una manada de hienas ante su presa, comenzaron a rodearle armados con grandes y afilados cuchillos que enseñaban por delante de si para amedrentarle.

Por desgracia para ellos, Santiago no era una presa fácil ni asustada y estaba muy lejos de darse por vencido, todo lo contrario.

Había sacado de su espalda una espada a dos manos que sostenía con fuerza mientras giraba en torno a sí, señalando con ella a sus atacantes y buscando la forma de defenderse.

— No seais terco muchacho por vuestro bien dadnos vuestras más valiosas posesiones— Amenazó uno de ellos mientras se acercaba lentamente a Santiago.

- _ Por el amor de Dios muchacho, no veis que os superamos en número y somos más fuertes, si queréis seguir vivo dadnos todo y marchaos – Decía otro de los rufianes acercándose lentamente.
- _ Jamás os lo daré, pues es el fruto de mi trabajo, si pensáis que infundís en mi temor alguno andáis errados. – Respondió, era alto de porte fino y cabello claro.

Demostraba gran valor enfrentándose a ellos, pero lo más seguro es que de nada le sirviese contra esas bestias, que acabarían con él y se llevarían todo cuanto atesoraba.

Me acerque a ellos sigilosa como un gato, tanto que no parecieron dar cuenta alguna de mi presencia armada con un cuchillo que había sacado de mi bota.

- _ Espero no estéis molestando al joven., que no os ha hecho ningún mal – Le dije al oído al que tenía más cerca, después de haberme subido a su espalda de un salto.

El grandullón se paralizó, el cuchillo se cayó de sus manos con un ruido hueco, alertando a los otros.

Santiago aprovechó el momento de confusión para herir a uno de ellos en una pierna que gritó como un león mientras caía de rodillas al suelo.

- _ ¿Qué demonios estáis haciendo? Corred, Isabel por el amor de Dios – Me ordenó – Marchaos de aquí salvaos, me reuniré con vos en la iglesia de Santo Tomás cuanto pueda.

Aún asustaba por lo que acaba de pasar, me bajé de aquella espalda y crucé el puente de piedra, esquivando a la marabunta de mujeres y niños que gritaban mirando atrás una y otra vez como si no creyesen lo que estaban viendo sus ojos.

Entré al barrio de Sabugo por la calle del lado, y llegué a la iglesia sin mucho esfuerzo, esperé a Santiago en la puerta del templo, con la respiración acelerada, rezando a Diós para que le protegiese.

El pueblo de Sabugo pertenecía a Avilés, pero no tenía nada que ver con la Villa era una aldea en una colina sin la protección de una muralla y organizada en tres calles en que las casas eran aún de madera y sus calle barrizales.

Por suerte en aquella ocasión el Señor escuchó mis plegarias y Santiago a apareció entre el tumulto de la gente que huía y los hombres que valientes o inconscientes se dirigían a defender la villa.

Corrí a su encuentro como si hubiese visto aparecer al mismísimo salvador.

- _ Menos mal temía que os hubiese pasado algo – Con voz agitada y sin poder controlarme le abracé.
- _ No os preocupéis hace mucho tiempo que se defenderme solo en todo tipo de problemas. – Se separó de mi con delicadeza dedicándome una sonrisa.

Salimos del Barrio por los muelles, siguiendo el camino al Alcázar de San Juan que defendía cuyos escasos cañones disparaban en aquel momento a los primeros barcos franceses que huían hacia el mar.

El estruendo de los disparos retumbaba, mientras que el humo unido al escaso viento que soplaba cubría la desembocadura de una niebla grisácea

Antes de llegar a él seguimos el camino que llevaba a otra vieja fortaleza y legendaria, Gauzón, donde el rey Alfonso III mandó forjar la Cruz de la Victoria a partir de la cruz de madera que el rey Pelayo enarboló en aquella mítica batalla en que expulsamos al infiel de nuestras tierras

siglos atrás.

Fue allí al pie de la colina que presidía la fortaleza donde paramos a descansar a la sombra de un viejo castaño que crecía a la vera del camino.

No creo que Santiago se durmiese a pesar de las emociones vividas, pues se había puesto a tallar una de las viejas ramas caídas del árbol, pero mi joven cuerpo ya no podía más y caí en un profundo sueño.

Empezaron a surgir imágenes en mi cabeza, todo lo acaecido aquellos dos últimos días: Marcia amenazando a mi madre, las palabras del Padre Juan, los gritos y llantos de los niños cogidos en el cuello de sus madres cuando corrían para salvarse.

6

Entre por una puerta y estaba en la casa de mi familia en Avilés, pero parecía que toda la Villa se había congregado alrededor del cuerpo de mi madre que colgaba en el techo de aquella viga, rodeada de los vecinos que le tiraban todo tipo de frutas podridas y no me dejaban acercarme a ella para quitarla de la viga.

De pronto el cuerpo de mi madre giró sus ojos volvían a tener el tono carbón, me miraban con intensidad, rogando ayuda.

— Hija mía cumplid vuestra promesa, no os olvidéis de mí y no me dejéis perecer en el purgatorio con los demonios, no me guardéis rencor por el pecado cometido, me cegó el dolor y la culpa- me susurraba con hilo de voz, en aquel momento el fuego del incendio la consumió y desapareció.

Me desperté sin saber dónde me encontraba, hasta que eché un vistazo a mi alrededor, estaba oculta entre los árboles de un bosque y tenía al lado a Santiago que dormía plácidamente.

La noche había caído sobre nosotros y Santiago me había llevado a un lugar más seguro y había encendido una pequeña fogata.

No conseguí volver a conciliar el sueño y el despertó al amanecer, cuando hubimos recogido aquel lugar, continuamos camino, que era más un lodazal en el que te hundías hasta los tobillos.

Era lunes y nos cruzamos con los comerciantes que se dirigían al mercado de la Villa, supusimos que no se habían enterado de las tristes nuevas.

Aquellas caravanas iban acompañadas por carros y otros con burros cargados de todo tipo de víveres: verduras, frutas, pescados, vino o aceite y otras materias, telas, cuero, ánforas etc.

Otros personajes seguían nuestra misma dirección e iban a pie sin más mercancía que sus enseres, ataviados con capas la mayoría teñidas de marrón gastadas y en algunos casos con agujeros por los que se metía el frío que hacía temblar a sus portadores.

Aunque el objeto que más destacaba de aquellos que portaban era un gran bastón de madera en su mano diestra del que colgaba una concha blanca, una vieira, eran peregrinos.

Yo sería como ellos en cuanto estuviese con las fuerzas necesarias pues según Santiago y después de lo vivido necesitaba unos días de tregua antes de pasar esa prueba.

En aquel momento me vino a la cabeza el Padre Juan y las historias a cerca de peregrinos en sus sermones de los domingos, en que nos enseñaba la rectitud cristiana y la manera de conseguir ese tipo de dones.

Se decía que los peregrinos habían abandonado sus hogares y se habían encaminado a la tumba del Apóstol Santiago, en la ciudad de Compostela.

Al llegar y tras prestar confesión y la Compostela que acreditase que habían hecho el camino habían recibido, perdones a sus pecados y curaciones milagrosas de las más graves dolencias que estos habían pedido como premio a su fe y a su esfuerzo.

Recordar esas historias y los sermones del párroco encendió en mí la esperanza, estaba segura de que no había enfermedad que el Altísimo y sus apóstoles no pudiesen curar, ni pecado que se negase a perdonar a una oveja descarriada que quería volver al rebaño.

Santiago de Compostela era una ciudad grande que había prosperado gracias a los propios peregrinos que acudían a cientos, pero también a su recién formada universidad.

Para mí era la ciudad perfecta para iniciar mi nueva vida por dos motivos.

El primero era que como debía cumplir mi promesa y e ir a pedir el perdón de los pecados que mi madre había cometido en vida y que así ella saliese del purgatorio en el que seguramente había sido encerrada y que llegase al Paraíso donde me esperaba por la eternidad.

El segundo Santiago era una ciudad prospera y rica un buen sitio para empezar una nueva vida, pues ya nada me ataba a Avilés.

Mientras caminábamos prestaba mi atención a las conversaciones de peregrinos y comerciantes, quería tener noticias de la Villa.

Gracias a eso muchas nuevas llegaron a mis oídos, aunque no eran nada halagüeñas, relataban que la ciudad había sido arrasada por aquella horda, incluso los palacios importantes como el de Ferrera.

Eso me infundió un sentimiento de rabia, la ciudad se estaba recuperando aún del incendio, aunque de él habían pasado casi 40 años la ciudad había sido arrasada por completo y recuperarse de algo así llevaba su tiempo.

Recuerdo aquellas historias que mi padre me contaba, que le había contado su padre sobre aquellos oscuros días, su abuelo había fallecido y la mujer de este y sus hijos se habían refugiado en las aldeas cercanas, para regresar a la Villa una vez reconstruida, pero no fueron ellos sino mi padre quien volvió.

Las causas de aquel aciago día ni estuvieron ni están claras, pues fueron tiempos de guerra y eso oscurece cualquier verdad, ni los cronistas que de ellas hablan se ponían de acuerdo.

Unos hablaban de un incendio accidental provocado por un brasero de una casa de la calle de La Fruta que había quedado encendido aquella noche.

Mientras otros hablaban de que había sido provocado, un atentado de Los *Beltranejos*², enfadados por estar en el bando perdedor en la guerra por el trono, al ver como la reina Isabel y el rey Fernando iban ganando batalla tras batalla.

La reina Isabel había ayudado a su regia Villa y a su puerto, con la fundación del mercado de Alcaba libre de tasas reales, que se celebraba y se sigue celebrando aún cada lunes.

Esa había sido la solución adoptada para que la corona no tuviese que usar sus vacías arcas en la tragedia y pudiese seguir plantando batalla a los invasores portugueses.

Al caer la tarde llegamos a orillas del Nalón, lo cruzamos por el puente mezclándonos con

peregrinos y comerciantes.

Poco después dejamos el camino principal y comenzamos a ascender la loma, llegamos al pueblo de Somao, continuamos el ascenso entre bosques y pequeñas granjas, pero no acabábamos de llegar a destino así que pregunté.

- Santiago, me podríais decir si no os importa, ¿A dónde nos dirigimos exactamente? - Trate de preguntar, mi voz sonaba entrecortada por el esfuerzo, más conseguí que se me entendiese.
- Disculpad, Isabel, es cierto que no os lo he dicho, vamos a mi aldea natal en la que vive mi hermano Alfonso, allí descansaremos unos días antes de proseguir vos vuestro camino y yo el mío.
- ¿Acaso tampoco vos os quedareis con vuestro hermano? – La curiosidad me podía y no podía parar de hacer preguntas.
- Por más que me agrada esa idea, no puedo llevarla a cabo por el momento, tengo que hacer un viaje largo, por motivos personales. – Se limitó a contestar.

Su respuesta me hizo ver que no deseaba seguir hablando del tema conmigo, a fin de cuentas, apenas nos conocíamos de unos días como para contarme todo.

Lo respeté y sin hallar otro tema de discusión permanecí en silencio el resto del camino.

El sendero estaba muy viejo la mayoría de los adoquines habían desaparecido entre el barro, que manchaba el bajo de mis faldas haciéndolas pesadas, dificultándome el seguir el paso de Santiago, quien parecía más acostumbrado a transitar por aquellos lares.

Poco antes del anochecer llegamos a una pequeña aldea que se hallaba oculta en un pequeño claro en el bosque.

Eran un total de seis casas que rodeaban una pequeña capilla que hacía de centro de aquella población.

Las casas eran iguales: rectangulares de una sola planta construidas en piedra, y tejados negros de pizarra a una sola caída.

En el centro de aquella imagen la espadaña de piedra de la iglesia que era la construcción más elevada de aquel lugar, encumbrada por una oxidada campana de cobre.

Santiago parecía conocer el lugar y ser conocido en el pues los pocos aldeanos que nos encontrábamos lo saludaban efusivamente y por su nombre.

Nos encaminamos hacia una de aquellas casas, a medida que nos vamos acercando empecé a ver algo extraño que salía de aquella casa.

Al llegar vi que un humo negro salía del interior, no parecía que hubiese incendio, lo cual me extraño hasta que escuche el ruido de martillo de la fragua, se trataba de una herrería.

No se veía nada, todo estaba inundado de humo tanto que no se veía del interior, solo la puerta y poco en el interior, nos quedamos en el umbral de una de aquellas estancias salía un humo muy negro, era una fragua.

7

Santiago entró atravesando el humo, sin preguntar como si fuese suya, yo me quedé en el umbral extrañada de su atrevido comportamiento, hasta que él me hizo un gesto con la mano, lo único de su figura que el humo dejaba ver, para que lo siguiera.

Era igual que mi casa de Avilés, pero de otro material, tanto fue así que por un momento pensé que estaba entrando en mi propia morada.

- Alfonso, hermano ¿Estáis en casa? - Gritó Santiago para hacerse oír ante el repiqueteante sonido del martillo contra el metal.

En ese momento de entre todo aquel humo oscuro, que colmaba el ambiente de un olor a leña y metal fundido, se dibujó la figura de un hombre.

Al verlo con más nitidez, pude darme cuenta de que era muy parecido a Santiago, con un cuerpo más castigado y redondeado, salvo por sus brazos fuertemente musculados y llenos de quemaduras.

Sus ojos eran del color de la hierba, se clavaron en mí con tal vehemencia como si con una mirada pudiese averiguar quién era y porque había invadido su hogar, después volvió la vista.

- Santiago hermano que alegría veros de nuevo en casa - Exclamó el desconocido y sin mediar palabra ambos se fundieron en un abrazo, como el que se dan los hermanos que llevan tiempo sin verse.
- Pero ¿Qué estáis haciendo aquí? No sabía de vuestro regreso, pues nada dijisteis en vuestra última carta - Alfonso enarcó la ceja con gesto preocupado y extrañado.
- Lo que se hermano, siento caeros de sorpresa, pensaba quedarme más tiempo en la villa, más me temo que no traigo conmigo buenas noticia, la Villa de Avilés ha sufrido un saqueo por parte de la fuerza corsaria francesa hace dos días.

Alfonso se quedó boquiabierto al escuchar aquella noticia, no pronunció palabra así que se produjo un silencio, que rompió el propio Alfonso con un carraspeo.

- ¡Por el amor de Dios! Que tragedia tan horrorosa me narráis hermano, pobre Avilés y de aquellos que se enfrentaron al invasor por más valor que mostrasen me temo que poca oportunidad tuvieron que el altísimo los guarde. Agradezco a Dios que vos estáis bien, aunque no sabía que hubieseis contraído nupcias, De eso tampoco avisasteis en la misiva ¿Por qué? Habría acudido gustoso ante feliz acontecimiento. - Dijo con una gran sonrisa que denotaba familiaridad.
- ¿Nupcias...? oh no en absoluto, Isabel no es mi esposa, ha perdido a su familia y mi conciencia no me permitía dejarla deambulando sola por los caminos a merced de rufianes o cosas peores, así que decidí traerla conmigo y que se quedé con nosotros el

tiempo que desee ¿Espero no os importe hermano? – intentó explicarse con la vista en el suelo y su brazo izquierdo detrás del cuello rascándose con gesto nervioso, parecía un niño que explicaba a su madre alguna fechoría, verlo así me hizo sonreír.

- Entiendo, habéis obrado bien al traerla y vos perded cuidado Isabel, podéis quedaros en esta casa cuanto gustéis - Me dedico una sonrisa amable.
- Os estoy muy agradecida en verdad, mas no os apureís por mí no me quedará mucho tiempo, asuntos tengo pendientes en otro lugar - Dije intentando sonreír.
- ¿En verdad? – Alfonso alzó la ceja escéptica.
- Si, he de cumplirle promesa a mi difunta madre – Me limité a decir.

No insistió a que le diera más detalles, cosa que agradecí. Alfonso vivía solo en aquella casa trabajando de sol a sol en su fragua, la cual había sido de su padre ante que suya, no tenía esposa aún.

Después de una cena que consistió en un trozo grande de pollo que Alfonso preparó para los tres.

Me dormí en el mismo comedor, pues el cansancio que sentía era tan grande que encontraría el descanso tranquilo que tanto ansiaba, pero mis sueños fueron poco menos que pesadillas tan horribles que no pude descansar.

8

Me desperté de madrugada sobresaltada por otro mal sueño sin saber dónde me encontraba, sentada en el suelo.

Al incorporarme una manta vieja de lana azul desgastada y con algún que otro agujero se deslizó por mis piernas, no recordaba haberme tapado con ella aquella noche, supuse que uno de los hermanos me la habría colocado mientras dormía.

Recorrí con la mirada el espacio y al verme de nuevo en la casa de Alfonso, un lugar tranquilo y seguro para mí, me tranquilicé y me dormí, aunque no fue un sueño tranquilo, pues la pesadilla se repitió una y otra vez.

Al día siguiente, cuando la luz del sol entró por las ventanas iluminándome la cara me desperté, me levanté despacio y caminé por el lugar sin hacer el menor ruido, recorrí toda la casa.

Se componía de cinco estancias que se distribuían alrededor de aquella sala, una de ellas la de Alfonso, otra la de Santiago, ambos estaban dormidos a juzgar por el sonido de ronquidos que salía de ambas puertas.

Otra era la fragua, cuyo fuego ardía sin descanso dejando un rastro de humo que se escapaba por los resquicios de la puerta, dejando el ambiente impregnado de una roma a carbón, leña y metal fundido.

La penúltima de las habitaciones, que estaba al lado opuesto de la fragua, era una puerta cerrada con un candado colocado, como si fuese parte de un recuerdo que quisieran olvidar.

Al volver a la sala llegué a la ventana desde la que se vislumbraba el pueblo que estaba tranquilo y oscuro, solo iluminado por unos pocos faroles, sujetos con clavos colocados en los árboles.

Mientras observaba la escena recreándome en cada detalle, escuche la voz de Santiago detrás de mí, estaba tan absorta en mis pensamientos que no me percate de su presencia y me sobresalte.

- Sois ave madrugadora Isabel, eso es bueno en un lugar como este, os adaptareis con facilidad, estoy seguro. — Dijo a modo de saludo de buenos días.

Dejé la observación del paisaje y me giré, para recorrer con la mirada la estancia lo encontré, se encontraba a la puerta de su cuarto, gracias a dios había tenido la delicadeza de salir vestido, le sonreí.

- Ahora que tengo vuestra atención os deseo buenos días, y con vuestro permiso ayudaré a Alfonso a preparar el desayuno — Dijo mientras se dirigía a la puerta que daba a la calle, el chirrido de esta fue el último sonido antes que se quedase la habitación en silencio.

Quise contestarle y desearle a él también los buenos días, mas no pude hacerlo, había perdido mi voz, *¿Cómo era posible? ¿Puede que fuese por el dolor por la pérdida de mi madre o el miedo a lo que viene o los dos lo que me había provocado estos efectos tan extraños?*

No lo sabía, pero lo que más me alarmó fue el hecho de que no sabía cómo podría recuperarla o si alguna vez lo recuperaría.

Absorta en mis alarmantes pensamientos perdí de nuevo la noción de aquello que me rodeaba hasta que un ruido me sobresaltó, un chirrido metálico y oxidado provocado por el movimiento de los goznes de la puerta cuando esta se abrió.

Fijé mi vista en ella, Santiago y Alfonso entraron en la sala cargado uno de leña y el otro con un caldero de cobre oxidado, ambos sonreían y silbaban a coro una alegre melodía que yo desconocía.

Santiago puso la leña en el hogar y lo encendió con dos piedras de las que surgió una pequeña chispa, la cual se convirtió en una hoguera que iluminó y calentó la estancia.

Santiago salió de nuevo por la puerta y volvió con una lechera enorme en la mano diestra y en la otra un pesado saco viejo, entre tanto Alfonso, quien había aparecido mientras su hermano encendía el fuego, colocó el caldero en un soporte, para después salir de la estancia y regresar con tres recipientes en una mano y un bote de miel en la otra.

Cuando tuvieron listos todos los elementos los dos se pusieron a cocinar sin dejar de silbar en perfecta coordinación, como si yo no estuviera, el olor tan apetitoso de las gachas impregno el ambiente, se me hizo agua la boca.

Me senté junto al fuego y me quedé mirando las llamas, cuando me quise dar cuenta tenía entre las rodillas un cuenco humeante de barro, lleno de un líquido espeso, con tintas marrones oscuras, olor dulce y apetecible que se introducía despiadadamente en mi nariz.

Sin pensarlo dos veces bebí aquel brebaje, poco a poco eso si estaba demasiado caliente como para tomarlo de una sola vez.

Disfrutando de ese sabor, dejándome llevar por él y por la saciedad que tomar este sencillo alimento le daba a mi cuerpo.

En ese preciso momento me di cuenta de que tenía que intentar contarle a Santiago lo que me había pasado, así que intenté hablar.

_Estais muy callada Isabel supongo que es todo lo que os ha pasado en tan poco tiempo que ha apagado vuestra voz, creo que necesitáis recobrar vuestras fuerzas, pero no os preocupéis que como os dijo mi hermano el día de ayer podéis quedaros aquí el tiempo que necesitéis, habéis pasado un calvario y es normal que no podáis seguir con vuestro camino por el momento.

Inspiré aliviada al tener la certeza de que me iban a ayudar a recuperarme y que iban a ser un apoyo en aquel momento tan delicado que estaba viviendo a pesar de apenas conocerme de un par de días.

Nos quedamos en silencio cada uno atento a sus propios pensamientos, por su expresión ausente Santiago parecía estar en otro lugar lejos de la casa.

Alfonso estaba en un estado parecido, por mi parte me centré en disfrutar aquel desayuno tan delicioso y tranquilo, aquel día en que parecía que la aldea tardaba en despertar.

Esa tranquilidad se vio truncada cuando que un golpe en la puerta nos sacó de aquella paz.

9

Se volvió a escuchar un golpe tras otro en la puerta, me sobresalte y por poco se me escapa el tazón de las manos, por suerte pude evitar que se me derramase.

Una voz femenina sobresalió entre los golpes rítmicos que me ha perseguido el resto de mi vida tanto en sueños como despierta.

– Buenos días, Alfonso, ¿Estáis en casa? Soy Sabina – Era una voz dulce y cantarina.

Santiago y Alfonso se miraron y se sonrieron, aunque Alfonso parecía algo nervioso por la presencia de aquella mujer, una vieja amiga o un familiar.

– Ya Sabina, tranquilizaos que ya voy a abrir, no es necesario que nos tireis la puerta abajo, que no tenemos pecunio para arreglarla- Dijo Santiago entre risas mientras se acercaba a la puerta.

Abrió la puerta y saludó a la recién llegada con una amplia sonrisa y un apretón de manos, que después se convirtió en un abrazo.

– Sabina ¡Que sorpresa tan agradable teneros por aquí! Por favor no os quedéis a la puerta, entrad por favor estáis en vuestra casa – Dijo mientras ambos compartían aquel abrazo.

Santiago se levantó y al contrario que su hermano no saludo a la recién llegada de una forma tan efusiva y familiar, sino que le ofreció un apretón de manos igual que había hecho su hermano.

Alfonso era más distante que su hermano, no le gustaban los besos ni los abrazos, parecía tenerle miedo a ese contacto, pues hacía todo por evitarlo.

Yo ni siquiera me puse en pie, preferí quedarme sentada junto al hogar y seguir tranquilamente con mi desayuno, como si la situación no fuese conmigo.

No conocía a aquella mujer y algo en ella me hacía desconfiar, una voz en mi interior me decía que era peligrosa.

Más no le quité los ojos de encima la blancura de su piel más propia de un lino qué brillaba como un cristal acaparando la luz de la sala, destacaba tapada por un vestido negro largo hasta las botas de cuero, muy ceñido que dejaba ver a la esbeltez de su larga figura.

Su rostro, carnoso y redondeado, perfectamente definido y enmarcado por un moño que recogía de forma elegante su roja melena por detrás de la cabeza.

Sus ojos del mismo color del sol, brillantes, grandes y claros parecían atravesarte como lanzas con cada mirada.

Al mirarlos te quedabas preso de ellos y con la sensación de haber perdido tu propia voluntad, qué harías cualquier cosa que aquella mujer te pidiese.

Al menos eso fue lo que pensé cuando los clavó en mí, al percatarse de mi presencia, me brindó un gesto que denotaba curiosidad junto con una sonrisa maliciosa.

- _ Bueno, parece que teneís compañía, no me pensáis presentar a la dama y de paso contarme que hace aquí acompañada de dos solteros ¿O es que alguno de vosotros a contaído nupcias? – Preguntó con Sorna a Santiago dándole golpes en el brazo con el codo, al tiempo que dirigía sus ojos a Alfonso para incluirlo en la conversación.
- _ Perded cuidado Sabina, pues no es mi esposa, ni la de Alfonso, se trata nada más de una nueva amiga, se llama Isabel y está aquí desde que la salvé hace unos días del saqueo que asoló Avilés, perdió a toda su familia Alfonso y yo la estamos ayudando, dándole: compañía, seguridad y cobijo – Explicó Santiago.

Abrí los ojos que había cerrado como siempre hago cuando me dejo llevar por mi mente y me olvidado lo que estoy viviendo.

Me encontré delante de mí rostro los áureos ojos de Sabina a poca distancia de los míos mirándome con curiosidad, se había acercado y agachado hasta quedar a mi altura.

- _ ¿Con que Isabel?, Tiene nombre de reina, aunque su aspecto deja claro que no lo es, su historia es triste a Dios gracias que se encuentra con vosotros y no en manos de desalmados. - Dijo mirándome con una malévola sonrisa.
- _ Además, una cosa sí está clara podría ser una reina, si se refina y se atusa de otra forma pues tiene una belleza poco común, además estoy segura de que es mujer de carácter, aunque no lo muestre, pero ya lo hará estoy segura, solo hemos de darle tiempo y.....
- _ Bueno...Santiago y yo estamos felices de veros Sabina como siempre, pero será mejor que vayamos a la taberna ya que Isabel precisa descansar. - Dijo Alfonso tratando de cortar la conversación al notar mi incomodidad.
- _ Si, Supongo que tenéis razón, mejor será dejar a la dama tranquila y descansando para que se recupere y nos demuestre ese carácter que sé que tiene - Ironizó entre risas.

Los tres se dirigieron a la puerta, Alfonso y Santiago se despidieron con un gesto de la mano antes de cerrar la puerta.

Me quedé sola en el silencio de aquella sala pensando en aquella mujer y teorizando sobre la relación que podría tener con los hermanos.

10

Poco después de medianoche el sueño y el cansancio ganaron la partida y me quedé dormida en el suelo junto al hogar, tapada con mi vieja manta.

Cuando desperté al día escuché ronquidos a mi espalda y vi que se trataba de Santiago, quien se había quedado dormido tumbado en el suelo junto a mí, a su lado un catre, supuse que era para mí, no sabía de donde lo habían conseguido, pero de igual forma agradecí el gesto.

Al tener a Santiago cerca poco a poco las pesadillas sufridas aquella noche se fueron disipando y me fui sintiendo más segura, así que me dejé otra vez vencer por el inquieto sueño plagado de demonios, que intentaban atemorizarme.

Transcurridos tres días decidí a salir y pasear por los alrededores de la casa para conocer la aldea e ir a la iglesia, deseaba rezar y pedirle a la virgen de la Soledad, patrona de aquel lugar, su ayuda para recuperar mis fuerzas y su protección en mi peregrinación.

Me levanté del catre, fui hasta mi saco que estaba en una esquina de la sala y metí la mano en el hasta que encontré un mi viejo peine, lo cogí y me senté en mi nuevo catre.

Peine en mano a fuertes tirones fui desentrañando el nido en que se había convertido mi descuidada melena azabache.

Para evitar despertar a Santiago me mordí el labio inferior cada vez que tenía el impulso de gritar por tirar demasiado fuerte de aquella maraña.

Una vez arreglado el pelo y vestida adecuadamente salí de la casa, la aldea estaba muy concurrida, parecía que todo el mundo había salido, se preparaban para un mercado que había en Pravia al iban que a ir a vender lo que sobraba de la cosecha.

A pesar de ser una desconocida todos me saludaban y me ofrecían la mejor de sus sonrisas, parecía que los dos hermanos ya habían extendido mi historia.

Al llegar a la puerta de la iglesia, me dirigí a los reclinatorios frente al altar, a medida que me acercaba el olor a incienso se metió en mi cuerpo, era como un bálsamo que calmaba todos mis dolores.

Me coloqué y recé, únicamente centrada en mis oraciones y perdones que le pedía a la madre por mis pecados, pasados y presentes y también por los de mi madre, pues en ningún momento se me olvido mi palabra dada ante su tumba.

Tan centrada andaba en mis rezos que perdí la noción del tiempo hasta que las campanas de la torre dieron el medio día sacándome del trance.

Me levanté del reclinatorio sobresaltada, Santiago y Alfonso se habrían despertado y seguro que estaban preocupados salí del templo y volví a casa.

Aquella tarde me quedé en casa, quería agradecer el detalle del catre preparando yo la cena, hice

un guiso de verduras que había aprendido de mi madre.

También era una manera de tener la cabeza ocupada en algo que no fuese ni mis malos sueños ni los recuerdos de mi madre y de mitigar el dolor que esto me provocaba.

Lo cierto es que Santiago y Alfonso hacían lo que podían para hacerme sentir cómoda, lo que sí que me incomodaba eran las miradas que notaba de algunos aldeanos las pocas veces que iba a la fragua por o las de las vecinas cada vez que salía a la calle acompañada de Santiago.

Para mí su compañía era muy grata, durante los paseos me contaba cosas: de su pasado, de su familia, lo que le gustaba y lo que no. Así fui conociendo a aquel hombre que me tenía fascinada.

Por otra parte, Alfonso no solía ser tan cercano conmigo, aunque no sabía la razón, pero algo en su forma de tratarme y de mirarme me incomodaba sobremanera.

11

Habían pasado casi dos meses en aquella casa recuperando mi cuerpo y mi alma de todo lo sufrido, cuando una mañana me desperté en el preciso momento en que el sol me dio en los ojos obligándome a abrirlos.

Estaba en mi catre junto al hogar con una vieja manta encima, Santiago ya había salido aquellos días se encargaba de entregar los encargos que Alfonso producía en la fragua en las aldeas de toda la zona.

Llegaba casi al anochecer exhausto, aun así, los primeros días, preparaba la cena para los tres, después empecé a ocuparme yo además de otras tareas como la limpieza, no quería ser un trasto inútil.

Cuando Santiago y Alfonso llegaron aquella noche se sorprendieron al percatarse de lo que estaba haciendo.

- ¿Así que sabéis cocinar, guisos diferentes Isabel?, no sé qué es exactamente lo que estáis preparando hoy, pero, huele estupendo la verdad, - Me dijo Santiago con una gran sonrisa con una sonrisa sincera en el rostro,

En ese momento sucedió algo que creo que a los tres nos sorprendió.

- Pues si en mi casa con mi madre era yo la que cocinaba muchas veces aprendí de ella cuando cumplí los diez años – Mi voz volvió a salir de mi garganta clara y libre, aunque no la había perdido si su fuerza y tono normal.

Cenamos los tres hablando, les conté toda la historia de mi familia al menos toda la que recordaba en aquel momento, incluso hablé de Doña Marcia y sus acusaciones.

A la mañana siguiente me desperté, no había ruido en la casa los hermanos debían estar bien dormidos o bien trabajando en la fragua.

A mis oídos llegó el ruido de ronquidos que venía de una de las habitaciones, uno de ellos aún dormía, así que decidí no cocinar aun para no hacer ruido.

Me reí, aunque no estaba segura de porque lo hacía, me inundo una alegría que no había sentido desde hacía mucho tiempo, desde antes de fallecer mi padre en aquella absurda guerra de reinas., en que mi familia se sumió en una tristeza y un luto total.

- Buenos días, Isabel ¿Habéis dormido bien? –Una voz soñolienta sonó detrás de mí.
- Si la verdad, aunque llevo un tiempo despierta, no me puse a cocinar para no hacer ruido y despertaros – Le respondí en medio de las risas incontenibles e inexplicables que salían de mí.
- Os lo agradezco, es un muy buen detalle de vuestra parte, la verdad anoche fue un día duro y necesitaba realmente descansar – Dijo bostezando.

Me giré y lo miré estaba sentado en el suelo colocándose las botas, pero se había olvidado la

camisa en su cuarto.

Esa imagen me provocó otra vez ese fuego del primer día que subió desde los más profundo de mi vientre hasta mi cara ruborizándose.

Al percatarme de la rojez de mi rostro me giré y miré hacia el pueblo de nuevo colocada como estaba en la ventana, no quería que Santiago se diese cuenta.

Se levantó de un salto y se dirigió a su cuarto, salió del después de un rato con la camisa puesta y se puso a encender el hogar con la leña que había sobrado del día anterior.

Mientras tanto yo fui a la fresquera y cogí la cantara de leche, aunque a diferencia de él tuve que cogerla con mis dos brazos, pesaba demasiado.

El peso y la altura de la cantara me hacía muy difícil avanzar hacía el hogar, entre en la sala principal dándole sin querer un golpe con una de las esquinas de la puerta.

Santiago se dirigió rápidamente hacia mí, cogió el asa de la cantara, poniendo sus manos entre las mías.

Levanté la cabeza, sus ojos verdes estaban tan cerca de los míos que mi corazón se paró, nunca habíamos estado tan cerca y la llama revivió con más ganas que nunca.

Se me secó la garganta, mi corazón volvió a latir, con tanta fuerza que parecía un pájaro aleteando. Por más que lo intenté no pude apartar mi mirada de la suya y parecía que a él le pasaba lo mismo.

Su rostro se fue acercando lentamente al mío:

- _ No deberíais cargar tanto peso Isabel, es peligroso para una doncella como vos – Me reprendió, pero tanto su tono como su risa denotaban un nerviosismo que trataba inútilmente de ocultar.
- _ Por favor, Santiago, creo que he demostrado no ser una muñeca de cristal que con poco esfuerzo se rompe– Protesté entre carcajadas burlonas.
- _ Eso ha quedado claro, sois una mujer de hierro – Se empezó a reír.

12

Me desperté sobresaltada una noche, fuera de la casa había estallado una tormenta, recorrí la habitación que se hallaba en penumbra tal que apenas se distinguían los muebles.

Pasee por la casa, como solía hacer cuando las pesadillas me quitaban el sueño, intentando no hacer ruido para no despertar a nadie en la casa.

Aquella era una noche diferente Santiago había acudido al casamiento de un amigo en una aldea cercana y pasaría la noche allí.

Mientras andaba por el pasillo con una vela en la mano que iluminaba tenuemente mi deambular.

Me di cuenta de que el candado de la puerta de la habitación cerrada no estaba en su lugar.

Luché contra mi incipiente curiosidad con todas mis fuerzas, incluso me alejé de la entrada, pero fue en vano mis dudas pudieron más que yo y me acerqué de nuevo a aquella puerta y la abrí de un cuidadoso empujón.

Al entrar lo primero que llegó a mí fue un intenso olor a polvo y humedad, parecía llevar años cerrado.

Era una habitación pequeña y cuadrada a primera vista solo había: un catre y dos grandes baúles de madera de castaño a sus lados, una vez dentro en la pared de la derecha había una gran espejo de pie.

Un cristal ovalado sujeto por un caballete de cobre oxidado, no me atreví a ver mi reflejo y fue por dos razones, la primera no sabía que imagen me iba a encontrar y la segunda aquellos grandes arcones me habían llamado poderosamente la atención.

Dejé el espejo de lado y me acerqué a ellos, me atraían con un hilo invisible, que no era otra cosa que mi propia y malsana curiosidad.

El baúl a la derecha de la cama no tenía candado, me acerqué y lo abrí con cuidado para no hacer ruido, pero los goznes oxidados sonaron con un chirrido que reverbero en el silencioso pasillo como un eco.

Al acercar la vela y descubrir el contenido, no podía creer lo que veían mis ojos, allí dentro había ropas de mujer: vestidos, faldas, corsees, pertenecientes al parecer a una joven que había vivido allí y de la que no había oído hablar en ningún momento.

Escudriñando entre aquellas telas distraída me olvidé de que no estaba sola en aquella casa, hasta que escuché un susurro ronco detrás de mí.

- No os han dicho nunca que la curiosidad mató al gato Isabel. - Esa voz aun conocido me provocó un inmenso escalofrío que me recorrió la espalda desde el cuello a la cadera. Era Alfonso quien estaba totalmente ebrio.
- Si, mas es mi naturaleza no es algo evitable para mi escudriñar cuando algo llama mi atención.

No supe exactamente el motivo, pero un fuerte e instintivo temor empezó a crecer en lo más profundo de mí.

Carraspeó dos veces y volvió a hablar mientras se acercaba al lugar en que yo me encontraba con paso lento.

- _ Se que teneís muchas preguntas, más no está en mi ánimo responderlas, y dudo que mi hermano lo haga en esta casa hace ya años que no se habla de esa mujer, más os puedo confesar que sois la mujer más hermosa que mis ojos han visto jamás.

Sus manos rudas y fuertes me agarraron de los hombros y me arrastraron por todo el pasillo sin que yo pudiese hacer nada.

Me llevó hasta la sala y de un fuerte empujón me tiró al catre, comencé a sentir un fuerte dolor en la espalda y trasero.

Cerré los ojos con fuerza para intentar despertarme de aquella pesadilla y me mordí el labio tan fuerte que me hice una herida de la que comenzó a brotar un hilillo de sangre.

Cuando volví a abrirlos descubrí a Alfonso a cuatro patas encima de mí arrodillado encima de mi falda aplastándome las piernas agarró con sus brazos mis muñecas encerrándolas con sus manos como grilletes y colocándolas a los lados de mi cuerpo.

Su cuerpo atlético y musculoso se intuía en la oscuridad como una forma recortada en la negrura.

Giré el cuello a la derecha y fijé la vista en la oscuridad de la sala centrándome en la escasa luz que entraba por el ventanuco, prefería esa imagen a la de su ros, pero sobre todo me resistía a respirar su aliento que desprendía un hedor horrible de alcohol rancio.

- _ No me privéis del placer de mirar vuestros hermosos ojos, no seais tan cruel conmigo Isabel – con dolor fingido, como si ese gesto le hubiese ofendido.
- _ Cierre los ojos con fuerza y el resto de mis sentidos se agudizó, sentí en mi cuello el roce de un aire cálido que me provocó un escalofrío que me sacudió por completo.

Abrí los ojos y miré de reojo hacia aquella sensación, lo tenía a menos de un palmo de mi cuerpo, se había casi echado encima apoyándose en sus brazos colocados a ambos lados de mi cabeza.

Ese calor que me rozaba no era otra cosa que su aliento, acto seguido otra impresión desagradable sacudió mi piel, me estaba besando en el cuello, alternando besos con pequeños mordiscos, algunos muy fuertes.

Así fue recorriendo con su boca desde el final de mi oreja hasta la zona de los hombros, mientras yo no podía hacer otra cosa que estremecerme una y otra vez de asco y miedo.

Movió la mano con que tenía aferrada mi muñeca izquierda obligándome a estirar el brazo por encima del hombro y la mano poco más arriba de la cabeza, para después hacer lo mismo con mi brazo derecho.

Cuando ambos estuvieron en la misma posición los aprisionó con su mano izquierda, mientras la derecha con poca destreza desabrochó mi capa haciéndola caer en el catre en forma de manta y después mi camisa, dejando mis pechos al descubierto.

El aire frío me rozó la piel de aquella zona y provocándome un escalofrío que me estremeció aumentando la repugnancia al acercarme involuntariamente a su cuerpo.

El recorrido de sus labios siguió por aquella piel recién descubierta, frenando al llegar a mi pezón

derecho, cogiéndolo entre sus labios y succionándolo como hace un recién nacido cuando se alimenta de su madre.

Las sensaciones contrarias me confundían, por un lado, mi consciencia me decía que aquello era lo más repugnante y bochornoso que me podría pasar.

Por otra parte, mi parte más instintiva sentía que ese contacto, esa succión, me provocaba un gran placer.

Aquello era un pecado mortal, mi cabeza comenzó a rezar como no lo había hecho nunca hasta antes, pidiendo perdón a Dios por mi parte de culpa y rogándole su intercesión divina para liberarme de aquel monstruo.

Se levantó permitiéndome respirar, intenté hacer lo mismo, pero, mi cuerpo no respondía sobrepasado por el miedo y asco que me daba a mí misma en ese momento, lo único que hacía era temblar, como una niña asustada.

— No me mireís sino quereís, pero os aconsejo que no os mováis, o serán peores para vos las consecuencias — Me advirtió con voz ronca.

Esa amenaza me provocó aún más miedo *¿Qué estaría dispuesto a hacer si no cumplía sus deseos?* La duda golpeó mi cabeza y comencé a imaginarme las mayores atrocidades.

Un aire frío rozó mis piernas, levanté el cuello, y vi que nada las cubría había levantado mis faldas quedando mi enagua a su vista.

Me empujó hacia abajo el pecho y me volvía a echar, seguido cogió las piernas con las manos y las abrió creando un hueco en el que luego se puso de rodillas.

Sin poder ver nada pues no me atrevía a levantarme, cerré los ojos y escuché el rasgar de una tela, había roto mi enagua.

Abrí los ojos de golpe y lo miré *¿Qué pretendía hacer ahora? ¿No sería capaz de...?*

No podía ver por mis abultadas faldas lo que estaba haciendo, solo sus brazos moverse dispuestos hacia su cintura.

Algo metálico rozó contra mi pierna derecha causándome un leve dolor, se recostó sobre mi apoyando sus manos a los lados de mi cabeza, su aliento nauseabundo chocó con mi cara, me hizo girarla buscando un aire más fresco.

Aproximo su cuerpo a ese sagrado lugar entre mis piernas y con un movimiento de cadera como una salvaje vestida se introdujo en mí.

El dolor fue el más intenso que había sentido jamás, era como si una antorcha encendida se introdujese hasta lo más profundo de mi interior quemando todo a su paso.

Grité hasta quedarme sin aliento, arqueando mi espalda y moviendo todo el cuerpo en un vano intento de separarlo de aquello que me había insertado.

Moví todo el cuerpo que tenía libre, brazos, piernas... luchando para deshacerme de él hasta que fui consciente que era una batalla perdida, me rendí y le dejé hacer.

Siguió dándome investidas y jadeando en mi oreja como si aquello fuese lo más placentero que podía hacer en su vida.

No sé como pero mi valor regresó, empecé a moverme de nuevo, arrastrándome como un gusano, consiguiendo liberar mi brazo derecho, a tientas empecé a rozar el suelo con mi mano.

Intentando no hacer ningún movimiento brusco que lo alertase, encontré la vara de hierro que usábamos para atizar las llamas del hogar, con dificultad conseguí agarrarla y levantarla.

Estaba tan centrado en su placer que no se percató de lo que yo hacía y en un momento en que paró mi cuerpo del suyo para coger aliento le golpeé con fuerza, quise darle en un costado, pero erré el blanco cuando se movió y el metal le golpeó fuertemente en la cabeza.

Cesó sus embestidas y se derrumbó en el suelo apoyándose en su costado derecho.

Vi horrorizada como de la zona golpeada empezó a brotar la sangre, le había dado tan fuerte que le había abierto la crisma.

Conseguí deshacerme de su peso, me acerqué a él, e intenté que reaccionase dándole fuertes sacudidas con mis manos en sus hombros, golpes en el pecho y en la cara... pero nada surtió efecto.

Me recosté sobre él para escuchar su corazón, su latido fue cada vez más débil hasta que se paró, le había matado.

Un sonido en la sala me hizo levantarme del lugar en que estaba tendida.

_ Sois muy valiente muchacha - Una voz femenina surgió de la oscuridad. – Pocas son las que se atreven a defenderse en esa situación.

Era Sabina, que había aparecido en escena vestía una capa oscura y larga que le llegaba a las botas del mismo color, haciendo destacar su pelo rojo y su piel Nivea, casi cadavérica.

- _ Marchaos, Sabina, no creo que pueda yo ayudaros en estas circunstancias, además no es mi deseo– Le contesté dándole la espalda.
- _ No temáis querida, no es mi deseo haceros daño y menos delataros, pues no tenéis culpa alguna y si no os preste mi ayuda fue porque sabía que vos saldríais perfectamente de ese problema sola. - Me aseguró.
- _ ¿En verdad? yo no estaba tan segura de ello, pero en fin ¿A que habéis venido? – Le cuestioné nerviosa.
- _ Estoy aquí, porque el otro día cuando os conocí vi algo en vos que me hizo pensar que sois merecedora de un gran don, recordad lo que os dije la última vez tenéis nombre de reina y podréis serlo con las herramientas adecuada.
- _ ¿Acaso me daréis una belleza como la vuestra? – Le interpele, no estaba segura de a que se refería con un Don, pero no tenía ni tiempo ni paciencia para acertijos.
- _ Lo que os voy a dar es un Don por el que otros pagarían con su vida – Me aseguró.
- _ ¿En verdad? poco hay. –Le contesté inocentemente.
- _ Digamos que... es un poder alejado del entendimiento de los hombres y de la gracia de Dios, – Me aseguró.

No me percaté en aquella discusión de cuan cerca estaba de mí, hasta que noté en mi cuello dos agujas clavarse y mi sangre fluir quemando mi piel.

Caí de rodillas al suelo, pero no me solté, sentí su lengua recorriendo mi cuello de arriba abajo entre los agujeros recogiendo y tragando la sangre que de ellos fluía.

Era un demonio enviado del purgatorio para castigarme por los graves pecados cometidos esa noche, ese fue mi aterrado pensamiento mientras mi sangre fluía debilitándome poco a poco.

Cuando las fuerzas me abandonaron casi por completo, hice un último esfuerzo abriendo los ojos, los parpados pesaban como dos yunques.

Estaba echada en el suelo boca arriba con la cabeza apoyada en sus piernas, me sonreía.

Mi visión se había cubierto por una espesa niebla, hasta respirar me resultaba un esfuerzo inhumano, me estaba muriendo y mi destino no era el paraíso, sino el Purgatorio.

- Ahora vos debéis beber de mí si queréis seguir en este mundo, ha llegado el momento de concederos ese poder del que os hablaba, con el que nadie os volverá a humillar. – Me explicó, con ligereza, mientras me acariciaba el pelo y lo apartaba de mi rostro.

Un líquido cálido y salado rozó mis labios, bebí de él y poco a poco mi cuerpo fue recuperando su vigor.

Aquello era néctar de dioses lo más dulce y delicioso que había probado, cerré los ojos para poder disfrutarlo como se merecía.

A medida que aquel líquido inundaba mi cuerpo me fui sintiendo más fuerte hasta ser más fuerte de lo que nunca había sido, mi cabeza se movió.

Podía ver todo tan claro, como a plena luz del día, veía los pocos estantes de la sala, la madera quemada dentro de la chimenea del hogar, las piedras que formaban dicha chimenea.

El olor era una mezcla del humo del hogar y el de la fragua que ardía en la habitación contigua pero no fue ese el aroma que captó mi atención, ni siquiera el de los marineros que dormían plácidamente en las cubiertas de los barcos mercantes, sino el que provenía de mis pies.

Era apetecible y succulento, muy parecido al que desprende la carne mientras que se está pasando a la hoguera lentamente en su propio jugo.

Abrí los ojos y me horroricé, aquello tan succulento que había percibido, era la sangre de Alfonso que fluía del golpe en la cabeza.

El líquido salía dispersándose por el suelo y tiñéndolo de rojo mientras impregnaba toda la madera alrededor del cuerpo, incluso impregno parte de su camisa, tiñéndolo en parte.

El cuerpo empezaba a palidecer, los ojos abiertos y fijos en el cielo, como si su último pensamiento hubiese sido un ruego a Dios por su alma.

Un impulso desconocido me obligó a agacharme, mojar mis dedos en la mancha roja para acercarlos a mis labios saboreando aquella sangre caliente y espesa que me pareció lo más delicioso que había probado jamás, no pude evitar que un gemido de placer saliese del fondo de mi garganta.

Me volví adicta a aquella roja sustancia, tanto que perdí el control y empecé a sorber de aquel torrente, hasta que no quedó una sola gota.

- Es un manjar delicioso ¿Verdad querida? – Comentó Sabina a mi espalda, mis ojos se abrieron de golpe. Había entrado en trance hasta el momento en que me habló y me devolvió a la realidad, recordé donde estaba, lo que pasaba y lo que estaba haciendo.

El pánico me invadió y solté el cuello de mi presa, o ese fue al menos mi sentir, que había tratado a aquel desgraciado como las fieras tratan a sus presas.

Me miré las manos manchadas de sangre y me alejé del cadáver arrastrándome por el suelo hasta la ventana y aferrándome a ella conseguí ponerme en pie.

Las náuseas surgieron de lo más profundo de mi estómago y culminaron con un fuerte retortijón tan doloroso que me dobló en dos, obligándome a expulsar por la boca todo lo que había en él.

Me limpié la boca con el brazo y miré a Sabina que me dedicaba una satisfecha sonrisa, como si estuviese orgullosa de mí y de lo que le había hecho a ese hombre.

Me paralice al notar un fuerte dolor en mi brazo izquierdo, caí al suelo clavando mis rodillas en él, era como si un cuchillo afilado me rasgase la piel desde dentro, luchando por salir y mostrarse al mundo.

Grité y lo apreté con la otra mano, lo sentía arder bajo mi mano como una antorcha encendida en mi piel.

Paso un rato que me pareció una eternidad, el dolor fue apagándose poco a poco, con sumo cuidado me remangué la camisa, no quería que la tela rozase aquel lugar que aún quemaba como un hierro al rojo.

La imagen me dejó perpleja, en mi muñeca casi en el empezar de la mano había un cristal rojo en forma de lágrima como una gota de sangre que había emergido de mi interior.

Mientras lo observaba advertí otra sensación extraña que me hizo poner la mano en el pecho, mi corazón no se había desbocado ante tal dolor.

Me centré en ese punto con la mano diestra sobre el cierre de los ojos, acto seguido los abrí de golpe asustada, pues no sentía su movimiento o sonido alguno proveniente de sus latidos, era como si no estuviese allí.

La estupefacción me introdujo una gran bocanada de aire, que entró por mi boca y descendió a mis pulmones, pero no se llenaron, no tenía pulso y tampoco necesitaba respirar, pero aun así seguía en este mundo.

Con el hechizo de Sabina fuera cual fuese había dejado de ser humana y había cambiado para siempre.

Concentrada en todo aquello, no me había dado cuenta de que aquel demonio había desaparecido y me había quedado sola.



EL CAMINO A LA REDENCIÓN

13

Di vueltas por aquella sala una sin saber que hacer, había cometido pecado de asesinato para defenderme si, pero también me había alimentado de él.

Por fortuna Santiago no estaba en la casa aquel día y no había sido testigo de aquella atrocidad.

Sabía que volvería al día siguiente o el siguiente a más tardar, sentí un fuerte dolor en el alma al pensar en el odio que iba a nacer en su corazón al enterarse de lo que había hecho

El dolor dio paso a la rabia, por el monstruo en que me había convertido y el miedo por sus consecuencias.

Antes de las primeras luces del alba, cogí mi saco, metí algo de comida y dinero y salí de la casa.

Cuando llevaba poco camino bajando la loma, empezó a amanecer y un temor extraño se apoderó de mi cuerpo y no me dejó avanzar, sentí miedo a la luz del sol y a su contacto con mi piel.

Instintivamente me oculté entre los árboles de un bosque cercano, del que traté de salir, pero en cada intento mi cuerpo se paraba al filo de la sombra y no me dejaba avanzar.

Al anochecer, pasé cerca de una aldea, el olor de tan apetitoso de sus habitantes nublaba mis sentidos, provocándome un impulso depredador como el de un lobo que rodea un rebaño, que me empujaba a entrar en las casas y beber la sangre de sus moradores.

Quise ignorar aquel peligroso instinto que amenazaba con convertirme en un animal salvaje.

Intenté concentrarme en el resto de mis sentidos, sobre todo la vista, que me parecía el más inofensivo.

Iba consiguiendo tener a raya ese impulso, centrándome en las sombras de los árboles de las casas...

Todo a mi alrededor se encontraba en una profunda calma, pero en el silencio surgió un ruido que llamó mi atención y mandó todo el esfuerzo que había hecho hasta ese momento a hacer puñetas.

Parecía ser un objeto metálico que se había caído al suelo en una casa cercana, intenté ignorarlo.

No pude evitar acercarme, pues me pudo mi malsana curiosidad *¿Quién estaría despierto a aquellas horas?, eso sí tuve la precaución de esconderme entre dos carros.*

Un joven silbaba una melodía tradicional mientras cargaba su carro con los aparejos necesarios para una jornada en el campo a la puerta de su casa.

El ruido que había escuchado era la azada que se le había caído al suelo y que se estaba agachando a recoger.

Me dí la vuelta, proseguí en dirección contraria lo más rápido que pude, no quería que me viese y diese la voz de alarma.

A pocos pasos de allí un grito de dolor de aquel hombre rompió el silencio a mi espalda, después una voz soltó unos cuantos improperios contra Dios.

Me volví pensando que me había descubierto, pero no era así, había agarrado mal la azada al levantarla confundiendo el mango con la hoja y se había cortado.

En ese instante, la brisa nocturna me hizo llegar con total nitidez el olor de aquella sangre que brotaba del corte.

El instinto asesino resurgió profiriendo un gruñido en lo más hondo de mi interior como el de una bestia que se dispone a atacar.

Parecía que mi conciencia había perdido la batalla contra mis sentidos concentrados en aquella presa a la que parecía disponerme a cazar.

Una rama crujió bajo mis pies, el labriego freno en seco su quehacer y a mis oídos llegaron los latidos de su corazón desbocado irrumpiendo aquel silencioso ambiente, solo irrumpido antes por el sonido de su respiración que iba acelerándose hasta convertirse en algo parecido al de un fuelle.

Sus ojos recorrían la oscuridad buscando el origen de aquel sonido hasta que me encontraron y se clavaron en mi rostro.

Le derribé boca arriba en el suelo, apoyé todo el peso en mis rodillas clavándolas en su pecho.

Coloqué los brazos a los lados de su cabeza clavando mis manos en el suelo distribuyendo mi peso.

Miré hacia abajo su cara: redonda, pecosa con barba incipiente, con una prominente nariz que escondía unos pequeños ojos negros que estaban tan abiertos que casi se salían de sus cuencas.

- Por lo que más queraís, os lo suplico, no me hagaís daño, os daré lo que queraís, pero dejadme – Me suplicó, temblando de miedo.

Ignorando aquella súplica, me empecé a reír como si para mi aquello fuese lo más divertido del mundo.

El demonio de mi interior se divertía y lo mostraba con una risa fría y cruel como la de una hiena, mientras debajo notaba el temblar de su víctima.

Todavía llorando de risa lo miré, tenía los ojos fuertemente cerrados mientras murmuraba algo que yo no conseguía entender, me acerqué y con el oído próximo a su rostro, estaba rezando.

Pedía perdón al Altísimo por sus pecados y que le concediese la entrada en el paraíso, intercalando versos del “*Padre Nuestro*”.

Lo hacía a gran velocidad, por eso me costaba entenderlo, parecía notar su final cerca y quería disponer de tiempo para aquella desesperada plegaria.

- ¿Me haríais el favor de rezar también por mí? – Le susurré
- Aunque lo hiciese Vos, no tenéis perdón ninguno, y dudo que Diós os lo conceda – Me contestó con voz temblorosa.
- ¿De verdad? Y ¿Acaso conocéis mis intenciones? – Le cuestioné, mirándole en un gesto tan maternal como teatral.
- Las conozco pues toda mi vida he escuchado historias sobre demonios como vos que se alimentan de la sangre de los incautos. – Trato de decir.
- Sois inteligente ... – Le dije y acabé con su agonía clavando mis colmillos como dos agujas en su cuello.

Gritó cuando mis colmillos le perforaron la piel y su sangre salió a borbotones y la bebí hasta

que no quedo nada.

Antes que me pudiese levantar liberando a aquel pobre infeliz, un sonido en el interior de la casa me sobresaltó y me hizo poner en guardia.

Unos pasos muy leves se escuchaban bajando por las escaleras y se aproximaban a la puerta, que se abrió ligeramente y una niña de cabellos negros vestida con ropa de dormir se asomó tímidamente.

Al percatarse de la escena empezó a temblar y sus ojos grandes como espejos comenzaron a llenarse de lágrimas, pero no gritó ni alertó a nadie se quedó allí temblando inmóvil como una estatua.

Al mirarla y verme reflejada en aquellos pequeños pozos negros no me reconocí en aquella imagen.

Mi piel había palidecido salvo por las manchas rojas alrededor de mis labios, el color de mis ojos aún era negro, pero unas ligeras líneas del color del rubí los surcaban amenazando con cambiar su tono.

Cuando mi lado humano recuperó el control ya había salido de aquella aldea y la niña, único testigo no había alertado a ningún vecino, nadie me perseguía.

Me derrumbé convirtiéndome en un mar de lágrimas, no lo podía creer, había vuelto a quitar una vida por el mero hecho de que corriese sangre por sus venas.

Esa era peor que la anterior pues ese labriego, a diferencia de Santiago, no me había hecho mal alguno, simplemente por azares del destino había estado en el momento y lugar equivocados.

Mi brazo volvió a arder, y otro cristal negro emergió y se quedó incrustado en mi piel al lado del anterior.

14

Seguía transitando entre las sombras del bosque, sin saber a dónde ir cuando recordé la promesa que había hecho ante la tumba de mi madre.

En aquel momento nuevas preguntas asaltaron mi mente *¿Y si hiciese la peregrinación como ellos igualmente aun oculta entre los árboles para no ser un peligro para ellos? ¿Acaso sería eso suficiente pago de mis deudas con Dios la que ya tenía y las adquiridas por mis crímenes?*

¿Acaso con esa penitencia podría conseguir su perdón y su ayuda para sacar ese demonio que se había alojado en mi alma y me incitaba a pecar de las formas más horribles?

Además, allí no llegarían las noticias de mis crímenes y me podría librar de la justicia, en caso de que se me acusase de ellos.

Santiago era una ciudad gris y lluviosa en la que apenas salía el sol así que podría vivir de día sin tener que esconderme la mayoría de los días.

Al caer la tarde llegué a orillas de un pequeño río miré las tranquilas aguas en busca de respuesta y observé mi imagen en ellas era tan distinta a la que había visto tantas veces en las aguas del puerto de la Villa y en los espejos de mi casa.

Mi piel no tenía ya el tono tostado que recordaba se había vuelto Nivea como la de una marquesa que no dio palo al agua.

Mi rostro que una vez fue huesudo de ángulos marcados casi masculinos, después de aquel hechizo, como yo lo llamaba en aquel momento, tenía tanto volumen que lucía más femenino y bello de lo que pudiese imaginar.

Mis ojos, otra hora negros, oscuros como la noche, estaban totalmente invadidos por las líneas rojas que se habían ensanchado y mi pupila se había convertido con una gota blanca.

Me impactó aquella imagen porque no reconocía a aquella mujer, no era la niña inocente que había salido de su casa a hurtadillas aquella noche para ver caer las estrellas del cielo, como otra travesura más.

Tuve por primera vez la certeza de que aquel ser inocente e ignorante de la vida había desaparecido para siempre en pos de este monstruo.

La rabia me inundó, no quería ser aquel monstruo, golpeé aquel reflejo como si lo pudiese hacer desaparecer, cuando el torrente de hondas se calmó miré de nuevo, ahí seguía el monstruo.

Cuando conseguí calmarme seguí recorriendo el río hasta que encontré un remanso poco profundo por el que lo podía cruzar.

Seguí el camino por los bosques y aquella noche llegué a una zona de playa, pesqué en el río que

en ella desembocaba, después de un tentempié de 3 peces pequeños que no me sació

Me senté en la arena mirando al mar, cerré los ojos y me dejé llevar por la calma del lugar, escuchando el sonido de las olas y la brisa siseándome al oído y golpeándome en la cara, pero no erizaba mi piel, pero su olor si fuerte tanto que casi podía a saborearlo.

Ante aquella visión tan conocida y hermosa unas imágenes extrañas llegaron a mi cabeza como una visión, para evitarlas abrí los ojos.

Recorrí la playa con la mirada hasta que en una de las esquinas vi una figura oscura que se aproximaba.

Centré la vista en aquella figura, cuando se acercó lo suficiente se trataba de un hombre.

Comencé a notar una extraña sensación de atracción hacia esa desconocida figura, como un deseo de acercarme.

Me levanté de la arena y sin saber el motivo exacto comencé a dar pasos en su dirección.

Era un hombre joven vestido de negro, quien parecía absorto por el mar embravecido que chocaba violentamente con las rocas, pura fuerza de la naturaleza, las olas me salpicaron la cara cuando me acerqué como un goteo templado, no frías como lo recordaba.

Cuando estaba a punto de llegar al punto de la playa en el que estaba sentí como unas grandes fauces me atrapaban el brazo izquierdo y me arrastraban para distanciarme de aquel hombre.

Giré la cara para ver de qué se trataba, un enorme lobo blanco me arrastraba fuera de la playa, le di un fuerte manotazo con mi mano libre que impactó directamente en su hocico, con una mueca de dolor abrió la boca y me soltó.

Cuando me acerqué el extraño lobo se ocultó en las sombras entre fuertes gruñidos.

Todo era muy extraño, pero tampoco me llamó la atención, centrada como estaba en aquel desconocido y las sensaciones que me provocaba a medida que me volvía a acercar a él y me alejaba de aquel lobo, que no volvió a inmiscuirse en el asunto, sino que desapareció.

— Buenas noches, señor —Le dije con voz seria colocándome a su espalda.

El desconocido pareció volver de un trance, hizo un gesto de negación con la cabeza, antes de girarse y mirarme, con una mezcla de sorpresa y curiosidad en dos hipnóticas esferas doradas que eran sus ojos.

Que hombre tan hermoso por todos los demonios, escuché una voz ronca dentro de mi cabeza, fue el momento en que por fin identifiqué, el instinto monstruoso que Sabina había metido en mí.

Aquella voz me tentaba para que me acercase a aquel desconocido, cosa que no me sorprendió, lo que sí lo hizo, fue que el instinto que lo movía no era el de matar sino otro diferente y más oscuro.

Algo que no pude identificar, aunque ya lo había sentido en otra ocasión antes y fue con Santiago, era el mismo calor infernal en lo más profundo de mi ser y que hubiese acelerado el pulso a cualquiera que lo tuviera.

Clavé mis pies al suelo con todas mis fuerzas como un intento de impedir cualquier acercamiento que mi demonio intentase.

En mi interior latía un fuerte deseo de dejarme llevar por la lujuria y el deseo, dejarme devorar por esos actos que son uno de los peores pecados a ojos de Dios.

— Buenas noches — Contestó, su voz era musical, suave, como un conjunto de arpas sonando

a la vez, una melodía que dejaría hipnotizado a cualquiera. - ¿Os conozco hermosa dama?
- Me cuestionó con una sonrisa pícaro y un guiño de su ojo derecho.

_ No, puesto que yo tampoco os conozco a vos, no olvidaría un rostro como el vuestro - Le aseguré.

_ ¿Cuál es vuestro nombre? - Dijo entre risas

_ Isabel- Me limité a contestar

_ Isabel, encantado mi nombre es Eliazar Virogh, - Me dedico una reverencia como si estuviese ante la misma reina.

_ Hechas las presentaciones permitidme una pregunta - prosiguió - ¿Qué haceis deambulando sola por estos caminos de Dios? - Me cuestionó haciendo un barrido con la mirada como buscando a mi acompañante.

_ Estoy en peregrinación a Santiago, he de pedir perdón al Altísimo por mis pecados.

_ ¿Perdón por vuestros pecados? Entonces os quedan muchas peregrinaciones Isabel, para pedir perdón por los que están por venir. Decid ¿Cuántos parroquianos os habéis bebido?

Su pregunta me dejó helada, como sabía lo que yo había estado haciendo *¿Cómo sabía que yo...?*

_ Unos cuantos ¿Cierto? - Me aseguró.

_ Si, unos cuantos - Contesté bajando la mirada- pero estoy segura de que el Todopoderoso me ayudará a quitarme este demonio y perdonará mis faltas.

Eleazar se echó a reír, le dio tal ataque que incluso se dobló cogiéndose la barriga

_ Sois muy ingenua Isabel - Dijo agachándose y tocándome el rostro con la mano con gesto paternal.

_ No me gusta que me traten como una niña y menos alguien que apenas conozco - Me quejé apartando el rostro.

_ Está bien disculpad si os he ofendido, pero aceptad entonces un consejo, no vayáis a ese lugar, pues será el peor error de vuestra vida.

Se fue, tan aprisa como había aparecido, después de que desapareciese del lugar decidí seguir camino y atravesar Luarca aprovechando que después del incauto caminante el demonio de mi interior parecía tranquilo.

15

Dos días después de aquel encuentro llegué a otra silenciosa playa, y como en la otra ocasión me senté en la arena y me puse a repasar mentalmente todo lo que había pasado y buscando la salida a aquel entuerto que estaba.

Un sonido diferente a los habituales de aquel lugar me sobresaltó sacándome del trance y poniéndome de nuevo de pie al tiempo que el sonido se repetía.

Se trataba del aullido de un lobo como tantos otros que había escuchado en los alrededores de la casa de Santiago.

No le di importancia creyendo que había sido una especie de alucinación, y volví a sentarme en la arena de nuevo, pero se repitió una tercera vez.

Recorrí la playa con la mirada, a primera vista vacía hasta que en un segundo vistazo me percaté de una sombra proyectada en un muro de rocas al final de la playa.

Me levanté de un salto, mi cuerpo se tensó, mi cuerpo tomó la misma posición que un depredador preparado para la pelea: mis colmillos se asomaban entre mis labios, un gruñido surgió de mi garganta mientras tenía la vista fija en aquella aparición.

La sombra del lobo empezó a definirse más a medida que se acercaba, era la loba más grande que había visto, es más, por tamaño parecía un caballo.

Su pelaje blanco y muy espeso, tanto que solo dejaba al descubierto su hocico y sus ojos morados.

Aquel animal me resultaba familiar, era el mismo que me había alejado de Eliazar y me había arrastrado por aquella playa.

En aquella ocasión no me atacó, sino que se acostó a mi lado guardando una mínima distancia como si mi presencia le importase tanto como la de un cangrejo.

Se quedó dormido y un potente suspiro de alivio salió de sus fauces como si hubiese cumplido un arduo trabajo.

Parecía que aquel animal, me hubiese estado buscando y pretendía acompañarme en mi viaje, como un guardián.

Volví a mirar las olas y volvía a entrar en trance una forma de dormir como otra cualquiera.

Al día siguiente bauticé a la Loba con el nombre de Aibar, por su aspecto nórdico, este nombre se parecía a otro que había escuchado pronunciar a un comerciante de Flandes, cuando llegó a Avilés meses atrás.

Permanecimos lejos del camino y las aldeas ocultas en el bosque donde podía pensar con mayor claridad.

Tenía muy claras mis prioridades: la primera tener controlado al demonio de mi interior, la segunda mantenerme alejada de otras personas para no ser un peligro para ellos y la tercera, y no por ello menos importante, alejarme del sol.

Durante dos días conseguí cumplir con la primera prioridad al no tener a nadie “apetitoso” cerca, mi demonio estaba tranquilo dentro de mi cabeza y sus ansias de matar no existían.

Llegamos al camposanto de la villa de Luarca situado en la zona alta del acantilado, protegía silencioso la villa y el puerto construidos abajo en la cala.

En aquel lugar se erigía el faro y un conjunto de casas de madera que pertenecían a los pescadores a juzgar por los aparejos de pesca que había en muchas de aquellas casas que me recordaron a las de Sabugo.

Sentí una punzada en el estómago al recordar lo cobarde que había sido al dejarme llevar por el miedo y salir huyendo, en vez de ayudar a los valientes pescadores que habían luchado contra los invasores.

Cerca de allí un caminante solitario había prendido una hoguera al lado de la entrada de aquel santo lugar y comía despreocupadamente una liebre insertada en un palo.

Me quedé a distancia, para evitar tentaciones. *Vamos no seas cobarde, mira lo apetitoso que luce* me tentaba la voz ronca dentro de mí.

- _ No, no ha hecho mal a nadie dejémoslo en paz, es inocente está a su vida y yo a la mía – Dije con rotundidad intentando resistirme a sus deseos.
- _ Pero que Santurrona eres, no te dejes dominar por tu conciencia o será peor – Se burló aquella extraña voz con estridentes y demoniacas carcajadas.

La brisa marina arrastro hasta mí una mezcla de los olores; de la liebre, el sudor de aquel hombre, y la sal del mar, pero había otro casi oculto entre el resto, que era el de la apetitosa sangre de ese infeliz, quien parecía tener alguna herida aún fresca.

El demonio emergió de lo más profundo de mi con un rugido que contenía la fuerza que a mi parte humana le faltaba en aquel momento, que se iba debilitando, como la luz débil del atardecer que deja pasó a la negrura de la noche.

En un momento en que mi guardiana se había internado en un bosque cercano a cazar su propia cena.

La casualidad también hizo que aquel pobre incauto se había alejado del fuego para saciar una humana necesidad, por respeto y porque mi parte humana aun afloraba en ocasiones le deje que terminase.

Acto seguido me abalancé sobre él dejándolo tumbado boca arriba y le clavé los colmillos en el cuello, para después succionar la sangre que salía impulsada por los latidos de su corazón.

- _ Ves cómo es delicioso y te querías resistir – Me decía aquella voz en mi cabeza mientras me alimentaba.

Lo dejé seco, el dolor de mi brazo resurgió como una ola que arrasó con todo, mi muñeca se desgarraba por dentro mientras ardía por una llama invisible.

Otro cristal, otra gota que amenazaba con cerrar ese círculo que se estaba formando en mi brazo con cada víctima.

Las lágrimas corrían por mis mejillas y un llanto desgarrador se escapaba de mi garganta mientras me juraba que aquella sería la última víctima que caería en manos de aquel monstruo, esa fue una promesa que jamás cumplí.

Recé por su alma y allí lo dejé, pensando que al día siguiente los vecinos lo enterrarían en camposanto.

Me acerqué al faro el mar rugía y las olas golpeaban con fuerza en las rocas del acantilado, mientras la luna las iluminaba dándoles un tono blanquecino.

El olor a sal llenó mis pulmones, únicamente ese llegaba a mí, busqué y busqué con prudencia, pero no había ningún otro cristiano por aquellos lares o al menos eso creía.

16

El sol me encontró entre árboles frondosos donde me pude ocultar del camino que estaba muy concurrido y transitaba por sus alrededores.

Al estar tan cerca de aquellos que deambulaban por él y alcancé a escuchar que iba a haber mercado en la villa y algunos iban a vender en el su mercancía aquella mañana.

Pasado casi el medio día me encontré en la desembocadura del Navia, sentada en una roca mirando como las aguas del río se fundían con las del mar embravecido, mientras las gaviotas volaban sobre las ola, mientras Aibar se dirigió a los árboles que teníamos detrás olfateando un rastro, salió con una gaviota entre los colmillos.

Al caer la noche, nos encontrábamos ante otro río, el Eo, que fluía bajo nuestros pies tras un acantilado que separaba el camino en dos.

En el lugar en que nos encontrábamos, no había ningún puente cerca, incluso habíamos perdido de vista el camino, lo que nos dificultaba el avance.

Para colmo de males estallo una tormenta y la intensa lluvia me calaba la ropa haciéndola más pesada.

Caminamos toda la noche y cuando casi despuntaba el día encontramos un remanso del río de poca profundidad con un camino de piedras y por allí lo cruzamos.

Después por la otra orilla encontré el camino que seguía por un puente cercano y después volvía a la costa.

A medio día llegamos al pueblo de Ribadeo que estaba en un promontorio rodeado de una muralla de la que sobresalía un pico con una campana enmarcada.

Fuera de la fortificación solo quedaba el puerto. Al no haber árboles ni nada que me tapase decidí esperar en los bosques cercanos a que oscureciese, evitando así el peligro del sol y de ser descubierta por cualquier curioso que por allí deambulase.

Me entretuve observando la actividad portuaria como quien ve una función en un teatro; los pescadores iban y venían con cajas llenas de pescado, mientras se saludaban entre ellos con un gesto de la cabeza.

Por otra zona de los muelles, en que están los barcos más grandes y más próxima a la desembocadura los mercaderes se pavoneaban vestidos algo más lujosamente, reunidos en corrillos al lado de los barcos, cerrando tratos y estrechándose las manos, mientras eran otros los que descargan las mercancías que acaban de vender.

En un rincón junto a la lonja un conjunto de mujeres cantaba mientras arreglaban las redes rotas en el faenar de aquel día.

Al anochecer en vez de cruzar sus puertas y recorrer sus calles rodee los muros de aquella fortaleza, para evitar cualquier peligro.

Durante el resto camino las nubes volvieron a hacer acto de presencia de nuevo ennegreciendo el

cielo, otra tormenta se aproximaba y parecía más fuerte y peligrosa que la anterior.

Al poco tiempo el cielo descargó, la lluvia anegaba el camino, convirtiéndolo en una gran riada e impidiendo cualquier avance.

Vi a un lado del camino una cuadra que parecía abandonada, decidí entrar en ella y esperar a que la situación mejorase.

Por fortuna aquella construcción conservaba el techo y la mayoría de sus muros de piedra llenos de hiedra y de otras plantas, pero sirvieron como refugio.

La lluvia se convirtió únicamente en un sonido de fondo, mientras golpeaba la techumbre de madera de aquel lugar.

Cerre los ojos usando el sonido de alrededor como una especie de inductor al trance, hasta que un relámpago fuerte me despertó y me hizo entreabrirlos.

Delante de mí vi algo extraño, Albar, parecía haberse convertido en una hermosa mujer de melena blanca, cerré de nuevo los parpados y sacudí la cabeza, cuando los volví a abrir la imagen que me llegó fue del lobo.

Salimos del Granero cuando hubo cesado la tormenta, aún quedaban grandes charcos en el camino, pero se podía transitar.

El viento soplaba fuerte despeinándome y trayendo a mi nariz diversos olores propios de la tormenta como el del barro o el de la propia tormenta, que tiene un aroma muy característico.

Prestando atención a aquellos aromas encontré otros poco comunes: manzanilla, castaño y tomillo se entremezclaban en una nube que salía de la costa junto a un sonido de tambores.

Me invadió la curiosidad *¿Quién había tenido la idea de juntar aquellas hierbas?* Yo sabía que por separado aquellas plantas eran cura de muchas dolencias, pero, juntas no tenían efecto alguno.

Los seguí quería saber su origen y me condujeron a una playa, era el lugar más fascinante que jamás hubiese visto.

Las rocas talladas en forma de arco sujetas por columnas formadas también en la propia roca simulaban a la estructura que uno se encontraría en los pasillos de las iglesias, dispuestos en una hilera como si de una nave se tratase.

Recorrí aquel arenal con la mirada desde un risco en la zona alta y una luz llamó mi atención, había una gran hoguera en el centro de aquella arena, como la que se utilizaba en la villa en la noche de San Juan.

Alrededor de ella un grupo de mujeres jóvenes con capas y capuchas rojas saltaban con velas en las manos, girando sobre si mismas en perfecta coordinación.

Mientras otra que les daba la espalda les marcaba el ritmo tocando dos grandes tambores mirando hacía el mar.

Parecían estar celebrando un ritual como aquellos que se hacían en los tiempos anteriores al Dios cristiano. Los tambores cesaron y una voz salió del silencio.

- Hermanas, nos encontramos aquí reunidas esta noche de luna, para rogarle a la diosa oscura para que regrese y que los dioses antiguos se alcen sobre esta herejía cristiana protegida por la corona. —Dijo y tocó los tambores.

- Roguemos, al mar para que la fuerza de lo antiguo destruya es iglesia corrompida por los pecados que condena. – Volvieron a retumbar los tambores.
- Roguemos a la tierra para que los dioses antiguos recuperen su usurpado por aquellos escogidos para ser santos sin merecerlo– Los tambores volvieron a retumbar.

Las bailarinas habían detenido su danza, dando la espalda al mar y los tambores que aún retumbaban, tenían los ojos fijos en la montaña que había detrás del lugar en que me encontraba.

Me agaché escondiéndome entre unos matojos que tenía justo delante, no deseaba que se percatasen de mi presencia, puesto que no sabía de lo que serían capaces de saberlo.

Desde esa posición, me giré para descubrir que era aquello que les llamaba tanto la atención y me sorprendí de que no era otra cosa que el sol, que salía de entre las lomas para dar comienzo al día.

A mi espalda aquellas mujeres gritaron una palabra que no conocía, pero que sonaba como sálvanos, me asusté ante aquel final.

Sin girarme hacia ellas, por el rabillo del ojo, pude más o menos vislumbrar entre la hojarasca que se habían arrodillado.

Estuvieron así un buen rato, hasta que se levantaron todas a la vez y se dispersaron, por la playa, el ritual había concluido y era hora de volver a sus vidas

¿Qué era todo aquel ritual? Un grito de guerra contra Dios, de aquellos dioses olvidados de los que hablaban los antiguos cuentos que me había contado mi madre de niña.

Rodeamos la villa de Mondoñedo, no quería entrar en una ciudad tan importante.

A lo lejos se veían las torres de su catedral, marcando el centro rodeadas de tejados negros de pizarra como un mar que cubría todo hasta las murallas que lo delimitaban.

No pensaba atravesar ninguna población y la razón no era otra que el peligro que podía conllevar para sus habitantes el contacto tanto con mi compañera como para mí.

Cumplí aquella premisa hasta que una villa amurallada en cuyos muros destacaban pequeñas torrecillas de vigilancia, las más grandes en sus puertas, por lo que pude ver contaba con dos.

En una de ellas, la que daba al camino de Mondoñedo, algunos comerciantes valiéndose de sus carros a modo de puestos ambulantes, habían montado un mercado improvisado de todo tipo de bienes.

Pero lo que más me llamó la atención fue la torre, una de las más altas que yo había visto, alrededor de la que se articulaban todas las callejuelas que formaban aquella población.

— Rodea la muralla y Espérame al otro lado — Le pedí a Aibar que me obedeció.

No sabía porque, pero algo me decía que a pesar del peligro que conllevaba debía entrar en aquellos muros, así que obedecí a mi instinto.

En el lado derecho de la puerta, rodeada de humildes casas de piedra destacaba la iglesia encalada de blanco, enverdecida por el musgo que crecía en los lugares que no recibían la luz del sol, era una bonita y sencilla.

Entré en el templo con la intención de pedirle fuerzas a Dios que para lo que me restaba de camino.

Era una única nave sostenida por grandes pilares de piedra de forma redonda toscamente realizados, las escasas ventanas le daban un aspecto de cueva, solo la luz de las velas colocadas en los candelabros adosados en los muros impedía la negrura total.

En aquel lugar se respiraba recogimiento y tranquilidad.

Al fondo en el cabecero, una mesa de madera cubierta por una amarillenta sabana hacía las veces de altar, por detrás un pequeño retablo de madera tallado de forma tosca estaba presidido por una imagen de la virgen María.

Después de santiguarme, me arrodillé en uno de los reclinatorios frente a aquel altar, comencé a rezar con los ojos cerrados y la cabeza apoyada en las manos entrelazadas en posición orante.

Después de un rato salí del templo con la idea de haber hecho algo por mi madre, me encontraba en una plaza que unía la iglesia con el otro gran edificio de aquella villa, era una torre de piedra de una forma pentagonal que, en aquel momento, por lo que escuché a unas mujeres cuando entraba por las murallas, pertenecía a la familia de los Andrade.

— ¿Imponente verdad? — Una mujer que sin yo haberme percatado se había colocado a mi lado.

- Pues a decir verdad sí, es una torre muy grande para un pueblo tan pequeño como este es algo muy particular– Le contesté.
- Si eso es cierto, pero he de deciros que nos fue muy útil a todos los que vivimos aquí en una época, tenía la función de avisarnos de la llegada de enemigos.
- ¿De verdad? ¿Cómo se hacían esos avisos? – Pregunté a la desconocida con curiosidad.
- Pues veréis, en las afueras oculta en los montes hay otra torre muy parecida a esta, la llaman de Caldalova y en una de sus ventanas había un espejo que se movía reflejando el sol o una vela, aquellos que la vieron decían que parecía un faro. Esa luz que se producía allí era vista por el vigía de esta torre, había un código que solo conocían los vigías de ambas torres, esa era la señal de que el enemigo se aproximaba. – Me contaba aquella buena mujer con los ojos fijos en la parte alta de la construcción como si todavía estuviese allí el soldado que recibía el código.
- ¡Qué ingenioso! supongo que sería efectivo ¿No es cierto?
- O si mucho, os lo puedo asegurar, salvó a muchos de morir en batalla, bueno jovencita debo irme a casa que dios os bendiga y proteja – Dijo y desapareció entre las callejuelas.

Mientras la veía alejarse, apareció ante mí una figura que no esperaba, Santiago, cuando lo reconocí no me lo podía creer *¿Qué Demonios estaba haciendo allí?*

No quería que me descubriese no sabía si había descubierto lo que yo había hecho o no así que me escondí entre las clientas que se agolpaban en un puesto cercano.

- ¿Estáis seguro de que no la habéis visto? Cualquier información que me podáis dar sobre ella me sería de gran ayuda – Le pedía a un comerciante de alfarería mientras este colocaba sus vasijas en el sencillo pórtico de su negocio.
- Por tercera vez joven, no he visto a esa mujer, y de veras que siento mucho no seros de más ayuda, pero tampoco os voy a mentir – Dijo el artesano, por su tono de voz parecía arto de la insistencia.

Santiago salió contrariado a la plaza y se dirigió al otro extremo de la calle, aunque no sabía a donde s

dirigía, no parecía ir hacia la aldea puesto que iba en dirección contraria al camino de vuelta.

En ese momento el demonio en mi interior hablo *¿Quién será esa fulana que busca? ¿Acaso se ha casado?* Sentí envidia y odio por aquella mujer a la que buscaba con tanto ahínco, no sabía porque, pero me molestaba que estuviese tan preocupado por ella.

Pero ¿Por qué? A que venía esa envidia tan fuerte ante la atención de aquel joven, al que por otra parte no conocía de nada, *¿Por qué despertaba todo eso en mí?*

En ese momento me vino a la cabeza la imagen de la ropa femenina en el baúl de la habitación cerrada que había descubierto aquella noche en su casa, *¿Acaso la mujer a la que Santiago buscaba era la dueña de aquellas prendas de la que nadie hablaba en esa casa?*

18

Entre una tormenta y otra habían pasado varias semanas desde que me fugase de casa de Santiago aquella noche, estábamos cada vez más cerca de llegar a Santiago

Me empecé a sentir muy débil, no había bebido de otras personas desde aquel incauto de la hoguera.

Al día siguiente a mi encuentro con Santiago llegué a las afueras de la villa de Lugo.

Un hombre iba delante de mí de camino a la ciudad llevaba un burro con dos cestos cargados de manzanas.

Se quedó parado al ver a Aibar salir de entre los árboles que perime traban el sendero persiguiendo a un roedor.

Sus ojos se abrieron y su cuerpo fuerte y voluminoso comenzó a temblar, gotas de agua caían desde su frente y sus al suelo manos.

Salió corriendo, asustando al burro que levantó las patas delanteras al aire, un montón de manzanas cayeron de los cestos que llevaba amarrados a su cuerpo.

El demonio de mi interior despertó *vamos a por ese cobarde, hace tiempo que no nos alimentamos y lo necesitamos*, no pude resistirme, mi parte humana era ya muy débil.

Salí corriendo tras él, no tardé en alcanzarlo y derribarlo deslizándonos los dos por el barrizal.

Clavé los colmillos en su cuello y bebí de él hasta dejarlo seco, estaba tan ansiosa por alimentarme que a diferencia de otras ocasiones no había tomado precauciones.

No me había percatado que me encontraba en un camino concurrido a plena luz del día., hasta que una voz conocida me lo hizo ver

- Deteneos mujer, ¿Qué le estáis haciendo a ese pobre cristiano? - La voz de Santiago sonó a mi espalda, dejándome totalmente parada, pero el demonio había tomado el control, así que le contestó.
- No es de vuestra incumbencia, seguid camino y no seais entrometido y dejad que me siga alimentando– Le espeté
- ¿Quién se alimenta de sangre más que los demonios del purgatorio? Sois una asesina, ¿Cómo pudisteis hacerle algo así? Dudó que os haya hecho mal alguno...– Dijo sacando su espada.
- Los demonios habitamos este mundo por más que vuestra iglesia lo niegue y teneís razón este hombre no me ha hecho mal alguno, más como vos debemos alimentarnos y eso es para mí este hombre como ya os expliqué – Intenté que mi tono sonase frío y distante, quería que se fuera, que se alejase de mí para que no corriese peligro.

Se quedó parado al escuchar mis palabras, aproveche la oportunidad para salir de aquella

situación, pues el dolor de mi brazo empezaba a arder, otra lagrima negra estaba por salir. El círculo estaba a punto de cerrarse y convertirme en un demonio por completo, debía llegar a Santiago para deshacer ese entuerto y no podía permitirme más fallos ni debilidades. Otra vez, la sangre de Santiago no despertó al demonio de mi interior, era el único hombre hasta la fecha al que había perdonado la vida. Estuve meditando sobre ello durante los siguientes días, pero también tenía otra preocupación cómo iba a confesar mis pecados para ser perdonada. Y así llegó el último día de camino, con los sentidos agudizados al máximo y mi fuerza de voluntad llegando a la extenuación. Llegué de madrugada a lo alto de una loma desde la que se divisaba un mar de tejados de pizarra entre las que destacaban dos torres de piedra eran las de la Catedral. Una visión hermosa, supuse que por eso llamaban a ese lugar el monte Do Gozo, por la sensación de satisfacción de los peregrinos que después de tanto esfuerzo vislumbraban su ansiado destino. Santiago de Compostela, por fin había llegado, era como ver el paraíso después de pasar el purgatorio, en mi caso aún mayor por tener ya el demonio dentro apoderándose de mi poco a poco.

Las lágrimas brotaban de mis mejillas, más no era pena lo que sentía mi corazón, sino orgullo, había pasado la prueba y el círculo no se había completado, una parte humana y buena resistía en mí.

Solo quedaba el perdón y la ayuda divina para salvar mi alma y devolver a aquel demonio al purgatorio del que no debió salir.

Me giré hacia Aibar y me di cuenta de que había un contratiempo, resultaría peligroso que los habitantes de aquella santa villa viesan paseando por ella a aquel lobo, podían por miedo tratar de matarlo y no lo iba a permitir.

- Aibar tu quédate aquí, es peligroso que te vean allí abajo – Dije señalando la ciudad - No quiero que nadie te haga daño, mejor escóndete en el bosque y así nos aseguramos de que nadie te vea. – Le pedí a Aibar que reculó y se ocultó de nuevo entre los árboles.

Llegó el amanecer y empezaron a apagarse los faroles de las casas cercanas a la muralla que protegía la ciudad.

Por fortuna el cielo aquel día estaba gris y tan plagado de nubes que el sol era incapaz de penetrar entre ellas, no sería un problema.

Me coloqué la capucha y empecé el descenso de la colina, antes de llegar abajo empecé a ver las primeras casas, todas de piedra marrón con dos plantas.

Me metí en las murallas y me dirigí hacia una calle siguiendo el flujo de peregrinos que empezaban a llegar a la ciudad.

Me recordé que no debía respirar mientras me encontrase entre ellos, podría descontrolarme.

La marcha de aquella turba era lenta el cansancio de tantos días de camino que hacía mella en aquellos fieles, algunos provenían de Francia o de lugares más lejanos alentados por una promesa que debían cumplir, curar a un ser querido o conseguir algo importante en sus vidas, como si aquel Santo obrase milagros para todos.

La mayoría, por lo que escuchaba en sus conversaciones, deseaban el perdón de sus pecados o

los de algún familiar que no se podía desplazar otros tenían promesas para curaciones o deseos a cumplir.

Salí de una estrecha calle y llegué a la plaza repleta de peregrinos en un trasiego tan grande que me quedé impactada, jamás había visto cosa igual.

Los que llegaban al pisar la plaza se arrodillaban, lloraban y reían a un tiempo en una mezcla incomprensible de emociones y los que se iban reían, cantaban y en sus caras se reflejaba el alivio y la satisfacción del deber cumplido.

En la propia plaza que era una gran explanada cerrada por la propia catedral, se hallaba colorida por los puestos de mercaderes que se espacian hasta donde alcanzaba la vista formando improvisadas calles.

Los mostradores de aquellos comercios eran los propios carros de sus dueños en que se vendía: frutas, verduras, pescado en Salazón, también de capas, pieles o vino, en fin, todo lo que el peregrino pudiese necesitar.

No me paré en ninguno, necesitaba encontrarle solución a aquel castigo divino que mi madre estaba sufriendo, cuanto antes, fijé la vista en la catedral y seguí camino hacia la escalinata de acceso.

Al llegar, poco a poco fui subiendo sus escalones al ritmo que marcaban los peregrinos que tenía delante. A medida que ascendía mis nervios iban en aumento.

Me quedé parada en la puerta, había oído hablar del pórtico que llamaban de la Gloria, pero ese apelativo se quedaba corto ante tal belleza.

Las figuras pintadas parecían cobrar vida de tan expresivas, aunque en aquel momento sólo conocía a los evangelistas por los símbolos que les representaban y los músicos de algunos instrumentos.

Me podía haber quedado horas allí si no fuera porque la marabunta me empujaba al interior, era la iglesia más grande que había visto jamás.

A parte de la altura de las naves que parecían hechas por gigantes, las columnas de piedra te hacían mirar al altar que presidía la imagen de un peregrino en actitud de bendecir.

Era el apóstol Santiago, todos se acercaban a él, unos se quedaban en los bancos de los lados arrodillados, mientras otros se dirigían a la parte de atrás del altar, parecía que ese santo se podía abrazar.

Que cosa más extraña, pensé, pero en fin donde fueras haz lo que vieres como decía mi madre.

Seguí al resto a la parte de atrás del altar, la fila avanzaba lenta pues los peregrinos se regocijaban en aquel ritual.

Le abrazaban con fervor e incluso algunos lloraban de la emoción, como si aquel abrazo fuese una salvación eterna para cuerpo y alma.

Al llegar mi turno y abrazar aquella piedra, esta parecía recubierta de un fuego que me quemó, pero *¿Qué pensaba que iba a pasar? ¿Cómo iba a reaccionar un santo si un demonio lo abrazaba sino repudiándolo?* no podía ser de otro modo.

Ese rechazo mermo bastante mis esperanzas de salvación, tuve que respirar hondo para poder reprimir una lágrima que empezaba brotar de mi ojo derecho, hice tres veces el gesto para calmar la emoción.

Dejé el turno al siguiente peregrino y al volver a la nave principal, me quedé en la primera fila de reclinatorios frente al altar y me arrodillé, tan concentrada estaba en mis oraciones que perdí la

noción del tiempo.

Justo antes de terminan mi decimo *Padre Nuestro* y tras no sé cuántos rosarios sentí el peso de una mano en el hombro.

Me sobresalté y me giré, se me paró la respiración, pues pensé por un momento que era Santiago quien llamaba mi atención, respiré aliviada al ver que se trataba de un párroco quien me miraba con una sonrisa amigable.

Era un hombre mayor con una cara huesuda, nariz prominente y cabello blanco que le caía hasta los hombros.

- _ Hija mía, siento interrumpir vuestra conversación con Dios, pero estamos por cerrar su casa, podéis volver mañana al Alba para continuar.
- _ Así lo haré muchas gracias, Padre – le dije me levanté, me santigüé, solo quedábamos los últimos peregrinos.

Fuera del templo la noche había caído dejándolo todo en penumbra, no me había dado cuenta del tiempo transcurrido, había pasado todo el día rezándole a Dios.

En ese momento me pregunté si con eso sería suficiente al menos para el alma inocente de mi pobre madre, si con ese esfuerzo habría conseguido su salvación.

19

La plaza, aunque oscura, aun se encontraba llena de peregrinos, quienes habían decidido quedarse acampados allí, para acudir a la misa del día siguiente y purificarse de incienso antes de regresar a sus casas.

Por el contrario, los mercaderes y sus puestos habían desaparecido, me los podía imaginar alojados cómodamente en las posadas de la ciudad al calor de la chimenea.

El ambiente de aquel lugar se había llenado de canticos y oraciones pronunciados en diferentes lenguas, algunos incluso tocaban instrumentos que se mezclaban también con las risas y llantos de los niños.

Bajé las escaleras, un sonido como un chasquido, rítmico que se repetía. Bajé la vista, un peregrino estaba tallando su bastón con un cuchillo, haciéndole una forma de sogá con gran maestría, me quedé mirándole siempre me había gustado ver trabajar a los artesanos.

En una de las peladuras erró y se hizo un corte, la sangre empezó a asomar de aquella mano como un pequeño río, mi cuerpo se tensó.

Quería sorber aquel líquido, lo deseaba en lo más profundo de mi ser, pero sabía que era correr un gran riesgo mostrar esa parte de mi en aquella la plaza atestada, podrían verme o peor podría descontrolarse mi demonio ante aquel banquete humano que se allí congregado.

De pronto escuche otra vez aquella voz tan familiar:

— ¿Os encontráis bien buen hombre? – Era Santiago, no me lo podía creer, parecía haber aparecido para salvarme otra vez.

Ante su presencia el demonio se relajó y sus ansias de asesinato y sangre desaparecieron por completo

— Si estoy bien, no os preocupéis joven, solo es un corte me hago muchos al tallar, mi destreza ya no es lo que era – Dijo el anciano con una sonrisa amable.

— Dejadme ver parece un corte importante - Le dijo cogiéndole la mano herida al anciano.

Acto seguido, cogió un paño de su pantalón y con el tapó la herida del anciano con un torniquete, me quedé impresionada como un alma tan buena como aquella podía necesitar perdón alguno del Altísimo, que pecado habría cometido para necesitar semejante y costosa penitencia.

Pensando que no me veía y una vez el demonio estuvo relajado, seguí mi camino *¿Por qué diablos, Santiago con su sola presencia dejaba oculta mi sed de sangre?*

Lo dejé allí y salí de la plaza, las calles estaban silenciosas cuya quietud solo se veía interrumpida por algunas conversaciones en el interior de las casas, la más bulliciosa era la taberna que se encontraba al final de la calle en que se escuchaban canticos gritos y otros muchos ruidos.

Un ruido de pasos detrás de mí, me hizo detenerme y girarme para conocer a mi perseguidor, pero la calle estaba vacía, seguí camino hasta salir de la ciudad por el mismo lugar por el que

había entrado.

Salí de las murallas y cuando empezaba a subir la colina sentí una voz detrás de mí.

- _ Isabel ¡Cuánto me alegro de encontraros! – Dijo una conocida voz femenina a mi espalda.
- _ Sabina, se puede saber ¿Qué haceis aquí? - Arrastraba las palabras pues un odio importante se había apoderado de mi en cuanto la reconocí.

Aunque intentaba ignorarla, con un ligero vistazo me percaté de que había un cambio muy fuerte en ella.

Sus ojos no eran rojos como los había visto aquella vez, sino que eran dorados como los de Eliazar.

- _ Pues vereís, vine hasta aquí acompañando y protegiendo a varios peregrinos en su camino– Dijo rascándose la cabeza con expresión inocente.
- _ De verdad y decidme ¿Cuántos de esos peregrinos han sido vuestra cena? - Inquirí con ironía.

La sonrisa que me dedicó tenía un toque de maldad, lo que me hizo suponer que ninguna de aquellas pobres almas se había salvado del demonio que tenía ante mí.

- _ Sois una mujer muy atrevida querida, pues para ser totalmente sincera un par, los encontrarán mañana en la cuneta, en fin, es la ley de la naturaleza solo el más fuerte sobrevive – Dijo encogiéndose de hombros.
- _ He visto que mirabais con atención a Santiago en la plaza, que coincidencia que os hayáis encontrado aquí ¿No os parece? – Preguntó con curiosidad cambiando radicalmente el tema, pues no le convenía aquella conversación por si hubiese oídos indiscretos a la escucha.
- _ Siendo sincera, desconozco el motivo, lo único que sé es que cuando lo tengo cerca no quiero atacarlo ni a él ni nadie, es algo muy extraño. – Expliqué.
- _ Creo que es vuestro *Vendade*³ Isabel– Dijo en tono de sorpresa, casi gritaba mientras asentía con la cabeza, parecía muy emocionada ante mi historia.
- _ ¿*Vendade*³? ¿Qué narices es un *Vendade*³? Si se puede saber – Pregunté a Sabina en tono ansioso, no sabía que era eso, pero parecía algo bueno, algo que cualquier demonio como ella querría tener.
- _ El *Vendade*³, querida es un humano que tiene algún tipo de don especial, que con su sola presencia ahuyenta el instinto depredador de un vampiro, protegiendo a los humanos que están alrededor digamos que hace de escudo. – Explico mientras se miraba las uñas.

Una palabra quedó clavada en mi cabeza, *Vampiro*, en eso me había convertido, por fin podía dar nombre a aquel demonio que habitaba en mí y que había cambiado mi forma de ser, pensar y sentir.

Aquel demonio que ni siquiera un apóstol había conseguido ahuyentar por más que le rogué, fue en él se momento, cuando esa realidad cayó sobre mi como un jarro de agua fría cuando perdí totalmente la fe.

Respiré hondo y le contesté a Sabina que estaba muy atenta a mis reacciones.

20

Volví sobre mis pasos y me asome a la plaza, nada ocurrió, yo tenía la razón, mi sonrisa triunfal hacia Sabina fue algo que le causo mucha gracia como si acabase de contarle un chiste.

– ¡No seais cobarde Isabel! Acercaos más Así yo también me aguanto la tentación – Me aseguró.

– Debéis entrar en la plaza y mezclaros con ellos, si no será válida vuestra prueba.

Obedecí caminé hasta el centro de la plaza, llena de hogueras en que se calentaban y conversaban, otros rezaban y otros cantaban, ninguno presto atención a mi presencia, me tomaron como uno más de ellos.

Respiré hondo, había que hacer la prueba completa, pensé que una víctima más solo completaría el círculo y mi alma ya estaba condenada.

El instinto comenzó a aflorar de forma tímida, lo cierto era que era un gran riesgo dejarlo salir en un lugar tan lleno de gente, pero quería demostrar que era más fuerte que mi vampiro interior sin ningún susurrador que me ayudase.

Seguí avanzando mientras los observaba, había personas de todas las clases y edades.

Mi instinto afloraba más y más, mientras mi boca se llenaba de saliva, mis músculos se tensaban, mis ojos y oídos se mantenían alerta como todo depredador cuando esta de cacería.

Cuando llegué al centro de la plaza, miré alrededor, estaba totalmente rodeada, el aroma era tan intenso que dejé de respirar para ignorarlo.

En el ambiente se mezclaban: voces, canticos y conversaciones, en un momento hubo un sonido que destacó del resto, un grito de dolor que desgarró el ambiente, dejándolo todo en silencio.

Busqué el origen y mis ojos se clavaron en una mujer que se había cortado, sin pensarlo me fui hacia ella.

Antes de llegar al lugar en que se encontraba, un hombre corpulento se interpuso en mi camino intentado frenarme, pero lo derribé sin apenas esfuerzo.

Lo mordí en el preciso instante que su cuello quedó al alcance de mis dientes, no bebí mucho de aquel hombre, sabía a vino rancio y barato.

Fue la primera vez que pude distinguir en “*mi comida*” otro sabor que no fuese el salado habitual, *que asco por favor*, ese fue mi pensamiento al degustar a aquel hombre, pues era lo más horrible que hubiese catado en mi vida.

En ese momento la mujer volvió a gritar, fue la chispa que encendió el caos entre todos los que había en la plaza, unos salieron corriendo las calles de alrededor en busca de una salida.

Mientras otros presas del pánico se quedaron paralizados donde estaban, parecían estatuas extrañas en un jardín.

Otros, a juzgar por los ruidos metálicos que llegaban a mis oídos, se estaban armando para darme la batalla, pensando que su fuerza, su superioridad numérica o sus armas podrían ser una ventaja

decisiva contra mí y así derrotarme pobres ilusos, querían ser héroes y serían víctimas.

El primero en atreverse a enfrentarse a mí fue un joven imberbe que no tendría más de doce años, tenía una complexión tan fina que más parecía un fideo con piernas y brazos.

Portaba en su mano diestra una navaja que había levantado por encima de su cabeza en gesto amenazante mientras que se iba acercando a donde yo me encontraba.

El resto de la concurrencia contuvo el aliento al ver la valentía o, en mi opinión la poca cabeza de aquel niño, quien cuando estuvo cerca de mi hombro derecho estiró su brazo armado con la intención de asestarme una puñalada en el pecho.

Lo esquivé con un rápido movimiento de pies, el pobre muchacho se desequilibró, y estuvo a punto de besar el suelo.

Lo cogí por la parte de atrás de la camisa, me lo acerqué a la boca, no lo dejé seco del todo, solo lo suficiente para quitarle el vigor.

Lo solté como quien tira un trozo de basura y su cuerpo impactó contra el pavimento, que empezó a teñirse de carmín.

A mi espalda se escuchó un ruido de pasos que se me acercaban veloces, me giré para ver a mi próximo rival.

Un hombre adulto y corpulento que portaba un hacha por encima de su cabeza sujeta fuertemente con sus musculosos brazos se dirigía a mí.

Hice un movimiento con mis brazos poniéndolos delante de mí cabeza como si fuese un escudo y para servir como freno para ese miura que amenazaba envestirme.

Paré el golpe, aunque me movió unos centímetros, levanté la cabeza mirando directamente a los ojos de mi atacante que estaban inyectados en odio y sangre.

- Sois un bruto si pensáis que vuestra fuerza atacarme por la espalda aprovechando mi distracción os serviría para derrotarme – Le aconsejé y una risa cruel y afilada como un cuchillo salió de mi boca.
- Lo único que sé es que sois un demonio y es mi deber cristiano enviaros al infierno, ¿Cómo os atrevéis a venir a este lugar sagrado? –Me interpeló el hombre con voz ronca y la respiración entrecortada.

Solté aquel hacha y dí un paso atrás, el grandullón se desequilibró y cayó al suelo por su propio peso dejando clavada el arma entre los adoquines.

Un crujido me hizo saber que se había roto la nariz, el infeliz no tuvo la precaución de parar la caída con las manos.

Aun así, se levantó, su nariz era efectivamente un río de sangre, salté a su regazo rodeando su cintura con mis piernas.

Usé esa herida para alimentarme de él, tenía mejor sabor, sabía a algo parecido al cabrito asado, jugoso, salado y delicioso, parece que mi demonio prefería la sangre nueva.

Uno por uno, fueron cayendo todos aquellos que trataron de enfrentarse a mí, un total de 300.

Esquivar sus pobres ataques era como una clase de danza llena de: saltos y giros, pasos a un lado, pasos al otro y otra vez.

Poco a poco, el demonio se fue apoderando de mí, de mi voluntad y de mi conciencia, mientras que la humanidad que había conservado hasta aquel momento se iba consumiendo. Me sentía fuerte, poderosa, invencible, INMORTAL.

— ¡DEMONIO! – Un grito a lo lejos me hizo volver a la realidad, la figura de Santiago apareció en la escena, como salido de un sueño, entre el polvo de la reyerta.

Me quedé petrificada, al fin había visto el demonio en que me había convertido y eso acrecentaría su odio hacía mí, eso no era lo peor.

Detrás de él, una fila de hombres vestidos con: armadura, capas negras y largas, montados en caballos del mismo color.

— QUE LA IRÁ DEL TODO PODEROSO, CAIGA SOBRE TI Y TE ENVÍE AL INFIERNO - Gritó de nuevo y subió rápido las escaleras con la intención de refugiarse en el templo y dejar que los jinetes se ocupasen de mí.

Los jinetes se precipitaron hacia mí a galope, machacando los cuerpos de mis víctimas a su paso.

Sali corriendo de la plaza por una de las calles de la ciudad en dirección a una de las puertas de la muralla, debía salir de allí.

Los caballos relinchaban y el sonido de sus cascos contra el pavimento se asemejaba al de los tambores precediendo la batalla.

Conseguí salir de la ciudad por un camino diferente al que había usado para entrar, seguí por aquel desconocido camino durante el resto de la noche hasta que al filo del amanecer pude divisar frente a mí a lo lejos, un espeso bosque de robles que se abría a la diestra del camino.

Apreté aún más el paso, con la vista fija en esa arboleda que era mi salvación por dos motivos, el primero me ocultaría de mis perseguidores, y el segundo al igual que de aquella orda también me ocultaría del sol y al llegar a aquella masa verde me adentré en ella sin importarme lo que me pudiese encontrar en su interior.

21

En la penumbra del bosque, escuché el ruido de los cascos de los caballos aproximarse me oculté tras un árbol, asomándome por el pude ver como los jinetes se detenían en el punto en el que había desaparecido.

Miraban a su alrededor intentando encontrarme, pero para sus ojos la luz de aquel ambiente de luna creciente no era suficiente para ellos.

Uno de ellos bajó de su montura y examinó el suelo con la esperanza de encontrar en aquel firme de barro alguna huella o pista de mi paradero o del camino que había tomado.

Al no encontrar nada, contrariado volvió a montarse en su caballo mientras negaba con la cabeza anunciando al resto su fracaso.

Acto seguido pusieron rumbo de vuelta a la ciudad, cuando se alejaron suficiente respiré aliviada, me había librado de ellos, aunque no sabía por cuanto tiempo.

Tenía que alejarme de la ciudad de Santiago y no dejarme ver en población alguna por un tiempo, pues la noticia de mi gran actuación correría como la pólvora por todas partes.

En aquel bosque oscuro y sereno, busqué mi parte humana, pero esta había desaparecido engullida por las sombras, y no pude reprimir las lágrimas que salieron de mis ojos por el dolor de aquella derrota.

Lloré de rabia por la ausencia de ayuda divina en mi lucha interior, por todas las almas que me había llevado en mi derrota, por la parte humana de mí que había muerto para siempre aquella noche.

Grité y grité hasta que mi voz se quedó ronca. De pronto dejé de llorar y volví a sentir ese poder y así fue como el vampiro ganó la partida para siempre, cuando mi parte humana sintió más dolor del que era capaz de soportar.

Escuché un aullido y levante la mirada, mi loba me miraba, la tenía delante a pocos centímetros de la cara, de pronto un asqueroso lametazo de su lengua me borro las lágrimas y casi la cara.

Me sacudí para quitarme las babas y me levanté.

_ No vuelvas a hacer eso, es asqueroso – Le espeté.

En respuesta se levantó y empezó a andar, parecía enfadada, pero después de unos pasos se detuvo y me miró y con un gesto de la cabeza me dijo lo que realmente quería, era su manera de decir, sígueme.

Caminamos ocultas entre los bosques durante los tres días siguientes, solo paramos en los ríos y en los arroyos para que Aibar bebiese agua fresca, yo por mi parte ya no era humana así que lo que necesitaba calmar mi sed no era agua.

Por fortuna no necesité alimentarme durante todo ese tiempo, supuse que después de la masacre

de Santiago estaba saciada es más me sentía algo empachada, un *problema menos*, pensé con sarcasmo.

Aibar si se alimentó, cazó: liebres, urogallos, hasta algún que otro corzo distraído, a los que iba rastreando y se los iba encontrando, todo un festín para cualquier carnívoro.

Llegó el atardecer del cuarto día, seguía sin ver nada más que árboles a mi alrededor habían sido días soleados y el sol siempre es un peligro.

Prestando atención al resto de mis sentidos empecé a escuchar un ruido familiar, un rugido bajo que se repetía una y otra vez era el sonido del mar, pero más fuerte de lo que recordaba.

El Atlántico se extendía más allá de lo que me alcanzaba la vista, la fuerza de su oleaje era temible, un espectáculo impresionante, hipnótico y sobrecogedor.

Estaba atardeciendo, aun estando el sol en el cielo salí de mi verde escondite, pues no iluminaba apenas la pradera, aun así, me armé con mi capa.

Me encontraba en una zona acantilada, formada por grandes paredes rocosas una altura tal que harían temblar de miedo a cualquiera.

Las olas chocaban con fuerza contra la tierra, en algunas zonas sobrepasaban la altura de la costa. Hipnotizada por el espectáculo me acerqué con cautela al filo del acantilado en su parte más elevada.

Al fondo de aquel promontorio, un pequeño faro iluminaba aquella inmensidad, desde donde yo me encontraba partía un camino que conducía hasta él.

Lo recorrí, disfrutando aún del paisaje que me rodeaba, desde siempre me encantó el mar, mi parte favorita del Avilés de mi niñez era el puerto.

Cuando llegué a la mitad del camino empecé a ver montículos de: conchas flores, velas, pergaminos con mensaje y muchos otros objetos rodeando una seña de piedra con un texto que rezaba.

Has llegado al fin del mundo, ante ti el abismo final, Finisterre, la simple idea me sobrecogió aun a mi nuevo yo no humano.

Después puse mis ojos en el horizonte donde el sol descendía hacia el horizonte atraído por las bravas aguas en que se reflejaba, poco a poco fue desapareciendo en ellas, sumergiéndose palmo a palmo.

Un terror me inundó cuando una idea surcó mi cabeza de que se quedase allí apagado y oculto en las profundidades.

Permanecí en aquel lugar toda la noche, con la vista fija en aquel punto en que el Astro Rey se había ido, de pie como una estatua, me sorprendió el amanecer a mi espalda

Al ver el sol emerger, he de reconocer que sentí alivio, incluso un suspiro se escapó de lo más profundo de mi pecho,

En ese momento recordé que debía protegerme de aquella luz y volví a sentir ese miedo, volví al bosque sin saber que no me hallaba sola o al menos eso creía.

- La que habéis formado en Santiago, ha sido increíble, ninguno de nosotros ha sido tan imprudente antes – Eleazar apareció de la nada despreocupadamente apoyado en un viejo roble, ni tan siquiera me dirigía la mirada.
- Veo que os habéis enterado, aunque no sé de qué me sorpendo dudo que haya en cualquier

villa otro tema de conversación– Le contesté.

- Teneis razón querida dudo que nadie en todo el reino sea ajeno a tan succulenta noticia – Me explicó – he de decir que estoy impresionado, no todos somos capaces de comernos a 300 cristianos de un solo banquete – Su tono era de fingido orgullo, que no pudo mantener pues, se empezó a reír.

Su risa me molesto hasta tal punto que decidí marcharme de aquel lugar y dejarlo allí plantado.

- Por favor, Isabel, disculpadme si es que os he molestado – dijo con tono cansino – He de decir que sois muy susceptible querida, pero en fin... lo que quería saber es cual va a ser vuestro próximo destino, para saber la próxima ciudad que vais a arrasar. – No sabía si era fruto de mi imaginación, pero, juraría que en el fondo de su tono irónico había un atisbo de preocupación.
- Si os soy sincera aún no lo he decidido, no he dispuesto el tiempo para hacerlo, tener a la guardia pisándome los talones no es algo que me haya dado mucho tiempo para reflexionar – Le espeté aún molesta.
- En ese caso permitidme que os haga una sugerencia, en la ciudad de Salamanca hay un hombre que puede ayudaros a tomar el control de vuestros instintos, vive en las catacumbas de una iglesia cerca de la catedral, según dicen el mismísimo Lucifer le enseñó todas sus artes. – Empezó a decir parecía que admirase a aquel hombre fuera quien fuese.
- ¿Creéis de verdad que ese hombre pueda ayudarme? Es acaso un maestro o algo parecido – Le pregunté, sin poder evitar una gran ansiedad en mi voz.
- Así es, eso fue para mi gran maestro en esta vida oscura, me ayudo, a mí y a muchos otros, gracias a eso podemos vivir entre *Daulegur*⁴ sin ser peligro para ellos o para nosotros de forma intencionada, también os enseñará a manejaros con el sol, podreis llevar casi una vida humana.
- ¿*Daulegur*⁴? Os refereis al resto de personas... – Cuestioné
- Así es, *Daulegur*⁴, aquellos de los que Nos alimentamos, que viven como si no existiésemos y son felices en la ignorancia - Me explico encogiéndose de hombros.
- Entiendo – Me limité a decir
- Así pues, ese es mi consejo para vos Isabel, es lo mejor que puede hacer un *Neolano*⁵
- ¿*Neolano*⁵? – Dudé otra palabra que no había oído en mi vida y aunque más o menos me hacía una idea de su significado, quería estar segura.
- Los *Neolano*⁵ son personas sin camino, es decir un recién iniciado, un novato en esto de ser inmortal – Me explicaba con lentitud como si lo estuviese contando a un niño.
- Entiendo – Me limite a decir volvía a enfadarme tenía ese poder enfadarme hasta extremos sin apenas esfuerzo por su parte.

Tenía los brazos rectos siguiendo la línea de los dos lados de mi cadera con los puños apretados y hacía abajo, y el labio inferior atrapado por mis dientes.

- No soy apetitoso Isabel, ni rival para vos, además he de deciros que en este momento sois más fuerte que yo, pero no más ágil.
- ¿Por qué soy más fuerte? – Esa idea me gustó.
- Porque aun teneis sangre humana en vuestro cuerpo, sin más me despido de vos Isabel, si al final os decidís a seguir mi consejo, os vere allí.

Se despidió dedicándome otra reverencia igual que la otra vez y desapareció entre los árboles,

quería matarle, destrozarle, hacerle añicos como se atrevía a tratarme como un bebe, era una mujer adulta que había pasado por cosas por las que él no y eso era algo que marcaba quisieras o no.

- Típico de Eliazar, enfadarte hasta el extremo y despedirse con una reverencia como si estuviese en un teatro ante un público es tan dramático – Dijo una voz femenina a mi espalda.

Cuando me di la vuelta, la imagen de aquella mujer me impacto tanto que hasta e caí al suelo como una niña.

LA BÚSQUEDA DEL MAESTRO

22

Tenía una mujer delante de mí como aparecida de la nada, no sabía quién era y porque me hablaba con esa familiaridad.

Lo cierto era que era la mujer más bella que jamás había visto, su pelo era de un color azul marítimo, que destacaban aún más por su túnica larga y blanca que les llegaba a los pies.

Me levanté del suelo donde me había sentado del susto que me provocó su aparición y me acerqué a ella

- ¿Quién sois vos señora? ¿De qué conocéis a Eliazar o a mí? – Le pregunte a la desconocida con los ojos clavados en los suyos.
- Por el amor de Dios Isabel, ¿Es que acaso no me reconocéis? - Se quejó la desconocida mientras me miraba, con gesto de incredulidad abriendo excesivamente los ojos.

Examiné aquellos ojos y en ese instante los reconocí, eran los de Aibar, entonces no había soñado nada aquella noche, no fue alucinación, Aibar era una mujer que se transformaba en lobo.

- ¿Aibar? ¿Sois vos? – Por un momento no pude creer que Aibar, fuese aquella mujer, aunque con lo que yo era ahora, nada ya me parecía descabellado.
- Así es, ese fue el nombre que me pusisteis, aunque no sea el mío - sonreía con gesto amable.
- Apenas puedo creer que seais vos, pero viendo en lo que yo me he convertido, no es descabellado, pero aun así me asalta una duda si ese no es vuestro nombre ¿Cómo debo llamaros entonces? –pregunte como si esa conversión era lo más normal entre dos amigas de toda la vida, porque eso es lo que yo sentía hacia ella, que era una amiga de siempre en quien podía confiar.
- Mi nombre es Aura, ese fue el que me pusieron mis padres cuando vine a este mundo –Se presentó encogiéndose de hombros– Respecto a Eliazar hace ya muchos años que lo conozco a él y a sus alcances y es por ello sé que es de fiar y deberíais hacerle caso.

Me quedé pensativa, Aura era un nombre celta así que sus orígenes eran de la misma zona que la mía o cercana.

- ¿Qué pensáis hacer ahora Aura? – le interrogué quería saber que iba hacer si iba a seguir conmigo y seguir el camino que yo fuese hacer.
- No os puedo contar todavía mis razones, pero os debo acompañar en vuestro camino. – me explicó.

Me puse a pensar en eso y también en aquello las viejas historias siempre decían que vampiros y hombres lobo eran enemigos, pero siendo así *¿Por qué Aura quería acompañarme en mi viaje y protegerme?* No se lo planteé en aquel momento, pues algo de mi me decía que en algún momento ese secreto me sería revelado.

Pensé en el consejo de Eliazar, ir a Salamanca y buscar al maestro, no era a priori mala idea.

Había oído hablar de aquella ciudad a comerciantes que venían a Avilés, por lo que había escuchado era una ciudad más grande que Santiago, cuya Universidad era de las más prestigiosas

de Castilla, pero también albergaba un poderoso clero que condenaba a los infieles y los hacía perseguir por los fieles, apoyados por la corona.

Otro peligro de aquel lugar era su proximidad a la Corte del rey Carlos, que estaba en Valladolid. Tener tan cerca al ejército Real era otro inconveniente más para tener en cuenta, en caso de que tuviese el mismo incidente que en Santiago.

Envuelta en mis pensamientos no me di cuenta de que Aura me miraba con atención, hasta que habló interrumpiendo mi conversación mental.

- _ Entiendo vuestras reticencias hacia ir a Salamanca, pero ¿Qué otra opción tenéis? Santiago no es una opción ya y dudo que cualquier ciudad del norte lo sea –Dijo Aura.
- _ La verdad teneis razón, no me queda nada en mi ciudad, quedó arrasada por y acercarme a Santiago, tras la tragedia que provoqué no es una opción, lo cierto es que tampoco tengo nada que perder. – En ese momento, todas mis palabras me cayeron como un jarro de agua fría que me devolvió a la realidad a mi realidad.
- _ Pues, en ese caso querida ¿Qué estáis dudando? ¿O a qué estáis esperando? – Me cuestionó con voz dulce como si me quisiese consolar todo el mal que habría sufrido, llegué a la conclusión de que tenía razón.
- _
- _ Nada, no debería esperar más y seguir el consejo, con lo que deberíamos ponernos en camino pues no está cerca que se diga.
- _ No la verdad son unas jornadas de caminos aconsejo que robeis una capa con una capucha pues el camino carece de árboles que os tapen del sol.
- _ Muy bien un pecado más..., cogeremos una en un pueblo de camino. – Accedí.
- _ Dejad que sea yo quien lleve a cabo esa tarea, no es prudente que os acerquéis a los humanos pues, la guardia puede aparecer para ir contra vos de nuevo- Se ofreció.

Mientras esperaba a Aura en los bosques cercanos a una aldea otra duda me asaltó, *¿Podía llegar a alimentarme de sangre animal?* Sería maravilloso así no tendría que matar inocentes.

305 vidas eran demasiadas para mi conciencia, por alguna razón que no conocía, no había perdido del todo mis valores cristianos, lo tomé como parte de mi castigo.

Eso me hizo darme cuenta de que el brazo no me había dolido o al menos no lo había notado, *¿Se habría completado el círculo de gemas?*

Me subí la manga, se había completado, pero había un hueco en el centro.

De completarse no sería un círculo, sino una flor, una flor de sangre o algo parecido, pero *¿Cuál sería el pecado a cometer lo suficientemente importante como para completar la flor?*

23

Seguimos el camino sin percances, Aura me iba contando historias que había escuchado en su trotar por el mundo, pero nada referente a ella o su familia.

Pasamos por los valles del río Miño repletos de cañones verdes colmados de viñedos que habían crecido escalonadamente en las colinas.

Aquellas tierras colmadas de templos y monasterios y por eso la llamaban la Ribeira Sacra.

Al terminar aquellos valles encontramos las torres del castillo de Ponferrada, construido por la orden del Temple, era ahora propiedad del Conde de Lemos.

Me alejé todo lo que pude de ella, pero ello no me trajo el camino tranquilo que hubiese deseado sino un problema mayor.

En el camino, que salía de la villa un comerciante transitaba cerca del bosque acompañado de su mujer.

Ella iba mirando alrededor con fascinación, tan distraída iba que no vio el pequeño agujero del camino que tenía delante.

Metió el pie en dicho agujero y se cayó al suelo con tan mala suerte que su cabeza cayó sobre una piedra.

El golpe le provocó una brecha de la que comenzó a salir sangre, la brisa que soplaba entre los árboles me hizo llegar el olor de aquel apetitoso líquido.

Cuando reconocí el aroma mi cuerpo se tensó y mi boca comenzó a salivar, mis ojos se movieron con rapidez buscando su origen.

Aun siendo un aroma muy apetecible me resistí pues la parte humana que aún quedaba en el fondo de mí luchó con todas sus fuerzas por tratar de prevalecer ante el monstruo.

Clavé los pies en el suelo y aprete los puños fuertemente a los lados de la cadera, traté de pensar en otras cosas, para distraerme, incluso seguí avanzando para alejarme de aquel olor lo más que pude, pero no pude hacer nada.

Me dio la sensación para de haber ganado la partida a mis sentidos hasta el momento en que esa mujer se pudo levantar y vi la sangre con mis propios ojos.

Aquello fue más de lo que mi fuerza voluntad pudo resistir y el vampiro salió raudo tras su presa. La derribé, pero en vez de morderla en el cuello, me alimenté de ella a través de la herida de la cabeza.

Mientras su corazón latía continuó latiendo no tuve que hacer esfuerzo alguno para conseguir el alimento de aquel cuerpo pues salía con la propia fuerza del latido como una fuente.

El hombre trató de atacarme, pero por suerte Aura apareció de entre los árboles y en forma de lobo se puso entre aquel hombre y yo con un gruñido consiguió ahuyentarlo.

Aquel hombre salió corriendo, dejando su carro y sus pertenencias empantanadas en aquel lugar.

Volvimos al bosque corriendo porque un grupo de caminantes se acercaban a nosotras.

Entre la espesura y después de una persecución de varias horas entre los árboles conseguí despistarlos.

Después de varios días transcurridos tras el incidente, las murallas de Zamora se hicieron presentes ante nosotras.

Después de recorrer la zona y rodear el recinto amurallado me di cuenta de que había dos opciones, pasar el río a nada, sabiendo que no sabía nadar o traspasar la ciudad.

No había otra opción, tendríamos que entrar en las murallas y cruzar la ciudad de un lado a otro.

Aura, que había hecho el camino como loba, hasta aquel momento, se volvió persona para evitar confusiones y posibles ataques de los habitantes de aquella ciudad hacia nosotras.

Llegábamos por el camino rodeadas de otros caminantes y carros de comerciantes y cuando estábamos a punto de cruzar las puertas, un comerciante pasó cerca de nosotras, con la mano derecha vendada, de la que aún caía sangre que iba dejando un rastro en el camino como un goteo.

El olor llegó a mi como una ligera brisa surgida por el propio movimiento de la mano que se bamboleaba al compás de los pasos de aquel hombre que incluso algunas gotas se esparcían por el aire.

Me quedé parada, mi boca comenzó a salivar ante, mi cuerpo se tensó y se endureció, mientras el resto de mis sentidos se agudizaron, estaba lista para la caza, a la cual me resistí, la parte humana que aún me quedaba sabía que no era buena idea y por eso plantó cara al Vampiro.

Cazar a plena luz del día en una vía tan transitada era un problema enorme, clavé los pies al suelo apreté los puños, me quedé petrificada como una estatua tratando de pensar en mil y una cosas, para que mi cabeza se distrajera y no pensase en el olor que percibía.

En un intento de seguir camino me aparté del camino para alejarme de aquel olor lo más que pude, bajo la atenta mirada de Aura que perpleja observaba la escena como si mi reacción no fuese normal.

Después de dar diez pasos, miré de reojo a atrás, vi como la venda improvisada que llevaba se soltó y se cayó.

Me figuré que había estirado mucho la mano o que había hecho algún tipo de movimiento brusco y que se le había abierto la herida.

Volví a oler la sangre de la herida recién hecha quedaba expuesta y la potencia del aroma era difícilmente soportable.

Aquello fue más de lo que mi fuerza voluntad pudo resistir y aunque luche fue inútil y no pude hacer otra cosa más que rendirme al vampiro, mis pies se desclavaron y salí rauda tras mi presa.

Lo derribé, pero esta vez opté por una solución más fácil y lógica, me alimenté de la herida de la mano.

Mientras su corazón continuó latiendo no tuve que hacer esfuerzo la sangre salía con su propia fuerza como una fuente, hasta que murió y tuve que absorber como bebiendo de una copa de vino.

Estaba frenética y extasiada esa sangre que era manjar de dioses era algo que me quitaba la visión de la realidad, mientras lo bebía no me daba cuenta de lo que estaba haciendo y menos de

lo que ocurría a mi alrededor.

24

El relinchar de un caballo a mi espalda me hizo despertar de mi placentero trance, mientras las ultimas gotas de sangre me llenaban la boca.

Me sobresalté y solté el cuerpo que aún tenía entre las manos, giré la cabeza y miré hacia el lugar del que provenía.

Era el caballo de un guardia de la ciudad qué había salido a mi encuentro seguramente alguno de los comerciantes que entraban en la ciudad asustados habían dado aviso de lo que estaba sucediendo.

Iba acompañado por al menos tres jinetes vestidos de negro con caballos del mismo color los hacían parecer la propia muerte y su sequito.

Sabía lo que me esperaba si me quedaba, no obstante, desconocía sus efectos ante en mi nueva condición, pero, en fin, sería mejor no averiguarlo.

Salí corriendo por las puertas sin mirar atrás y en ese instante caí en la cuenta de que ese sería mi destino durante siglos, huir y esconderme de los defensores de la fe cristiana, mientras me alimentaba de otros humanos.

Mientras escapaba corriendo entre las calles de la ciudad, mirando a mi alrededor, buscando una posible ayuda para frenar a los caballos, la encontré, había una antorcha en un lado de la calle junto a una casa que había quedado encendida, la cogí.

Acto seguido la puse frente a mí en modo de lanza, enseñándola a los caballos que se encabritaron asustados, deshaciendo la perfecta formación en que se habían colocado y levantando sus patas delanteras para alejarse de la rojiza luz que tanto temía.

Me dio tiempo suficiente para tirar la antorcha y meterme por el hueco de aquella formación que era suficiente para entrar en la muralla y esconderme entre el gentío que llenaba las calles.

En ese momento como caída del cielo llegó Aura corriendo, me alegré de verla sobremanera por supuesto.

- No os preocupéis Isabel, pues conozco a la perfección esta ciudad y puedo guiados por ella, seguidme, es por aquí – Me dijo mi compañera, cogiéndome de la mano y guiándome.

Entramos en las murallas y pasamos como pudimos entre las calles abarrotadas.

Cuando pasamos por una plaza cerca de la catedral que más parecía una fortaleza nos dimos cuenta de que los guardias nos habían de buscaban por la zona, aunque pasábamos desapercibidos.

Por desgracia uno de ellos reconoció mi capa negra y el pelo de Aura, acto seguido se escuchó un silbido con que avisaba al resto de que nos había encontrado y que se personasen en el lugar como refuerzo.

Lo siguiente que se escuchó fue los gritos de uno de ellos a la multitud allí congregada.

- Apartaos, apartaos, dejad paso a la guardia de la ciudad – decía aquella voz masculina y profunda.

A gritos aquel hombre se hacía oír entre los ruidos de las cosas que se rompían ante las coces de los caballos que apenas conseguían avanzar ante una concurrencia en que la mayoría gritaba asustada, aunque otros sobre todo los comerciantes protestaban por los destrozos.

Al avanzar tan lento ante la resistencia de la ciudad a cumplir aquella orden, pudimos salir de la ciudad sin mayores problemas, sin que nadie se pusiese en nuestro camino.

Para nuestra mala fortuna la guardia no se limitó solo a la ciudad, ni siquiera al puente que cruzaba las tranquilas y congeladas aguas del río Duero, tan frías que apenas se movían los campos eran blancos la mucha o poca hierba que había no se veía en ningún momento.

El aire frío helaba la piel de todos los que nos acompañaban, de haber sido como ellos me hubiese tapado tanto con la capa y la capucha hasta que solo se viene en los ojos, pero como vampiro era un simple refresco aun con los campos blancos cubiertos de nieve.

La guardia quería marcarse el tanto de apresar a la asesina de la sacra ciudad de Santiago, aquella que había burlado a la guardia de la ciudad tan importante como aquella.

No se lo iba a poner fácil, así que para intentar despistarles en vez de ir a Salamanca por el camino más directo después de pasar por varios pueblos nos desviamos hacia los pueblos de los alrededores.

Por desgracia no tuvo éxito mi argucia nos siguieron por todo el camino de encinas de copas blancas totalmente nevadas.

La persecución parecía ser la misión más importante de sus vidas, por fortuna, tanto Aura que estaba en forma de lobo, como yo éramos más veloz que ellos y no conseguían alcanzarnos por más que sus jinetes les azuzasen.

Al no haber nadie alrededor, pude hacer uso de mi extrema rapidez y agilidad dos de mis diabólicos dones.

En el silencio escuchamos el repicar de las campanas de un pueblo cercano al que entramos con la esperanza de que fuese distracción suficiente para nuestros perseguidores.

Las gentes salían de la iglesia en lúgubre procesión tras un ataúd, todos vestidos de negro como marcaba la ocasión, rostros compungidos y llorosos, parecía que el difunto era muy querido por todos.

Pues delante de la comitiva iba una caja fúnebre, detrás de ella, en primera fila una mujer con rostro desencajado, semioculto tras una mantilla negra que avanzaba lentamente abrazada por una anciana que le susurraba al oído palabras de aliento.

Por detrás el resto de las mujeres y hombres de la aldea reza en un murmullo que apenas se podía entender, salvo amen.

Un grito rompe la atmosfera de dolor y recogimiento reinante en aquel lugar, este no procedía de ningún aldeano sino de nuestros perseguidores.

— ¡Detenedla por orden de la inquisición! ¡Demonio! ¡A la hoguera con ella! - Grito a los presentes.

En ese momento todos se quedaron mirándome fijamente, yo por supuesto me seguía alejando, los hombres dejaron el cortejo y comenzaron a seguirme, en su carrera se armaban con azadas y hoces portándolas en alto como si se tratase de lanzas o espadas.

Al salir de la aldea continué por un camino el cual no sabía a dónde conducía, Poco me importaba, después de avanzar con dificultad un buen trecho encontramos un bosque de encinas que nos pareció un buen escondite para despistar a la turba.

26

Durante dos días, nos mantuvimos ocultas en aquel bosque, por si nuestros perseguidores volvieran a Zamora por aquel camino.

A los dos días mientras paseaba por aquel blanco refugio divise a Aura que en su forma animal venía corriendo a nuestro refugio, al llegar a él se transformó.

- _ Tenemos que irnos de aquí. - Me urgíó
- _ ¿Qué ocurre?
- _ He visto a alguien de mi pasado que no quiero que sepa de mí, necesito que nos vayamos no quiero que me encuentre.

La vi tan nerviosa y ya había aprendido a no hacerle preguntas así que accedí a seguir camino hacia Salamanca, en medio de una de las peores nevadas que yo recuerdo, apenas se veía dos pasos por delante.

Cuando divisamos las murallas en vez de entrar por ellas Aura las rodea.

- _ ¿Por qué no entramos por aquí? – Alcé la voz para que me escuchase a pesar de la ventisca.
- _ ¿No queréis ir a la cueva del Diablo? Pues la forma más segura de llegar hasta allí, pues dudo que deseéis hacer lo mismo que en Santiago ¿Verdad?

Sus palabras fueron puñales, nadie me había hablado jamás de una forma tan cruel, pero hablaba con la verdad, yo era un peligro para cualquier persona herida que hubiese en aquella ciudad.

Llegamos al río, aunque ancho, podía cruzarse por las propias aguas que estaban repleta de trozos de un cristal blanquecino.

Pasamos por un puente de piedra que por la pinta parecía muy antiguo, aunque lo que llamaba la atención de aquella zona era la escultura de una especie de todo de piedra.

Era una voluptuosa figura de un berraco de piedra clara, que ocupaba el centro del camino al final de dicho puente.

- _ Esa cosa es más vieja que la propia ciudad – Aseguró una voz.
- _ Miren a quien tenemos aquí – Ironizó Aura entre risas.

Me dí la vuelta y allí estaba, Eliazar me miraba y sonreía satisfecho, sus dientes relucían tan blancos como la nieve que pisábamos.

Más sus ojos habían perdido su brillo áureo, estaban muy oscuros, casi podrían hacerse pasar por un marrón normal y humano.

- _ ¿Qué les ha ocurrido a vuestros ojos? – Quise saber
- _ Sois muy observadora querida, llevo varios días sin alimentarme.
- _ ¿En una ciudad como la que tenéis detrás no tenéis alimento?

La cabeza de Eliazar se giró de un latigazo hacía aura y su mirada parecía una declaración de guerra.

- _ Intento pasar desapercibido, alimentarme como preciso en la ciudad sería ponerme en el ojo de la Inquisición y a los vampiros que en ella viven.
- _ ¿Incluyendo al maestro? – Sugirió Aura.
- _ El maestro lleva años en ojo de esos beatos, más les inspira tanto temor que no se atreven a ir a por el
- _ ¿Había oído que la reina Isabel antes de morir había cerrado la cueva?
- _ Simples rumores, eso creyó que se podía frenar a la Hermandad.
- _ ¿La Hermandad? – Interrumpí
- _ Ya os lo explicaré a su debido tiempo Isabel, no queráis saber todo el primer día – Intervino Eliazar. – Dejad al perro fuera y vamos
- _ ¿Acaso le habéis hablado de ella? – Le ladró Aura interponiéndose entre ambos.
- _ No ha hecho falta, la hazaña de Isabel es conocida entre los nuestros por todo el reino, lo único de lo que yo le he informado es que yo creía que Isabel lo necesita y que iba a venir a verlo, por lo visto tenía razón.
- _ Isabel ha venido porque no le quedaba alternativa no porque necesite al maestro, es más creo que deberíamos seguir hacia el sur e irnos de Castilla hacia ultramar.
- _ Isabel en un barco tantos meses habéis perdido el juicio.

Hablaban de mi como si fuese una niña sin voluntad propia, como si yo fuese propiedad de uno o de otro, tal denigrante trato hacia mi persona me hizo estallar.

- _ Ya basta, Eliazar tiene razón Aura si quiero vivir tranquila debo aprender a controlar mis instintos y para ello necesito al maestro, por otra parte, esa idea vuestra de ultramar es una total insensatez y lo sabéis.
- _ Isabel, solo os pido que confiéis en mí.
- _ ¿Cómo quereís que confíe? Si vos no demostráis confiar en mí. –Le grité.

Se dio por vencida y me dejó pasar hacia Eliazar ambos la dejamos atrás, la miré de reojo y vi cómo se alejaba.

Al entrar por aquel arco lo primero que impactó a mis ojos fue una de las iglesias más grandes que yo jamás había visto.

Me quedé parada, totalmente fascinada por aquella grandeza, estaba hecha en piedra clara en varios niveles, las esquinas de las superiores rematadas en picos, llevaban la vista a una gran cúpula que terminaba que parecía una cruz, más alta que la propia torre al menos de la que divisaba desde mi punto de vista.

No me percate de que teníamos compañía, hasta que el relinchar de un caballo sonó a mi espalda.

Me quedé parada, miré de reojo hacia atrás, un grupo de seis jinetes me cortaba el paso miré hacía donde se encontraba Eliazar, pero había desaparecido.

¿Cómo había sido tan idiota de confiar en él? Me había vendido a la justicia de los humanos.

- _ Por fin caéis en nuestras manos, - dijo uno de aquellos jinetes- Recibiréis justo y santo castigo.
- _ Castigo, cualquier cosa que podáis hacerme no es castigo para mí. – Respondí sin siquiera girarme para mirarlos.

Dos de ellos descabalgaron, me agarraron de los brazos, que me ataron a la espalda con una cuerda cuyo extremo estaba atado a algo....

Sentí una fuerza que me arrastraba, me habían atado a una de las monturas, para llevarme y de paso torturarme.

Me habrían torturado si fuese humana pues la fuerza del animal me habría estirado el brazo por suerte para mí, lo que yo sentía era un ligero tirón.

Fui caminando a medida que los caballos siguieron caminando e iban tirando de mí, miré a mi alrededor.

Ocultos en la sombra, vi dos sombras un hombre y una mujer, me centré en ellos y cuando casi se ocultaban a mi ojos por la lejanía conseguí reconocerlos.

Traidores, vi a Sabina y a Eliazar ocultos mirando sin hacer nada como los soldados me llevaban, en ese momento lo ví todo claro, ambos me habían delatado.

Como había podido ser tan estúpida de confiar en ellos y no en Aura, el dolor del arrepentimiento fue tal que casi me dobló las piernas, seguí hasta unas puertas de hierro, mi nueva morada, mi nuevo infierno.

Kennari

Catacumbas de S. Cebrián Salamanca la noche anterior

Suenan las campanas de la torre de la catedral y del resto de las muchas iglesias que tiene esta ciudad anuncian la media noche, más lo único que hacen es romper el silencio de esta noche invernal.

Cuando este repique terminó regresaron la quietud y el silencio, en aquel momento me encontraba paseando por mi cueva aquella donde a pesar de estar en lugar sagrado el mal campaba a sus anchas.

En mi deambular recordaba una y otra vez lo acontecido esa misma noche, mientras impartía clase a los *Neolano*⁴, que habían venido en busca de ayuda.

Para mi desgracia esos iniciados nunca me pedían aumentar su poder como si había sucedido en otras gloriosas generaciones.

Estas nuevas solo deseaban pasar desapercibidos ante los *daulegur*⁶, aquellas ratas mortales de las que nos alimentamos, está claro que los viejos vampiros no seleccionaban bien a sus *Nemendur*

Ya hacía tiempo que mis aprendices se habían ido a sus refugios en que se refugiaban de los perjudiciales rayos del sol mientras esperaban la vuelta de la noche.

Aquella noche les había enseñado a controlar el miedo que les daba la presencia del fuego, para que se pudiesen acercar a él.

Cuando el fuego se encendió en la cueva y estaba en su máximo poder mis alumnos parecían haberse convertido en piedra por el miedo que les infundía aquel ancestral elemento, todos se alejaron refugiándose en las paredes, ninguno salió de la cueva.

Una imagen se proyectó llamas ante mis ojos, dos *Mikur*, un hombre y una mujer cogidos de las manos iban aproximando, A medida que se acercaban detrás de ellos surgía la oscuridad, que se disponía a dominar el mundo cuando ellos se uniesen en ese beso para siempre.

A medida que crecía la oscuridad iba tomando forma de otros Mikur y otros seres de la noche vestidos de guerra.

En ese momento en medio de todo aquel glorioso ejercito surgió un lobo de ojos grises que separó a los dos amantes y la luz volvió a reinar en el mundo, haciendo desaparecer a aquella armada negra.

Una profecía, algo que iba a pasar en el futuro y que Aeosti el demonio supremo me había enviado, para que estuviese preparado para una misión que debía cumplir.

Supuse que el supremo la había enviado para que me ayudase a cumplir, para que encontrase a aquel maldito perro gigante e impedir que se interpusiera en la *Myrkra heimsvæl*, que tantas veces se había profetizado por los demonios y que jamás se había logrado.

En la mayoría de los casos por culpa de los *Ulfar*, aquellos perros gigantes que cambiaban a

forma humana a placer.

Empezaría la guerra entre ellos, lo presentía, pero la pregunta que más se hacía era *¿De qué lado estarían los mortales? ¿Tendrían su propio bando?*

— Os veo muy pensativo esta madrugada mi querido maestro – Dijo una voz conocida al fondo de la cueva.

Esa voz me sacó de sus pensamientos y del recuerdo de la profecía que me nublaba la cabeza, miré alrededor para averiguar quién me estaba interrumpiendo a aquellas horas.

Una figura se acercó al fuego, con intención de ser reconocido, más no era necesario pues hubiese reconocido aquella voz en cualquier momento y lugar donde la escuchase.

Eliazar, había sido mi mejor alumno en los últimos dos siglos, aquel que quería que fuese mi sucesor, pues su poder y su carácter lo hacía idóneo para esa condena.

Además, compartía mi visión de dominación y esclavización de los mortales, con una ligera diferencia Eliazar quería ser el emperador de ese nuevo mundo, el sería quien gobernase.

— Pues la verdad si algo me está quitando la tranquilidad, he tenido una visión que ha surgido en las llamas, la cual como comprenderéis mi querido alumno no os puedo revelar– Le relato con una sonrisa en los labios.

Le puse la mano en el hombro tal como solía hacer y Eliazar me devolvió la sonrisa, aunque esos ojos que le miraban tan dorados brillantes e insondables no tenían la admiración que reflejaban en días pasados, ahora, aunque no tenía ni su sabiduría, ni su poder lo miraba como a un igual.

- ¿Qué os trae por mis oscuros dominios? Mi querido Eliazar – Le dedique una paternal sonrisa.
- No me creeréis maestro, pero el motivo de mi visita es una mujer – Me contestó con suavidad.
- ¿Una mujer? – Su respuesta me cogió desprevenido, pues jamás mi discípulo se había interesado por hembra alguna, al menos que yo supiese, ni se había mostrado tan parco de palabras.
- Si, parece increíble, pero es así, una mujer que conocí por casualidad en uno de mis periplos por el norte de estos reinos de Castilla, cuando la vi pensé que iba a ser una *Vinur* más de las muchas que me encuentro, pero me equivocaba, hay algo en ella qué me atrae, un instinto desconocido para mi que me hace ir donde ella vaya y estar donde ella este.
- Ya veo –Me esforcé para decir, estaba perplejo con lo que estaba escuchando, Eliazar, el que se creía destinado a ser el emperador de este mundo estaba sufriendo de *Gunnur*, ver para creer.

- Pero eso no es lo peor, maestro, lo peor es que ella me hace sentir hombre en el más instintivo y humano sentido de la palabra, es decir, me despierta deseo de lujuria, un deseo irrefrenable de posesión, pero también de protección, de estar cerca, no se estoy perdiendo totalmente el oremus.

Eliazar, dejó de relatar aquello cuando observó desconcertado como su maestro se echaba a reír sin poder evitarlo, tanto que se tuvo que sentar.

Aun así, prosiguió su relato dando vueltas alrededor del fuego con los ojos fijos en las llamas.

- Ella es una distracción para mis planes, cuando está cerca no puedo concentrarme en y no sé cómo puedo parar o controlar esto y eso no es lo peor del caso, un *Verndandi*, eso me hace sentir celoso, por el amor de dios si es una *Vendade*.
- Ver para creer esto es inaudito Eliazar estáis sufriendo de *Nummur* por una *Verndandi*, ¿Vos?, el todopoderoso
- Decidme una cosa ¿Cuánto lleva ella como ...?
- Unos meses, no sé exactamente cuántos ni quien la transformo, más estoy seguro de que habréis oído hablar de su gran hazaña, fue ella quien sembró aquel caos en la plaza de la catedral Santiago de Compostela hace varios meses, aquella que se merendó a los 300 cristianos.

Me quedé estupefacto, parado como una estatua de mármol antes esas palabras, y Caí en la cuenta de algo que me dejó helado, *¿Y si la historia de Eliazar y esa joven era lo que los demonios me habían mostrado en la hoguera horas antes?*

Estaba claro de que debía tener a Eliazar vigilado y a ella también, había que parar a ese lobo que iba acabar con el imperio de los vampiros, puesto que la ley de la reina Isabel no infundía temor alguno entre los oscuros por mucho apoyo que tuviese de Dios y sus pastores.

Otra duda de donde Salía aquel lobo, lo lobos tenían ojos miel y ese tenía los ojos grises y no sabría lo que aquello podía significar.

29

Al día siguiente caminé por Salamanca que era un hervidero de: estudiantes, clérigos, comerciantes, todos conversaban entre ellos, en eso presto atención a una conversación entre dos comerciantes que hablaban de un suceso en Zamora.

- _ Por lo que me han contado esa mujer se lo comió a la vista de todos, dejó al pobre cristiano sin una gota de sangre y se dio a la fuga.
- _ Eso he oído además que tuvo la osadía de entrar en la ciudad por fortuna no hubo más caídos y la guardia de la ciudad incluso está saliendo de la ciudad para intentar dar con ella, por los caminos no saber con exactitud a donde se dirige.
- _ Dicen que es el mismo monstruo que en Santiago de Compostela, mató a 300 cristianos caídos a los pies de ese demonio, en la propia plaza de la catedral, no respeto ni la santidad de un lugar como aquel.
- _ ¿Qué no saben a dónde se dirige? Pues algunos dicen que se viene para acá, que Dios nos asista para evitar una tragedia como la del norte, si hizo eso en Santiago ¿Qué haría en una ciudad tan grande como esta?
- _ ¿Qué tendría que hacer ella aquí?
- _ Usted que cree pues va a ir a las clases de las catacumbas de la vieja capilla ¿O es que acaso no habéis oído los rumores acerca de ellas y de quien las imparte?
- _ Por supuesto quien no ha oído hablar de esa secta de Satanás y sus oscuras enseñanzas, solo rezo esperando que nuestra reina, que ya le ha dado a la iglesia las armas de lucha contra la herejía ponga fin a esta también.

Mas quisieras hombre, que más quisierais todos que libraros de nosotros, pensé cuando se alejó de aquellas dos cotorras que no paraban de hablar del tema.

Eso era lo que quería saber Eliazar tenía razón la chica iba para acá, pero salamanca era muy grande y se podía meter en problemas serios si entraba a la muralla por la puerta equivocada.

Pensativo volví a mi cueva y al llegar tuve la idea que sería la perfecta solución, cuando graznaron los cuervos que tenía en ella.

Empecé a escribir notas y usé los cuervos como palomas mensajeras para mandar a mis discípulos que la buscaban con la descripción que había escuchado en las conversaciones del mercado.

Esa sería su misión encontrarla y traerla a la cueva ante él, había que hacer de ella una emperatriz para reinar.

No sabía cuánto iba a costarme, pero por fin su eternidad tenía su objetivo, cumplir la profecía y que el Dios cristiano junto con sus ovejas humanas pereziese.

Cuando estaba escribiendo la última nota alguien carraspeo detrás de mí.

- _ Siento interrumpir tu escritura maestro – Una voz femenina sonó a mi espalda.

Era una voz, melosa como si me quisiese alagar sobre todo cuando utilizó la palabra maestro,

pero por más que esa voz se disfrazase sabía perfectamente a quien pertenecía pues la reconocería en cualquier lugar del mundo, Sabina.

Escucharla de nuevo me hizo recordad nuestro último encuentro y como la había expulsado de mis dominios por esa petición tan descabellada que me había hecho y a la que me había negado, si venía con las mismas intenciones y sabiendo lo que ya sabía, me temía que el resultado sería el mismo.

- _ ¿Qué quieres? –Pregunté con brusquedad.
- _ No creo que esas sean formas de tratar a una vieja amiga – Me contestó con fingida indignación.
- _ Amiga vos nunca habéis sido mi Amiga sabina solo mi alumna, - Le aclaré.
- _ Eso es vuestro punto de vista, el mío dista bastante, espero que no vengáis a lo mismo que la otra vez porque la respuesta sigue siendo la misma.
- _ No entiendo la razón, os habéis parado a pensar en el resultado sería la forma perfecta de colmar vuestros deseos maestros.
- _ Y de paso los vuestros - La interrumpí.
- _ Eso es irrelevante en este caso – Protestó en un intento de desviar la atención.
- _ Irrelevante por supuesto, os conozco Sabina sois el ser más ególatra y egoísta que he conocido jamás y no dais puntada si os que os de un succulento beneficio, voy a despedirme de vos con una reflexión si os parece – Le dije.
- _ A si ¿Cuál?
- _ Que, aunque sigamos a oscuros dioses, a veces ellos nos dan una lección sobre nuestro comportamiento y la vuestra está muy próxima y va a ser muy dolorosa para vos.
- _ Sonreí al ver su mal disimulada estupefacción, ella siempre se creía por encima del bien y del mal, era la vivía imagen de la egolatría y sensación de superioridad de nuestra especie.
- _ ¿Estais insinuando que habéis tenido una visión? –Inquirió.
- _ No os puedo decir nada más, Adiós Sabina, que la oscuridad os guarde. – Le dije como despedida.

Me di la vuelta para da por terminada la conversación, por un momento se quedó ahí parada como una estatua de bronce, esa era otra característica suya que la hacía especial era la única que yo había visto con un tono de piel diferente.

En el fondo sabía que Sabina sería otro obstáculo para mis planes, que no permitiría que la profecía se cumpliera.

Encontrarla y adiestrarla ese era el primer reto que debía cumplir y estaba dispuesto a todo para conseguirlo.

EL SECRETO DEL LOBO

Santiago

Cuando llegue a casa aquel día la puerta abierta y eso no me pareció un buen presagio y el humo fuerte de la fragua que salía de ella.

A aquellas horas la fragua estaba encendida, pero nunca con aquella potente humareda.

Cuando entré a la fragua aun siendo medio día, me la encontré vacía, mi hermano no estaba en sus labores y eso no era lo normal, mi hermano a veces ni dormía por sacar los encargos adelante y el hecho de que dejase el negocio en esas condiciones me hizo sospechar.

Al no encontrarlo allí entré en la casa, cuya puerta también estaba abierta, la imagen me recordó a otra de años atrás, mi hermano Alfonso, mi única familia se hallaba tirado en el suelo como un perro.

Me acerqué a él, le heche agua de una copa que encontré en la mesa, le pegué en la cara en un vano intento de ayudar a quien ya no estaba en este mundo.

Fue entonces cuando lo ví, tenía una pequeña herida en el cuello eran dos pinchazos de dos agujas, el resto de la piel de alrededor estaba amoratada como si por esos pequeños orificios le hubiesen sacado toda la sangre de los que apenas salían unas gotas rojas y minúsculas.

Su ted ya no estaba apenas tostada por las fraguas y el sol, en ese momento se veía blanca casi transparente, sus ojos azules eran blancos y su cuerpo era como el hierro que tantas veces había forjado frío y rígido.

Por lo que parecía mi hermano llevaba varios días como cuerpo sin alma abandonado en aquel suelo frío y teñido de carmín, olvidado por todos.

Supuse que los vecinos creyeron que mi hermano se había ido a llevar encargos a pueblos vecinos y por ello no se habían percatado de lo que realmente había sucedido.

¿Quién sería tan desalmado de llevarse el alma de mi hermano antes de tiempo ante el Altísimo con tal antelación? Por un momento se me pasó por la cabeza la absurda idea de que había sido Isabel, pero como una mujer como ella, débil y buena sería capaz de cometer un pecado así.

Por otra parte, en muchas de las historias que se cuentan en la iglesia y las que mi madre nos contaba de niños el demonio aparece en los seres más indefensos para que el hombre se confíe y caiga en todas y cada una de sus trampas.

Después de llorarle durante toda aquella tarde, Aquella noche preparé a mi hermano para su último viaje, le puse sus mejores ropas, lo lave y lo peine para que luciese bien ante dios, mientras estaba en esos quehaceres.

Cuando estaba próximo a amanecer, alguien toco a mi puerta no me podía siquiera imaginar quien me venía a visitar en aquellas amargas horas.

Abrí la puerta y cual sería mi sorpresa al ver a Sabina en el umbral.

— Buenas noches, Santiago- me saludo saltándome en mis brazos.
Cuando vio lo que había acontecido sus ojos dorados se abrieron la incredulidad era latente en su rostro.

- ¡Por todos los Santos Santiago! ¿Qué ha pasado? – gritó presa de y el horror que inspiraba aquella escena.
- Ay, Sabina lo que ha ocurrido es una desgracia, alguien, un desconocido, se ha aprovechado de mi última ausencia para matar acabar con mi hermano y ponerlo frente a Dios antes de hora.
- Por el amor de Dios que horror ¿Habrá sido un hurto verdad? No siendo así no me lo explico que alguien haya podido hacer esto por un arrebato
- No lo ha sido un hurto Sabina, puesto que la casa no estaba revuelta y en ella nada falta y en la fragua tampoco.
- Que dios se apiada de quien haya sido ¿Teneís alguna sospecha?
- Bueno en verdad si es sospecha puesto que no tengo prueba alguna y albergo dicha duda por ser la única persona que se hallaba en esta casa junto con mi hermano en mi ausencia y ahora no se encuentra en ella....
- ¿De quién se trata pues? – los ojos de Sabina tenían un brillo malévolos.
- Os acordáis de la mujer que vivía con nosotros, Isabel, pues ella es mi sospechosa.
- Que sepaís de que he visto a esa mujer por el camino parece que se dirigía a Santiago pues iba igual que los peregrinos.
- Muchos son los pecados que atemorizan su alma y de los que se quiere deshacer pues matar a un pobre cristiano y dejarme sin familia, después de que nosotros la tratamos como parte de la nuestra es la peor de las infamias.
- No os ha dejado sin familia, puesto que teneís una hermana.
- Hermana que nos dejó, cuando la tragedia se cebó con esta familia.
- Bien lo sé, pero debeís ocuparos de cuidar de ella puesto que no os queda otra familia que ella.

No mediamos otra palabra, Sabina tenía razón y si en el camino me encontraba a Isabel podría esclarecer lo ocurrido, mejor.

Al día siguiente y tras dar a mi hermano santa sepultura a lo cual Sabina me acompañó junto con el resto de la aldea, que sorprendidos ante la noticia se desvivieron en cariño y atenciones. Hube de esperar el luto y las misas que se dieron por el eterno descanso de Alfonso, antes de preparar mi partida, el último acto fue apagar la fragua, pues nadie la iba a usar.

Las lágrimas de escapaban de mis ojos a medida que veía como las Illescas iban perdiendo su fulgor, me sentí como si con ellas se apagase también una parte importante de mí.

31

Los días siguientes de camino fueron largos y duros, usé el trayecto para preguntar a todo aquel que veía y

con todo aquel que me cruzaba sobre el paradero de Isabel.

Lo peor de esos días eran las noches, mi hermano se me aparecía cada noche en sueños y en ellos no me hablaba, ni se dejaba tocas ni abrazar, lo único que hacía era mostrarme el colgante que me dejaba en la mano, tarde un par de días en darme cuenta de que esa lagrima de azabache era el colgante que portaba siempre Isabel.

Encontrar a Isabel se convirtió en mi objetivo principal, pregunté en Muros del Nalón, en Cudillero y en todos los pueblos que vi durante el camino, llegándome a desviar e el en busca de información.

Cuando llegué a Luarca después de pasar por el faro y disfrutar del mar, al bajar al puerto me quedé en una posada.

Aquella noche una tormenta amenazaba con romper el cielo en dos y aquella fuera del cielo se reflejaba en un mar furiosos con fuertes olas que entraban en el puerto, haciendo peligrar las embarcaciones de los pescadores.

Decidí hacer noche en una posada cercana, se trataba de una casa al lado del puerto hecha de piedra de dos plantas.

Se entraba por una puerta de madera medio descolgada, lo primero que veías al entrar era un pasillo oscuro que tenía un fuerte olor a carne rancia, pescado y humedad.

_ Buenas tardes, señor, Desea alguna cosa – me dijo una voz de anciana al final del pasillo.

Efectivamente era una mujer anciana, que era todo piel y huesos apenas quedaba carne en aquel cuerpo decrepito, sus ojos pequeños brillaban a la tenue luz de las velas.

_ Si quisiera una habitación para esta noche,

_ Muy bien señor, son dos maravedíes.

Le puse las monedas en la mesa de roble que había entre nosotros, las recogió con su mano huesuda, la misma que me otorgó una vieja llave.

La cogí y subí las escaleras que me llevaban a las habitaciones, con la escasa luz del pasillo vi que la llave tenía un numero forjado.

Entré en mi habitación y me empezó a doler la cabeza, empecé a sentir fiebre y debilidad tal de que no llegué a tiempo la cama y caí desplomado en el suelo

.

Cuando me desperté, no sabía lo que había pasado, ni cuánto tiempo había transcurrido.

No era capaz a ponerme en pie, sentí mis piernas extrañas fuertes, más fuertes que nunca, pero más cortas y menos flexibles e incapaces de estirarse.

Cuando me centré en eso, seguía notando cosas extrañas que mi cuerpo me estaba dando, mi oído era tan fino que podía escuchar hasta el más leve aleteo de una mosca.

Otro sentido agudizado era el olfato, a mi llegaba el olor de la comida que se estaba preparando en la cocina en aquel momento, los olores de los parroquianos tanto de las habitaciones como de la taberna en el piso de abajo.

Estaba en un mar de confusiones, pues no entendía lo que me pasaba *¿Qué clase de embrujo era aquel que me provocaba semejantes sensaciones?*

No hallé respuesta hasta que caminando a cuatro patas llegue a un espejo al que me asomé, me quede frío no era capaz de creer la imagen del reflejo.

No era el de una persona sino de un gran lobo negro de pelo largo y liso, largo hocico y garras afiladas me devolvía la mirada con los ojos, eso sí verdes como los míos, inyectados en odio y con la respiración marcada en sus patas delanteras, como si acabase de correr.

Qué clase de embrujo me había hecho la luna que me había convertido en semejante bestia del infierno.

Supuse que habría sido el dolor de perder a mi hermano o la rabia de la traición de Isabel y el odio que me suscitaba.

Lo desconocía al igual que como podría regresar a mi forma de hombre, no podía salir con semejante monstruo, me quede en la habitación durante varios días.

Pasaba la mayor parte del tiempo dormido torturado por pesadillas, unas con mi hermano y otras con Isabel.

Recuerdo una, me encontraba en un túnel oscuro, al fondo había una luz, no sabía dónde me encontraba, confiando en mi intuición fui hacia aquella luz.

Al llegar a la luz me encontraba en una playa, como aquellas que iban al lado de Cudillero, larga empedrada.

Al principio pensé que estaba solo pero no, al fondo frente al mar vi a Isabel, parecía enmarcada en una luna llena enorme la más grande que he visto jamás.

No estaba sola, había un hombre con ella, más parecía un príncipe de aquellos que salían en los cuadros.

Alto figura esbelta, pelo largo lacio y negro cara angulosa y proporcionada y unos ojos dorados y grandes iguales que los de Sabina con los que miraba a Isabel con un gran fuego en aquella mirada con un fuerte deseo carnal mientras con su nivea y fría mano acariciaba el rostro de Isabel.

Ella, por su parte, le otorgaba sus más dulces sonrisas, en sus ojos se veía fascinación como si estuviese ante el altísimo mientras le brindaba caricias, en las manos y el pecho, mientras con lentitud titubeante y tímida acercaba sus labios a los de él.

Justo en el momento en que el beso culminaba desperté con una rabia ciega y un deseo febril de matar a aquel hombre fuera quien fuese y apartar a Isabel de aquel desconocido.

Me senté había vuelto por una razón desconocida a mi ser de persona, recordé el sueño buscando razón a aquellos sentimientos.

¿Acaso Isabel me había robado mi corazón además de la vida de mi hermano? ¿Acaso amaba aquella mujer con la misma fuerza con la que la detestaba?

Fueron Pasando los días y ni una sola pista de Isabel, ya estaba perdiendo toda esperanza de encontrarla, hasta que una mañana llegando a Lugo se me presentó una imagen que parecía salida de mis más oscuras pesadillas delante de mis ojos.

Al fondo del camino una mujer muy joven, totalmente tapada con una capa negra de lana se hallaba arrodillada en medio del camino, su rostro oculto en una capucha, así que de primera vista no la reconocí.

Se estaba acercando a algo que tenía sobre las rodillas, al acercarme me percate de cuál era el objeto de su atención el cuerpo de un hombre llacía con la cabeza apoyada en las rodillas de ella.

Por lo que parecía aquel hombre había sufrido algún tipo de percance, así pues, me acerqué para ver si precisaban ayuda.

No parecía algo muy grave pues ella parecía tranquila, mientras se agachaba hacia el a cada, poco para después erguirse de nuevo y al principio no entendí la razón de aquel extraño movimiento, pues se asemejaba al que hacían las fieras salvajes al alimentarse de otras alimañas.

Cuando estuve lo suficientemente cerca la imagen me horrorizo, pues lo que ella estaba haciendo era beber la sangre de aquel incauto.

- _ Deteneos por el amor a Dios ¿Qué le estáis haciendo a ese pobre cristiano? - horrorizado me acerque corriendo a donde se encontraban.
- _ Seguid camino, pues esto No es asunto vuestro, que este es mi asunto y mi alimento – me contesto aquella mujer con una voz tan grave que me pareció más voz de barón que de mujer.
- _ ¿Alimento?,¿Quién se alimenta de sangre sino los demonios del purgatorio?
- _ Pues si crees que eso soy eso seré – dijo mientras se levantaba para enfrentarme.

No sé bien si intencional o por descuido la capucha se le cayó dejando su rostro al descubierto, el impacto fue más fuerte que el anterior pues reconocí ese rostro en el mismo momento en que se presentó ante mis ojos.

Mas no hice el más mínimo ademan de hacer ver que la había reconocido pues no sabía cómo ella iba a actuar de saberlo.

Era Isabel, en esencia si la forma de su nariz, el pelo la forma de los ojos, pero su cara se había rellenado de carne, sus ojos estaban teñidos del color del Rubí y su mirada antes clara y cristalina ahora se proyectaba sombría y amenazante.

No parecía reconocerme, pues no daba muestras de ello o quizás se había olvidado de mí, miré hacia abajo y vi como estaba aquel hombre las piezas encajaron pues aquel desgraciado tenía un aspecto parecido al que tenía mi hermano cuando lo haye en nuestra casa.

— No me habéis oído o es que acaso sois sordo, marchaos y dejadme tranquila con mi alimento.

No quería ser su próxima víctima así que seguir camino, con pleno dolor de mi alma cristiana tuve que dejar libre a ese ser del abismo, no sin preguntarme a cuantos infelices había condenado.

También era dolor por mi cobardía pues no había querido enfrentarme a ese demonio de mujer que había cogido como esclava a la pobre Isabel o al menos esa fue la explicación que mi cabeza me dio a aquel hecho diabólico.

Pero ante mí se presentaba una encrucijada, pues mi deber de buen cristiano era denunciarlo a la inquisición para que esta lo condenara por los pecados cometidos, más por otra parte sabía que en el momento en que Isabel fuese apresada el demonio saldría de ella y la que sufriría el castigo sería la pobre Isabel y ya era suficiente castigo el tener demonios dentro de uno como para incrementarlo.

Lo que en aquel momento ignoraba era que el destino iba a otorgarme una nueva oportunidad de apresar a aquel demonio.

Una soleada mañana cuando tras subir una pequeña colina la ciudad se presentó ante mí, era un mar de casa de piedra marrón y tejados de pizarra, más lo que más llamo mi atención fue la altura de algunas chimeneas, pues rivalizaban con la de las torres de la catedral que sobresalían en el punto más céntrico de la ciudad.

Al bajar la colina me intenerne por una de las puertas de la muralla, como tantas otras villas que había visitado las calles principales eran un ir y venir de peregrinos.

Los que entraban como yo, eran almas cansadas que avanzaban con lentitud, más en sus rostros se reflejaba la alegría y el orgullo de haberlo conseguido a pesar de las muchas dificultades.

Por otro lado, los que salían iban a mayor ritmo tras haber descansado sus cuerpos y sus almas al abrigo del apóstol, en sus rostros el alivio de haberlo logrado se mezclaba con la emoción de haber conseguido hacer sus plegarias al apóstol y la esperanza de que este como premio a su esfuerzo y su fe se las cumpliera.

La caravana avanzó hasta la plaza de la catedral en aquel momento convertida en un mercado, pues muchos avisados comerciantes habían convertido sus carros en improvisados puestos para ofrecer sus productos a los peregrinos.

El olor de carnes y pescados se mezclaba con otros como los de las especias y los olores de los propios peregrinos.

En el aire las conversaciones y canticos de los peregrinos se entremezclaban con las ofertas de los vendedores.

No sin dificultad llegué a los pies de la catedral y me mezclé con la marea de fieles que entraban en ella como el punto final y más importante en su camino.

Subí las escaleras, al llegar al punto más alto vi como los peregrinos se paraban, justo en la puerta y miraban hacia arriba, había oído hablar de aquella obra maestra, pero todo comentario se quedaba corto ante tal belleza y maestría.

Lo llamaban el pórtico de la Gloria y la verdad que era gloria mirarlo, la figuras en el esculpida parecían estar vivas y no solo por la expresión de sus rostros sino por los colores que las impregnaban, podías pasarte horas y horas contemplándolo, recreándote en cada detalle de aquella obra maestra.

En los arcos altos de las laterales escenas de la vida de Jesús, que presidía el arco de la puerta central rodeado por los cuatro evangelistas, reconocidos por sus símbolos, a los pies de Dios los ángeles portaban a sus lados los elementos de su pasión como la cruz.

Las puertas estaban sostenidas con columnas en las que había figuras de hombres que en aquel momento no reconocí, más luego supe que eran los profetas y el resto de los apóstoles, salvo uno que era el apóstol Santiago que presidía la columna que dividía en dos la puerta central, todo al

más mínimo detalle.

_ Debeís avanzar joven, pues la salvación se encuentra dentro no aquí – una voz a mi espalda me saco me ensimismamiento.

Era un anciano de muy avanzada edad encorvado, vestido de lana de pies a cabeza, aferrado a un bastón de lo que parecía madera de castaño.

_ Disculpad si os he entorpecido mi buen señor, pero es la primera vez que admiro esta obra de arte y me he quedado hipnotizado.

_ Lo entiendo perded cuidado, no por nada lo llaman el Pórtico de la Gloria

_ Así es.

Me aparté para dejar que el anciano avanzase y fui detrás de él, aquel hombre no se paró en los reclinatorios de la gran nave de piedra, sino que avanzó hacía el altar, siguiendo por un pasillo que iba hacía detrás del retablo principal.

No entendía el porqué de aquella acción, más como no era el único que lo hacía, hice lo propio, hasta el primer escalón de una corta escalinata de mármol.

Al mirar hacia arriba vi como los peregrinos abrazaban al santo con gran fervor, detrás de mí un grupo de fieles se agolpaba en una fila para hacer lo propio.

Cuando llegó mi turno abracé al santo de piedra, más en aquel gesto comprobé que había dejado de ser un hombre cristiano común y me había convertido en un ser demoniaco en un engendro del mal.

En el momento en que mi cuerpo se apoyó en aquella sacra y fría piedra esta se volvió incandescente, tanto como el hierro cuando sale de las llamas de la fragua, instintivamente me aparté, más por fortuna mi gesto pasó desapercibido al resto.

Me mordí el labio para reprimir un grito de dolor, que por lo que me pareció iba a ser más aullido de lobo a la luna que grito de dolor de hombre.

Salí del templo sin rezar pues después del rechazo sufrido por el apóstol estaba seguro de que las plegarias de nada me iban a servir, ni estas ni hacerle petición alguna, pues no se iba a cumplir.

Dios me había repudiado y echado de su sacro rebaño sin cometer pecado alguno, solo por el maleficio que alguien me había otorgado.

Al salir en la escalinata vi a un hombre mayor tallando su bastón en el momento en que me acerqué a él se cortó, su sangre salía a borbotones de aquel dedo magullado, le presté mi ayuda y luego despedirme de él.

Pasé aquel día buscando a Isabel en todo lugar que se me ocurrió, más no encontré pista alguna de su paradero.

Pregunté en las posadas de toda la ciudad, en las tabernas hasta pregunté en algunos conventos como último recurso, anocheció sin casi darme cuenta del tiempo transcurrido.

Fui a la plaza de la catedral, pues sabía que allí muchos peregrinos pasaban la noche y yo no tenía el dinero que se requería para pasar la noche a techo en una posada o una taberna.

No sabía que allí me esperaba Isabel, hasta que se presentó ante mí de una manera que jamás hubiese imaginado.

A medida que me iba acercando a la plaza, empecé a escuchar un gran escándalo proveniente del lugar que inundaba el aire de toda la ciudad., parecía que la gente gritaba temerosa de algo, aunque también se escuchaban improperios y maldiciones a Dios y a todos los seres celestiales.

El ambiente era parecido al que se había vivido hacía unos meses en Avilés, como si alguien

estuviese atacando la ciudad desde su mismo corazón, aceleré el paso y me dirigí hacia ella por una de las avenidas principales, para no perderme y acudir rauda.

La imagen que en ella vi era más propia de un capítulo del Apocalipsis.

.

Era Isabel, aunque era la Isabel de Lugo el demonio que se comió a aquel pobre cristiano la que ocupaba el centro de la plaza, más la imagen era más horrenda que la otra, se hallaba rodeada de cientos de mujeres, hombres e incluso niños fallecidos.

Posados de las más dantescas formas en un gran charco de sangre que supuse que era compartida por todas aquellas pobres almas, pues a medida que la montaña de cuerpos aumentaba el charco aumentaba a su vez.

No la enfrenté directamente y no por cobardía sino porque viendo el porte de algunas de sus víctimas, hombres fuertes con cuerpos grandes, me dí cuenta de que yo no sería capaz de vencerla ni ahora ni nunca, así que hice aquello que todo buen cristiano haría.

Salí de la plaza y me dirigí al único lugar en que me podían ayudar, la casa del tribunal de la Santísima Inquisición.

Al llegar a aquella casa encontré una gran puerta de roble oscura con un gran llamador al que empecé a dar golpes una y otra vez acompañado de golpes con mi propio puño, hasta que esta se abrió.

En aquella puerta apareció viejo fraile con ropa de dormir, era un hombre bien entrado en años, encorvado, de cuerpo huesudo y cabeza despoblada.

Apenas se le notaban los ojos pues le costaba abrirlos, por su aspecto parecía que lo había levantado de la cama, cosa que no me extraña pues ya había pasado la media noche.

- Hijo mío sois vos conscientes de la hora que es, ¿a qué viene tanto apremio? – Apenas entendí las últimas palabras que me dirigió, pues no pudo reprimir un bostezo.
- Buenas noches, siento mucho las horas hermano, más la información que os traigo bien merece este apremio, acaso no habéis escuchado el gran escándalo que proviene de la plaza de la catedral los peregrinos están siendo atacados
- No en verdad ¿Qué ha ...?

No le dio tiempo a terminar la pregunta pues a sus oídos llegaron los gritos y demás ruidos provenientes de aquel lugar.

El viejo fraile despertó de golpe se le abrieron los ojos y entró al edificio, sin pedir permiso le seguí y me adentré en aquel oscuro lugar, mientras escuchaba al anciano por los pasillos pronunciando a gritos el nombre de Juan.

Juan apareció ante mis ojos acompañando al otro hombre, se trataba de un fraile joven, ambos se acercaban a mi mientras el fraile viejo le contaba Juan al oído lo que estaba sucediendo cosa que escuchó con atención y horror lo que su hermano le decía al oído, acto seguido corrió raudo fuera de aquel lugar.

Pasó un tiempo hasta que apareció yo había entrado en tan sacro lugar por indicación del fraile mayor que se llamaba Francisco, quien me sirvió caldo caliente y me contó la historia de como se había descubierto la tumba del apóstol el ermitaño la siguió para encontrar la tumba en el

campo de estrellas

Pasado un buen rato el otro Juan llegó, nos percatamos de ello cuando escuchamos su voz llamando a Francisco a gritos.

Salimos ambos a la puerta y en ese momento me enteré de a que había salido Juan tan rápido de aquel lugar.

El joven iba acompañado por siete jinetes vestidos de armadura negra de cuero, altos y fuertes, montados en caballos altos de igual color, se asemejaban bastante a la guardia del apocalipsis.

Al vernos llegar uno de ellos se bajó, llevaba yelmo negro como los caballeros de antaño así que no pude verle la cara.

- _ ¿Soís vos quien dio la voz de alarma?
- _ Así es señor, he sido yo quien ha sido testigo de aquella horrible escena.
- _ Así pues, debeís acompañarnos a la plaza para ver si vuestra denuncia es real o no.

Todo me pareció extraño, en primer término, como la guardia no había hecho acto de presencia pues el escándalo se escuchaba desde cualquier rincón de la ciudad, siendo así porque lo tomaban por incierto.

La única explicación que me di a mí mismo es que hasta la guardia le tenía miedo al demonio como buenos cristianos y querían llevar con cautela aquel raro y horrible asunto.

Obedecí las órdenes de aquel caballero y me dirigí a la plaza junto a ellos al lugar, yo iba a pie delante de la comitiva mientras los jinetes me guardaban las espaldas.

Lo que nos encontramos al llegar fue algo tan dantesco, una escena propia de la peor parte del libro del Apocalipsis o de una leyenda que podría servir para atemorizar a los niños. Tanto que hasta aterrorizó a los caballos que se encabitaron.

Aquel demonio seguía arrodillado en el centro de la plaza rodeada de cadáveres regados por la plaza, de todos goteaba aun la sangre que seguía impregnando gota a gota el suelo.

En aquel momento se estaba merendando a un pequeño inocente que no debía contar con más de 6 años en este mundo.

El pobre angelito estaba usando las pocas fuerzas que aún le quedaban para luchar fieramente por su vida.

Con eso comprobé que esa mujer que veían mis ojos estaba muy lejos de ser mi amada Isabel, pues en ese momento también me di cuenta de cual era ese extraño sentimiento que esa mujer había despertado en mí mientras había convivido conmigo y con mi hermano.

No pude soportar más aquella situación así que inundado por la rabia y la pena de aquellas pobres almas que se habían ido de este mundo por algún castigo divino inmerecido que los había puesto en el camino de aquel demonio.

Un grito salió de mi garganta e inconsciente y ciegamente me enfrenté a ella, cobardemente escapó mientras los jinetes la perseguían por las calles.

Recé una oración por aquellas pobres almas, con amplias dudas de que el Todopoderoso escuchase mis ruegos, más su más fiel discípulo y Apóstol había rechazado con fuego mi devoto abrazo tras santiguarme salí de la escena más nada podría hacer por aquellos infelices.

Paseando inmerso en aquellas dantescas imágenes sin rumbo alguno marcado por las calles que despertaban al amanecer como cada día, más aquel no era una mañana normal.

Al momento se empezaron a escuchar los gritos de horror de los primeros peregrinos al encontrarse aquella dantesca imagen.

De la que me sacó una femenina y conocida voz me sacó de mí mismo y me devolvió a la realidad.

- Santiago, a dios gracias os hayo con bien, temí por vuestra vida con la tragedia que ha sufrido esta ciudad.

Sabina apareció ante mis ojos, curiosamente iba vestida igual que el resto de los peregrinos, la capa marrón, las botas negras, los pantalones marrones, la camisa blanca y el bastón coronado con la vieira colgada con cordón rojo, no entendí la razón, pero tampoco le dí importancia

- No le deís las gracias con tanto fervor al altísimo Sabina pues este me detesta con tanto fervor con el que yo le amaba.
- No seais tremendista por favor os lo pido, Dios nos ama a todos incluso a la más descarriada de sus ovejas.
- En verdad lo decís Sabina incluso a aquella descarriada y demoniaca oveja que se ha llevado ante el a o todas aquellas almas esta aciaga noche en la plaza de la catedral.
- ¿Acaso conocéis su identidad? Pues de ser así solo espero que la hayáis denunciado a la inquisición

- _ Si a ambas cosas se de quien se trata y vos también puesto que la conoceís.
 - _ ¿En verdad? ¿De quién se trata?
 - _ Isabel, la mujer a quien mi hermano y yo le dimos cobijo y amistad
 - _ ¿No os creo? Isabel tan apocada y temerosa que parecía...
 - _ No os confundáis Sabina, pues Isabel lo hace pues aqueja de un fuerte mal
 - _ ¿Cuál? – parecía extrañada que justificase semejante tropelía.
 - _ Esta poseída por el demonio, pues sus ojos se han tornado rojos y se alimenta de sangre de incautas víctimas.
 - _ Quiero ayudarla, mas no sé cómo puedo hacerlo. Por desgracia, aunque desconozco la razón un demonio se ha metido en el cuerpo de la pobre muchacha, aquel que transforma a una buena mujer en un maliciosos.
-
- _ Hay una manera de que consiga controlar al demonio, no sacarlo pues eso podría causarle la muerte, pero podría ser Isabel de nuevo a pesar de todo o es que acaso no habéis odio hablar de la cueva del diablo
 - _ No en verdad es que no he oído mentar semejante lugar en mi vida.
 - _ Pues según cuentan se haya en las catacumbas de la vieja iglesia de San Cebrián en Salamanca en ella habita un extranjero al que llaman el maestro, este maestro hace ya muchos años hizo un pacto con Satanás para enseñar a sus demonios a vivir entre nosotros y así poder cometer impunemente sus pecados, por ello estoy segura de que es allí a donde se dirige Isabel.
 - _ Entonces allí me he dirigir quiero ayudar a Isabel y ese Maestro no me parece hombre fiable.
 - _ Si queréis os puedo acompañar en el camino he de volver a mi Zamora natal, y el camino es el mismo, más debemos darnos prisa pues se está haciendo tarde para emprender viaje, no solo conmigo sino con cualquiera.
 - _ Claro Sabina la compañía será agradable, os agradezco el ofrecimiento.
 - _ No es nada para eso estamos los amigos, para ayudar

Me encontraba en el catre de una posada mirando a las vigas de madera viejas y repletas de manchas verdes de la humedad.

En mi cabeza todo lo que había acontecido aquel día daba vueltas y vueltas mil en mi cabeza, más había un nombre que se repetía una y otra vez el de Isabel, el de mi amor y mi demonio aquel que despertaba en mi tanto un fiero odio como un ardiente amor y deseo.

Dando muchas vueltas apareció ante mí el recuerdo de mi difunta madre, en una de aquellas aciagas noches de invierno frente al hogar en que nos contaba a mis hermanos y a mi fabulas antiguas y preciosas.

En aquella que recordé un príncipe por amor se arriesgaba hasta lo indecible para rescatar a la princesa de la cual estaba enamorado y que era presa de un demonio quien la había transformado en monstruo.

¿Y si las fabulas fuesen reales y esa también lo es? ¿Si yo podía rescatar el alma de aquella mujer, aun no pudiendo devolver a mi hermano a este mundo podría evitar que otras muchas se

personasen ante el altísimo?

La decisión no era tan complicada y mi determinación se vio incrementada tras el último sueño que me atormentó aquella noche.

Me encontraba en casa con mi familia al completo, debía tener unos siete años más o menos por el reflejo que me devolvía el antiguo espejo de la sala.

Detrás de mí, mi madre estaba reprendiendo a mi hermana su comportamiento pues había sido sorprendida besando de una forma pecaminosa a Fernando el vástago de Fernando el Cazador.

Mi hermana estaba sentada en el suelo callada, más miraba a mi madre a los ojos directamente desafiante, mientras sus hombros se movían acompasados a su acelerada respiración.

En sus rodillas poco a poco se le fueron cerrando los puños, hasta que de tan apretados los nudillos se volvieron blancos.

De pronto mi hermana grito y acto seguido la vi convertida en un gran lobo blanco, mi madre por su parte se hecho hacía atrás asustada.

El lobo blanco la ataco y de un mordisco le quito un gran trozo del vientre, el gritó de mi madre en aquel momento helaría la sangre de cualquiera.

En ese momento apareció mi padre en la sala, pues se hallaba en la fragua trabajando, toda la envergadura de su cuerpo comenzó a temblar cuando contempló la escena, su tez tintada de marrón por el calor de la fragua se tornó a blanco.

La loba se percató de su presencia y dejó el cuerpo de mi madre en un estado totalmente horrible, le faltaba todo el vientre y la mitad de una pierna, el resto del cuerpo se hallaba nadando en sangre.

Mi padre cogió el bastón de hierro que portaba en la mano y con el que solía mover las lascas de la fragua, se disponía a pegar al animal, más este se adelantó y se abalanzó sobre él.

El primer ataque mi padre puso la barra entre ambos, los dientes del animal se quedaron en ella, de un empujón fuerte mi padre se la quitó de encima.

Por desgracia para él un momento de distracción cuando se quiso cerciorar de que tanto mi hermano como yo nos encontrábamos en perfecto estado le salió caro, pues lo utilizó la loba para atacarle y matarle pues a él lo mordió en el cuello, arrancándole un trozo.

La sangre de mi padre nos bañó a mi hermano y a mí que estábamos en una esquina de la sala, llorando y temblando de miedo sin poder a hacer nada, pues debido al gran pánico que nos atenazaba no éramos capaces tan siquiera de gritar.

Cuando ya acabó tanto con mi padre como con mi madre aquel monstruo, puso sus ojos en mi hermano y en mí.

Comenzó a acecharnos lentamente como si fuésemos una presa más, hasta que estuvo tan cerca que hasta su aliento nos calentaba.

En ella aún podían verse los ojos grises de mi hermana, pero su mirada era la de un depredador que observaba a su presa, no de la hermana que abrazaba con los ojos a sus hermanos pequeños.

Nos mostraba amenazante los grandes dientes de los que chorreaba la sangre de sus anteriores víctimas.

Nos miró a los ojos a ambos, primero a Alfonso que cerró los ojos pensando que así aquel monstruo desaparecería y volvería nuestra hermana, el cual temblaba a mi lado y después a mí, que al contrario que mi hermano le aguanté la mirada pensando inocentemente que así le

intimidaba, siendo esta el doble de grande.

No sé cuánto tiempo estuvimos mirándonos, más igual fue por ese motivo, por ese acto de valentía o de locura por mi parte pues no nos atacó, al contrario, se dio la vuelta y huyó.

Aquella fue la aciaga noche en que perdía a mi hermana y a mis amados padres, la verdad no recordaba aquel incidente, solo que después de fallecer mis padres las aldeanas se ocuparon de nuestra crianza y de mi hermana después de aquello tan siquiera se hablaba.

Al despertar de aquel recuerdo olvidado convertido en pesadilla, me di cuenta de algo, a mi hermana le había pasado lo mismo que me había ocurrido a mí que pocos días antes cuando aquel espejo de Luarca me devolvió el reflejo de aquel lobo negro y enorme en que no sabía porque me había transformado, sin encontrar razón.

En aquel momento tras desentrañar aquella parte de mi pasado me dio razón de aquel acontecimiento, acaso aquel monstruo era habitual en mi familia, acaso mi sangre estaba maldita por alguna razón, que desconocía.

Inmediatamente pensé en Alfonso, acaso a él también le había aquejado aquel horrible mal y tenía al igual que nosotros más instinto de monstruo llegado de los infiernos que de cristiano fiel y bueno, tanto que hasta los santos nos repudiaban.

Seguí con los pensamientos aquel primer día de camino en silencio, Sabina cada poco fijaba sus ojos en mí más sabiendo que era importante aquello que mi mente rumiaba, me dejaba solo con ella.

Tan absorto estaba en mis pensamientos que en aquel momento no me percataba de las continuas desapariciones de Sabina, por lo que no le pregunte los motivos, cosa de la que hoy me arrepiento.

Llegando a Zamora encontré las primeras noticias de Isabel llegaron a mis oídos por lo visto estaba en un grave aprieto había sido sorprendida “alimentándose” de un pobre comerciante a la entrada de la ciudad, por la guardia de esta, que la había perseguido fuera de los muros.

- _ Veis lo que os dije, se dirige a la cueva del Diablo a ver al maestro, quiere curarse o al menos controlarse y eso habla muy bien de ella.
- _ Es cierto Sabina Teníais razón he de ir a Salamanca ¿Vos os quedáis aquí?
- _ No, he cambiado de parecer, tengo curiosidad acerca del maestro y creo que si la encontráis a ella lo encontrareis a él así que os acompañaré si no os importa.
- _ Por supuesto, que morbosa sois Sabina.
- _ Morbosa no curiosa eso es más lo que me define la curiosidad.

Sonreí ante aquella aclaración, mientras salíamos por la ciudad, pero algo interrumpió aquella alegría momentánea.

- _ No la han cogido, parece que vuelven de Salamanca derrotados
- _ No hay nada peor que no cumplir tu cometido, los compadezco.
- _ Si es horrible, más seguro que no sabéis el ultimo rumor que corre de aquella demoniaca mujer
- _ Contadme pues, al parecer esa mujer va acompañada de un lobo.
- _ ¿Un lobo decís?
- _ Eso he oído no es un lobo cualquiera por lo que he oído por ahí es un gran lobo blanco, tan grande como un caballo.
- _ Que dios nos asista parece que las bestias están saliendo del infierno
- _ A decir verdad, así es cierto, estas cosas no sucedían en vida de nuestra reina Isabel que dios tenga en su Santa gloria
- _ Amen.

Me quedé estupefacto, un lobo blanco acompañaba a Isabel, igual que aquel en que se había transformado mi hermana Aura tantos años atrás, acaso el destino las había juntado para que yo pudiese encontrar a ambas a un tiempo.

Siendo así Dios había escuchado mis plegarias y por una vez a pesar de ser yo otro demonio maldito por el demonio quería ayudarme en mi cometido, respiré aliviado por aquella noticia.

Tal era mi afán que sin darle razón a Sabina decidí apretar el paso, esta se quedó atrás ni tan siquiera hizo el esfuerzo de seguirme.

- _ Nos vemos en Salamanca Santiago, estar seguro de ello. – clamó a mi espalda.

La deje atrás pasé por dos pueblos, más después de ellos lo que me encontré fue un plano blanco, en que apenas se veía el camino y menos las indicaciones que guiaban al viajero pues muchas de ellas estaban caídas y hundidas en la nieve.

Me perdí entre los cruces y salí del camino principal por suerte al fondo del camino que había

escogido vi un pueblo de pequeñas casas, uno o dos pues había dos iglesias una a cada lado del camino.

Mas esa no fue la imagen que se clavó en mi retina, a las afueras de uno de ellos una pequeña laguna rodeada de árboles, parecía un remanso entre aquel infierno blanco.

En ella un animal bebía de sus aguas, desde lejos parecía un perro pastor de los que cuidan los rebaños de ovejas.

Más a medida que me acercaba al animal el tamaño de este se iba acrecentado y su pelaje se iba aclarando.

Cuando me acerqué lo suficiente lo pude reconocer, era Aura bueno más bien el lobo en que se había convertido mi hermana.

Me acerqué a ella pensando que al verme podría volver a ser mi hermana, pero me equivocaba, allí se hallaba bebiendo tranquilamente de aquellas gélidas aguas.

Hasta que, en un momento, sus orejas de irguieron, como si hubiesen captado un sonido, me quedé parado por si me hubiese visto.

Pero no siguió bebiendo, hasta que al poco sus orejas volvieron a erigirse, no me paré continue hacia ella, hasta que sus grandes fauces que se levantaron y empezó a recorrer con la cabeza todo alrededor.

Se centró en mí, de sus dientes al aire empezó a salir un gruñido de advertencia, como si quisiese que me alejara de ella.

Hice caso omiso a esa advertencia y me seguí acercando, el gruñido se incrementó cada vez más y más.

— Aura sé que sois vos, que estáis dentro de ese monstruo de los infiernos, por favor hermana manifestaos y dejarme hablaros.

El lobo se quedó parado, como extrañado ante mis palabras, coloqué la mano entre ella y yo para que se acercase y me dejase tocarla.

Mi corazón latía con gran fuerza, era mi hermana, la había encontrado después de tantos años, me di cuenta de que la muerte de Alfonso no me había dejado solo en este mundo como pensaba meses atrás.

De mis ojos corrían las lágrimas que me quemaban en mi frío rostro, me seguí acercando con cautela y lentitud, en un momento determinado se movió, me paralicé pues pensé que se acercaría.

Nada más lejos de lo que realmente aconteció, Aura se movía y salió corriendo sí, pero en dirección contraria a la mía y se perdió entre la nieve de los campos congelados.

Intenté seguirla, en el momento en que una fuerte ventisca se levantó levantando la nieve del suelo temblada de pies a cabeza, el frío estaba metiendo en lo más profundo de mis huesos.

Con gran dificultad llegué a un camino, lo seguí a ciegas no sabía hasta donde me llevaría o si me llevaría al destino al cual yo deseaba llegar.

Camine y camine entre la ventisca todo el día, hasta que llegó la noche, pero esta no me freno, seguí caminando cuando me encontraba al límite de mis fuerzas.

Me desplomé en el suelo en varias ocasiones, pero seguí, mis ojos empezaron a nublarse, pero seguí, a cabezonería nadie me ganaba deseaba encontrar a Isabel y a Aura y nada iba a frenarme.

En el momento todo se volvió negro y lo único que sentí fue como mis piernas me fallaban y como todo mi cuerpo se hundía en la nieve hasta casi sumergirme por completo.

En aquel momento, por pura desesperación, alcé la vista al cielo y le pedí a mi hermano y a mis padres que obrasen el milagro y que no me llevasen al paraíso junto a ellos.

Me despertó el calor que empezó a inundar mi cuerpo, abrí los ojos y vi estupefacto un techo de piedra alto y oscuro.

Me incorporé y me vi en una gran estancia de piedra, muy austera, con los muros desnudos, al final de ella una cristalera, que otorgaba una tenue luz, que se complementaba con la luz de una chimenea que se hallaba al muro de la izquierda.

A la derecha de mi catre había una persona en una silla.

- _ Gracias a dios estáis vivo muchacho – miré y vi con gran sorpresa que era una monja ataviada con una capa oscura, que le daba un aspecto avejentado, aunque parecía tener mí misma edad.
- _ Si yo también le doy gracias, hermana, más una duda me asalta ¿Dónde me encuentro?
- _ Os encontráis en la villa de Tordesillas en el real convento de Santa Clara, os encontraron unos labriegos en la nieve a la entrada de la ciudad.

Tordesillas, el lugar en el que Castilla y Portugal se habían repartido el nuevo mundo, en tiempos de la difunta reina Isabel.

Con el paso de los días me fui recuperando con los amorosos cuidados de la hermana Juana que era la que había en mis estancias cuando me desperté, quien me contaba historias, vida y milagros de santos, era una mujer muy sabia a pesar de su juventud, con la que fui forjando una amistad.

Pasadas un par de semanas pude pasear por el claustro del convento, con la hermana Maria o la hermana Juana que me hacían compañía y con la supervisión de una de las hermanas más mayores daban largos paseos.

En uno de aquellos paseos vi a una joven muy hermosa, de cuerpo fino andares regios, no vestía los hábitos como el resto, sino que vestía de burguesa, austera y sencilla.

Se la veía muy agraciada rostro fino, melena oscura, en fin, que llamaba la atención, sin apartar la vista de ella me pregunte que hacía allí.

- _ Os aconsejo que no os acerquéis a ella – me dijo la hermana Juana.
- _ ¿Por qué no? – le cuestioné.
- _ No es como nosotras.
- _ ¿Entonces porque razón se haya en lugar como este?
- _ Ella tiene su propia carcelera.
- _ ¿Quién?
- _ La reina Juana
- _ ¿La reina Juana? –estaba estupefacto
- _ Así es ella se encuentra aquí desde que su esposo falleció su padre el rey Fernando que dios tenga en su gloria, tomó la regencia.
- _ ¿Qué tiene que ver con la reina?
- _ Es su hija la infanta Catalina, su cuidadora y única compañía ni tan siquiera sus hijos recién llegados de Flandes han venido a verla, solamente para que concediese el trono a su hijo Carlos, aunque no se para que sino para que Castilla acabe siendo de Flandes

Aquella noche tras rezar mis oraciones, me dormí en mi catre mirando las llamas crepitantes de la chimenea.

Me encontraba en mi casa en Asturias, la fragua sonaba como si estuviese trabajando, mi hermano Alfonso me llamó.

Más cuando llegué a la fragua, la imagen que llegó a mis ojos no era la de mi hermano, al menos no la que yo recordaba, era su figura sí, pero totalmente descolorida, se podría decir que translucida como era la de los espectros de los que mi madre hablaba en las historias que nos había contado de niños, para entretenernos en las noches de lluvia.

- _ Te has olvidado de encontrar a nuestra hermana por la comodidad de un buen catre caliente, buena compañía y comida
- _ No simplemente me estoy recuperando de....
- _ De nada Santiago mírate ya estas recuperado, te has acomodado sin pensar que nuestra hermana a saber dónde está...
- _ Vos tampoco os preocupasteis de ella en vida – le recrimine.
- _ Eso es cierto pues yo durante toda mi vida le he guardado rencor por lo sucedido con

nuestros padres, más tu historia ahora es diferente solo os tenéis el uno al otro solo los dos quedáis de nuestra familia

- _ Eso es cierto más me he estado recuperando de lo que me ha pasado,
- _ Si a mi hermana le pasa algo no te lo pienso perdonar – me dijo con el dedo acusador apuntándome y desapareció.

Me desperté, mi hermano me había condenado a perseguir a mi hermana de por vida hasta encontrarla, pues estaba seguro de que eso no había sido un simple sueño sino la aparición de Alfonso para hacerme reaccionar.

Le juré que encontraría a Aura y la protegería, solo deseaba que mi hermano descansase en paz y si eso era lo que debía hacer para ayudarlo lo haría como tantas veces había hecho el conmigo desde niños.

Otro invadió mi mente Isabel, mi amada y odiada Isabel poseída por un demonio que la hacía cometer un pecado tras otro.

En ese momento sentí que Isabel era la otra mitad, la que había buscado toda mi vida, una mitad que ahora era oscura y malvada, pero que por alguna razón se podría salvar y yo iba a hacerlo.

40

La noche anterior a mi partida, caminando por el claustro inmerso en mis pensamientos.

- _ Nos abandonáis y no he disfrutado de vuestra compañía, cuan cruel soís conmigo, Santiago.

Se trataba de una monja joven a pesar de estar tapada con el hábito y la oscuridad que nos rodeaba destacaba la blancura de su piel y sobre todo el verdor de aquellos ojos capaces de hacer perder la cabeza.

- _ ¿Cómo vaís a disfrutar de mi compañía si tan siquiera os acercáis a mí?
- _ En ello teneis razón, más no me he acercado ahora, por la misma razón por la que no me acerco a ningún otro hombre.
- _ ¿Y es?
- _ El demonio de la lujuria es fuerte en mí y el estar cerca de cualquier hombre lo hace despertar, por ello me hayo aquí pues eso no me ha llevado a vivencias positivas, sino a un mar de problemas por el que todavía me buscan.
- _ ¿Por qué habéis entonces de acercaros a mi entonces, siendo tan peligroso dicho acercamiento para vuestra alma?
- _ Os he visto temblar y os traigo este caldo

Me presentó el cuenco que tenía en las manos, del que salí gran cantidad de humo, cuyo aroma era apetecible y embriagador, tanto que sin pensar en nada más lo acepté y bebí su contenido hasta la última gota.

Su sabor dulce, mezcla de miel y cacao, tan delicioso que cerré los ojos, al terminar la última gota y apartar el cuenco vacío y volver a poner los ojos en ella con el ánimo de devolvérselo.

Me quedé frío no era aquella monja misteriosa era Isabel, pero no era la demoniaca de Santiago, sino la que había rescatado del saqueo de Avilés.

Se había curado, aquellos ojos rojos de sangre volvían a ser aquellos negros oscuros en los que me hundía una y otra vez por puro gusto.

- _ Acompañadme – me susurro al oído cogiéndome de la mano.

El cuenco se me resbaló de la mano cuando esta flaqueo al notar el aliento de aquella mujer en la piel.

La acompañé sin dudar, hasta mis propios aposentos y cuando los dos nos hallamos dentro cerró la puerta con suavidad.

Nos quedamos mirándonos, en silencio, había tantas cosas que quería decirle, tantas dudas que necesitaban ser resueltas, más no quería romper el momento.

Estábamos solos en mis aposentos era como un sueño, no me atrevía a hacer nada a mover un musculo, era como un jovenzuelo ante su primera experiencia con una dama, nervioso hasta casi hallarme temblando.

Por suerte para mí fue ella la que dio el paso fundiendo sus tiernos y dulces labios en los míos en un beso que hizo que mi cuerpo se incendiara devorando todo a su paso.

Me dejé llevar por ese fuego sin pensar ni razonar, amaba y deseaba a Isabel más que a mi propia vida y eso tendría graves consecuencias.

- _ Sois un inconsciente muchacho, pues habéis caído en la trampa más vieja en la que puede caer un hombre.

Una vos sonó a los pies de mi cama se trataba de un hombre muy bien vestido, con apariencia de noble, era joven de piel clara como se concebía a su rango, pelo castaño y unos ojos inquisitivos de marrón claro que parecían examinarme

Me despejé al ver al desconocido en mi cuarto, miré a mi alrededor me hallaba desnudo y con una mujer desnuda a mi lado, por la apariencia había cometido con ella el pecado carnal, más yo no recordaba a aquella mujer, yo a quien recordaba entre mis brazos era a mi Isabel.

- _ Disculpad caballero, pues considero vuestras palabras atrevimiento dado que de nada os conozco y de nada me conocéis.
- _ Teneís razón, permitid que me presente soy Juan de Padilla.
- _ ¿Qué haceis aquí pues no parecéis ni cura ni fraile?
- _ Sois osado muchacho o loco, más por vuestro porte me atrevería a decir lo primero, para vuestra información he venido a ver a la reina Juana para decirle que es deseo de su pueblo que regrese al trono y que en nada nos representa ese Flamenco ilegítimo que se hace llamar Rey, cuando me hallaba al final de mi visita escuche unos ruidos más propios de un burdel que de este santo lugar, la curiosidad me hizo acercarme a vuestra puerta y ver la enorme estupidez que estáis cometiendo.
- _ Os agradezco vuestra curiosidad, pues así podré salir de aquí antes de que las hermanas se percaten de mi error.
- _ Yo puedo ayudaros en ese brete
- _ ¿A cambio de? – no creía que Juan de Padilla ofreciese su ayuda a cambio de nada
- _ A cambio de que os unaís a mi causa y luchéis a mi lado contra el usurpador
- _ Pues es muy loable vuestra causa, pues yo también dudo que un extranjero pueda gobernar de manera alguna estas tierras, dicho esto acepto vuestra condición.
- _ Venid pues conmigo y conversemos así haceis tiempo hasta que pare la tormenta que nos atenaza, esperare en el claustro para que recogáis vuestras posesiones y os vistais.

Seguí sus indicaciones, las campanas de la iglesia marcaban la hora, aunque no supe que hora anuncian, cerré con cuidado la puerta para no despertar a aquella novicia.

Por un momento me pregunté si se atrevería a confesar su falta y cuál sería su penitencia por él, en esos pensamientos estaba mientras me acercaba al centro del claustro, un pequeño jardín de diferentes flores en que destacaban los rosales.

En el centro una fuente de piedra pequeña y austera hecha con una piedra parda y coronada por un pequeño ángel de cuya boca salía el agua en aquel momento congelada.

Juan parecía absorto en sus pensamientos mirando hacia la luna que se hallaba menguante

aquella noche, tímidamente asomada al jardín, reflejando su blanquecina luz en el hielo de la base de la fuente.

- _ Estoy preparado – dije después de carraspear.
- _ Muy bien más antes creo que debería saber vuestro nombre ya que vos si conocéis el mío.
- _ Teneís razón yo no me he presentado como vos si habéis hecho, mi nombre es Santiago.
- _ Es un placer conoceros Santiago, acompañadme pues hay muchos temas que debemos tratar esta noche.

Me indico una estancia en la que entre poco sabia entonces que aquella reunión cambiaria para siempre mi destino ...

GLOSARIO

Expresiones del medievo

1. Agua va: era lo que se gritaba cuando se arrojaban los desperdicios a la calle.
2. La Beltraneja: era y apodo despectivo que se les dio de la hija de Enrique IV y Juana de Avís, por parte de los partidarios de Isabel la Católica, recibía este nombre porque decían que esta niña era hija de uno de los validos del rey Beltrán de la Cueva, que había embarazado a la reina por ser el rey impotente.

Para entender a los vampiros

3. Vendade: humanos que despiertan sentimientos positivos en un vampiro y no son considerados comestibles por él.
4. Neolano: vampiro recién creado de poco menos de 10 años de renacido
5. Mijur: nombre que usan los vampiros para sí mismos
6. Daulegur: es así como llaman los vampiros a los humanos mortales.